

Los OJOS de BAMBÚ

LOS OJOS DE BAMBU

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

© Empresa Editora Zig-Zag, S. A. 1964. Derechos reservados para todos los países. Inscripción N.º 28.328. Santiago de Chile.

LOS OJOS DE BAMBU

A Pablo, MI HIJO, NUESTRO COMPAÑERO.

A JAIME, MI MARIDO, POR SU CONSEJO Y AYUDA.

AL DOCTOR JOSÉ A.
INFANTE VIAL, EN
QUIEN ADMIRO SU
CONSTANTE DEDICACIÓN
AL SER HUMANO.

ESCRIBIR este libro no me resultó fácil. Hubo ocasiones en que tiré las hojas manuscritas para levantarme y permanecer junto a la ventana con el alma puesta en el inmenso territorio chino, mientras mil recuerdos de situaciones y rostros se agolpaban frente a mis ojos. El cariño hacia aquel pueblo extraordinario no había disminuido, pero había madurado. A la viajera de treinta días extasiados sucedía la conciencia del escritor y su deber, su contribución en apresurar el desenvolvimiento total del hombre.

Un personaje de mi novela dice: "Uno después de vivir y trabajar en China nunca más vuelve a ser el mismo".

Esto lo presentí cuatro años atrás cuando el primer día de enero de 1960 mi marido y yo pisamos tierra china y salieron a encontrarnos los rostros amables y sonrientes que aguardaban en el aeropuerto; a pesar del frío intenso del invierno se extendía sobre nosotros el más puro y despejado cielo. Invitados por la Asociación de Periodistas Chinos desde Londres, lugar donde residíamos, tuvimos ocasión de viajar por China de norte a sur y de llegar así hasta Cantón, aquella vieja ciudad tradicional y revolucionaria apretada a orillas del río Chu Kiang. Recuerdo que en nuestras habitaciones del hotel junto al río miraba yo la ciudad y un estremecimiento se mezclaba a la emoción de esos momentos. Estaba en China, el país cuya civilización es la más antigua e ininterrumpida llegada hasta el presente; su historia es la historia del hombre, quien comenzó a escribirla hace ya 3.700 años.

El hechizo que produce China es parecido a un enamoramiento. Imposible permanecer extraños ante esos niños hermosos y dulces cuyo porvenir está hoy asegurado; imposible no entusiasmarse ante el inmenso progreso obtenido en catorce años; imposible olvidar los rostros abiertos y fraternales de los intérpretes que durante una comida íntima —aquella noche de Año Nuevo chino— dejaron de lado su mesurada condición de funcionarios para beber con nosotros el largo brindis de la amistad; imposible fue para mí evitar las lágrimas cuando abracé a Jo y Tsung junto a las escalinatas del Jet que nos arrancaría del Asia. Y ya en el avión, mientras los amigos se convertían en pequeñas manchas azules sobre el hielo, me prometí con firmeza regresar algún día.

Han pasado cuatro años y hoy formulo cuatro palabras sobre esta mi última novela, cuya trama ocurre en Pekín y la cual comencé a escribir en 1963, en Chile, después de diez meses de trabajo en China, porque había regresado con mi marido a ese país, tal como lo deseáramos, un día 30 de enero de 1960.

No es fácil hacer una crítica desde la admiración y el respeto, pero es preciso hacerla, más aún hoy que se han puesto al descubierto las gravísimas consecuencias que produce la ausencia de toda crítica.

Hubo alguien que observó con una sonrisa: "¿Tratar de hacer objeciones? ¿Para qué?... Nada lograrás y dentro de unos quince años esta etapa en China habrá pasado".

Nadie duda de que dentro de ese tiempo esto habrá pasado, pero quince años corresponden a los mejores, a la formación de una generación. Aceptar como inevitable la necesidad de meter en puño de hierro a esa generación, aceptar como inevitable postergar la realización interior del ser humano en nombre de imperativos materiales, es en cierta medida hacerse cómplice de ello; más aún cuando esta necesidad es proclamada desde un país: principio general para todos los pueblos; más aún cuando ya otros países del mismo sistema han comprendido que no es ni práctico ni positivo caer en eso.

No hay equivalentes que compensen al hombre la

limitación de sus posibilidades, porque nadie vivirá por él su propia vida, y esto no está sujeto a color de piel, sistemas o costumbres; bajo el ropaje de los hábitos el hombre es en esencia el mismo en cualquier país del mundo, y nunca más generoso que cuando se ha realizado interiormente.

Es un hecho que millones de seres ven la superación del sistema capitalista como un gran paso hacia la liberación del hombre y los acontecimientos que aquí se exponen constituyen problemas en el desarrollo histórico de este gran ideal humano.

M.V.

"Yo tenia, yo tenia ese gusto de vivir entre los hombres, y he aqui que la tierra exhala su alma de extranjera..."

LLUVIAS. NIEVES. EXILIO.—

St.-John Perse.

"Preciso es que nos sometamos a la carga de estas amargas épocas; decir lo que sentimos, no lo que debiéramos decir."

El Rey Lear .-

SHAKESPEARE.

EL GOLPE en la puerta se repitió igual. Ya no era posible guardar silencio y esperar que se marchara; aquel golpe interrumpía su trabajo y su quietud. No dejó el lápiz ni levantó la cabeza al decir con fastidiada resignación: "Adelante"; lo hizo cuando los pasos del hombre llegaron hasta la mesa y vio su mano apoyarse en ella. Se echó atrás en la silla y miró su rostro con fijeza. Otra vez le parecía extraño, distinto. Las últimas semanas le sucedía esto a menudo, y era desagradable, tan desagradable que deseaba evitar esos encuentros, postergarlos, cerrar la puerta. Pero resultaba difícil. La habitual taza de café al término del día, conversada sobre la fatiga y las emociones, fue al principio un descanso que ella esperaba con ansiedad; su risa alegre de hombre sano, sus bromas y el amor sin condiciones hacia el pueblo que los acogía, eran tan reconfortantes como el aroma fuerte del café.

-¿Por qué no contestabas?

Dejó el lápiz sobre la mesa y se puso de pie. No trató de sonreír ni de formular una excusa; no la tenía. Su mesa de dibujo estaba situada en el taller a pocos pasos de la puerta que a esa hora sólo él golpeaba. Se encogió de hombros y fue hasta el rincón del cuarto a dar corriente eléctrica al pequeño hornillo que sostenía la cafetera.

—Hay noches en que me siento muy cansada.

Se sentía muy cansada. Incluso la pintura la abrumaba y le parecía como si todo lo realizado en el último tiempo careciera de valor. Ese tiempo tan esperado se le escapaba en días inútiles y los apuntes que tomara con tanto entusiasmo permanecían abandonados dentro de una carpeta. Desde la discusión que motivaron no había vuelto a mirarlos.

Interrumpió su pensamiento para observar al hombre y pensó que deseaba verlo reír como antes, sorprender de nuevo sus dientes blancos y afilados que daban al rostro moreno, vital, cierto aspecto de animal carnívoro. Pero su semblante era una mancha oscura y cerrada en donde se abrían los ojos urgentes, desconocidos. Recordaba aquel primer encuentro en el hotel, sin palabras durante largo rato. Había tomado su cabeza con expresión incrédula y maravillada y ella experimentó alivio entre la firmeza de sus manos.

-Pareces agobiada por alguna preocupación que

no puedo explicarme. Javier llegará dentro de pocas semanas, ¿verdad?

No contestó. Cerca de su brazo, junto al rincón en donde se encontraba el hornillo, pendía el cordón de las persianas. Tiró de él y manipuló un rato hasta dejarlo asido al gancho que las sostenía. La copa de un árbol rozaba la ventana.

—Creo que te aíslas demasiado, exageras. Hoy me contaron que alguien te vio huyendo por los pasillos; eso no puedes hacerlo, porque muchas personas esperaban tu llegada, querían estar contigo, oírte, ver tus trabajos. En cambio, tú huyes por los pasillos.

"Los pasillos del hotel construidos para que todos se crucen y nadie se detenga. No olvidaré jamás la primera vez que pisé la alfombra verde, inacabable, tirada como una soga desde el primero al último piso."

Le pareció de pronto que él hablaba y se sintió inquieta al reparar en su distracción. Volvía a evadirse, porque se evadía en medio de cualquier conversación o circunstancia ese último tiempo, y cuando intervenía en ellas Wang Te-en, era el intérprete quien debía traerla de nuevo al presente, atento y sorprendido. Miró a su amigo para oírlo mejor, pero éste no pasó por alto el gesto.

—Es bastante difícil entenderte. ¿Qué te sucede? Vives como en otro mundo.

La misma urgencia apretaba cada una de sus palabras. El agua hervía y Clara no reparaba en ello.

- —¡Dios! ¿No vivimos en otro mundo, acaso? Y esta soledad que me reprochas, ¿quién puede disfrutarla o rechazarla a gusto?
- —En el restaurante todos suelen quejarse de ti. ¿Por qué no bajas a comer alguna vez?
- —No podría. Sólo la idea de encontrarlos reunidos, mirándose las caras de mesa a mesa, me espanta, me enferma. Tengo la sensación, entonces, de estar flotando en sus compañías como dentro de una pecera para diversión o provecho de alguien.

El pito de la cafetera los interrumpía. Se inclinó para tomarla y comenzó a llenar las pequeñas tazas de jade que él le llevó una tarde, poco después de su llegada. Tres tazas sin platillos, a la usanza del país.

—Pero... ¿qué te sucede?... Hablas en un tono de reproche que no tiene explicación. Si no estás contenta aquí, no lo estarás nunca en ninguna parte. Tiempo y tranquilidad para pintar, buen taller, materiales de primera calidad y la vivencia de una revolución maravillosa. Realmente, no sé qué pensar de ti. ¿O se trata de aquella discusión acerca de tus dibujos? Me atreví a criticarte porque siempre lo hice, porque me preocupas; entre nosotros es lógico

proceder así. Estoy seguro de que terminarás por encontrarme razón.

Clara tenía la taza cerca de sus labios y por sobre ella lo miraba. "No fue una discusión como antes; fue distinto, como entre desconocidos, sin referencias ni pasado."

Por la ventana abierta veía apagarse una a una las luces del edificio de enfrente. La noche estaba agradable, la temperatura se mantenía sin variaciones desde la tarde y ellos podían llevar todavía simple ropa de lana. Clara permanecía sumida en la contemplación del cielo, atenta a los relámpagos que se encendían a lo lejos, cada breves intervalos.

—Me marcho, creo que es mejor dejarte sola. Ya conversaremos otro día, cuando pises tierra firme.

-¡Germán!

Con la mano en la cerradura, éste se detuvo un momento. Clara llegó a su lado y lo miró llena de angustia.

—Germán, lo siento, pero... ¿tú crees que pisamos tierra firme?

Abrió la puerta de un golpe y salió al pasillo. La alfombra verde tendida sobre la baldosa aparecía en la esquina a sus espaldas y desaparecía en la otra esquina frente a ellos. Cinco, seis, siete puertas cerradas rompían la monotonía blanca de las paredes. Acomodado en una banqueta dormitaba un emplea-

do que al oírlos se puso de pie algo sorprendido. Miró, sonrió, hizo una inclinación de cabeza y volvió a sentarse.

—Contempla estos pasillos, Germán. Por aquí entré a mi llegada, y recuerdo que cuando quise después bajar al jardín, me perdí en ellos. Como tú, como todos en un principio. Había un reloj a la vuelta, por ese reloj pensé guiarme, pero había otro reloj igual en el extremo opuesto y siempre los confundía. Me paraba frente a mi puerta y su número era distinto. ¿Dónde estaba el mío? Corría de nuevo sobre la alfombra, hasta que un empleado me tocaba en el hombro pronunciando apenas: "Other side". Aún ahora salgo con miedo, temores inexplicables, temor de no llegar nunca a esa esquina, de que la alfombra no termine y se alargue, de volverme a perder en estos pasillos.

-Clara...

Pero ella continuó en voz baja, agarrándose a sus ojos:

—Hace unos días soñé que entraba al hotel y lo encontraba totalmente vacío, las puertas y ventanas de todos los departamentos golpeándose al viento y las piezas desnudas. Me desperté transpirando. Esa noche alguien vino a casa y me contó la misma pesadilla.

Germán sacudió la cabeza para desprenderse de su mirada.

—Basta. Debes ir mañana mismo al médico para hablarle de tus nervios. Todo lo que me dices me parece de una terrible ingratitud con esta gente. Podría hacerte mil reproches sobre tu pequeña individualidad, que defiendes en forma tan desesperada; aquí no tiene cabida, debe fundirse en la auténtica grandeza de este mundo. No pierdas el sentido de las cosas.

Se inclinaba sobre ella y su rostro aparecía desnudo como si de él hubiera retirado una máscara. Clara pensó que volvía a verlo después de mucho tiempo, en la continuación de una escena olvidada años atrás, inconclusa. No se oía un ruido, un paso, una voz. Todo adquiría a esa hora un aspecto algo irreal. Observaba a Germán con una mano en la boca y un poco de miedo. ¿Qué podía decir? Ignoraba la pregunta y desconocía al amigo. Pero se recuperó pronto y entró en sí misma pálida y temblorosa, emergiendo a la realidad como a una superficie.

—Tienes razón, mañana iré al médico; tal vez ambos debiéramos ir al médico y pedir un tranquilizante que nos ayude a poner las emociones en su lugar.

También Germán recuperaba su rostro habitual. Quiso murmurar algo, pero se detuvo. Sin una palabra echó a andar mientras ella se quedaba frente a la puerta. Cuando lo vio llegar a la esquina, Clara entró en su departamento.

La luz en la mesa de dibujo marcaba un círculo blanco sobre el papel y, en un extremo, las dos tazas de café ponían una redonda nota negra. Miró con alivio el piso desnudo que hizo despojar de alfombras al día siguiente de su llegada. Un par de sillones de mimbre reemplazaban los pesados y uniformes sillones del hotel. Al mirarlos recordó las caras estupefactas de los empleados cuando ella ordenó retirar la mayor parte de los muebles sin importarle nada el vacío que dejaban en las tres habitaciones: dormitorio, taller y sala. Trataron de hacerla entrar en razón a través del intérprete, tan estupefacto como ellos:

—Son muy cómodos, completamente occidentales, diseñados para amigos extranjeros. No puede quedarse sólo con algunas mesas y la cama.

Pero ella se quedó sólo con algunas mesas y la cama. No fue capaz de soportar la uniformidad metida en su casa, como no fue capaz de soportar más de una semana el inmenso comedor de luces blancas pendientes del techo sobre las curiosas e insistentes miradas de los comensales. Trataba de esfumarse de alguna manera o de llegar a cenar lo más tarde po-

sible, pero aquello fue superior a su voluntad y tuvo que renunciar al restaurante.

Días desconcertantes esos primeros días de su llegada, llenos de cortesía y generosidad por parte de la institución que la invitara, pero llenos también de una indefinible angustia que parecía brotar de los pasillos interminables, de la curiosidad ajena, del cemento gris, helado y repetido en los numerosos bloques cuyo conjunto componía el Hotel Internacional, construidos tras una inmensa área cercada, lejana de la ciudad, abierta sólo en dos extremos, y en cada uno, garitas con ojos y manos vigilantes sobre el permiso que autorizaba a los residentes la entrada o salida del hotel, pequeño pasaporte que le fuera entregado horas después de su llegada.

Germán no estaba en el aeropuerto de Pekín ese día de su llegada. Viajaba por China presidiendo una delegación sudamericana y debió esperarlo, esperarlo con una ansiedad de varios meses en que sus relaciones dependieron de cartas aéreas recibidas, en general, antes de las preguntas o con las respuestas atrasadas, sin posibilidades de diálogo. Las cartas de Germán hablaban un lenguaje nuevo, desconocido, excitante, redescubriendo el mundo. Javier, siempre ocupado en su cátedra universitaria y los diversos trabajos derivados de aquélla, encomendó más tarde a su mujer la tarea de contestarle, y Cla-

ra comenzó a hacerlo a medias, un poco aturdida ante ese derroche de energías. Las respuestas que llegaban principiaron, entonces, a girar en torno a una idea repetida en cada párrafo, sugerida primero y expresada luego entera: la posibilidad de contratar a Javier para un curso de Cultura Latinoamericana en la Universidad de Pekín y de una invitación a ella. La invitación y el contrato llegaron muy pronto, pero Javier debía esperar el término del año universitario en su patria —sólo unos meses restaban—; entretanto Clara podría salir primero.

-Te hará bien...

Miró las tazas en la mesa de dibujo y pensó que aún permanecían en el baño el plato y el vaso de leche ya vacíos, usados para las comidas que le enviaban del restaurante.

Presionó el cordón de la luz sobre el lavabo y en el centro del espejo apareció su rostro. Al mirarlo recordó que el contacto con su imagen durante el último tiempo se limitaba sólo a la buena distribución de los polvos y el lápiz labial. Deslizó el índice por la superficie lisa y fría, lentamente. "El mismo rostro de siempre, el que suele aparecer en los periódicos, el que saludan los amigos y que Javier ama. El mismo de siempre. ¿El mismo?..."

En la superficie lisa y fría no tocaba las fisuras de su piel. "Serás siempre hermosa, porque tu belleza no está sujeta a los años." Germán asomaba en sus recuerdos.

Retiró la mano del espejo y apagó la luz sobre el lavabo. Olvidaba el vaso y el plato. Pasó enseguida al taller y estuvo largo rato inmóvil en medio del cuarto. Aquel encender y apagar su imagen en el cristal la había deprimido.

"No hay problemas que se solucionen con un viaje. Alguien decía que uno llega a otro sitio, abre la
maleta y encuentra de nuevo su propia alma. Nadie
lo sabe más que yo y, sin embargo, partí como antes.
¿Cuántos años hace del primero? Mi viaje de bodas
y todos mis viajes después de viuda. Viajes de placer
según las compañías de turismo y mis amigas, armada de cheques viajeros que me entregaba papá
con esa generosidad que terminó al casarme otra
vez. En este silencio parece absurdo que todo eso
haya existido. Estoy sola, ¿qué hago aquí?... ¿Quién
es Germán?..."

Por la ventana irrumpía la voz aguda de una mujer que gritaba desde la entrada al hotel, acompañada de voces más bajas en distintos tonos. Era bastante imprevisto, más aún a esa hora; escuchó un momento y luego el silencio se tragó el estrépito.

Experimentaba un extraño decaimiento, una curiosa sensación de absurdo que actuaba durante aquel tiempo en China como un nexo entre la rea-

lidad de hecho y lo que esperaba de ella. Tenía conciencia de la angustia producida por eso y se reprochaba no haber ido al médico en el instante mismo en que la sintió de nuevo aparecer. Conocía los síntomas y la temía: apretaba ahora su garganta, manteniendo sus párpados abiertos por las noches. No la llamaría "angustia", sino malestar, insomnio, al pedir un tranquilizante en la policlínica de enfrente; sólo algunas pastillas bastaban para despertar con el día. La luz de la mañana fijaba el mundo sin claroscuros, sin misterios, sin temores. Bastaría con dormir largas horas como antes, un año atrás después del accidente-, cuando el rostro ansioso y dolido de Javier y la risa alentadora de Germán eran los únicos intervalos recordados. Germán decidido y urgente interrumpía su reposo sin miramientos; siempre un proyecto de viaje, un artículo o una noticia.

—Me escriben de Río, no hay contestación tuya a la Bienal. Insisten, debes presentar tus cuadros. ¿No tienes? ¡Pinta, pinta, pinta!...

Durante la convalecencia abandonó un día la cama y fue al taller. Abrió la carpeta de cuero en donde metía los apuntes y estuvo mucho rato mirando la "Cabeza de Cristo" del Giotto, cuya reproducción tenía sujeta a la cubierta interior. Era una de sus pinturas amadas desde niña y la llevaba consigo co-

mo la afirmación del ser humano y del artista. Contemplarla le producía una fuerte impresión de compañía casi física. La encontró una tarde en la galería donde compraba sus libros, hojeando un cuadernillo de pinturas, y le causó, otra vez, la misma fascinación experimentada en su infancia. Los ojos de Cristo miraban el mundo con la húmeda expresión de la carne, y-en su expresión palpitaba el estremecimiento de la tragedia. En nada se asemejaba el ser humano del cuadro a las imágenes sagradas de la capilla del colegio con su Dios etéreo, abstracto, lejano, sumido en su gloria, transfigurado. Este era el individuo, el hombre, afirmando su personalidad, materializándose en solidez y extensión. Amaba la imagen porque estuvo unida a una importante época de su vida, el paso de la adolescencia a la juventud, de los anchos y tibios años pegados al regazo materno a la conciencia de sí misma y de la soledad. En la pintura del Giotto, el dolor, la ternura y la miseria aparecían magnificados, convertidos en esencia del hombre. Clara, que entonces comenzaba a pintar, colocó el Cristo frente a su mesa de dibujo como expresión y exigencia de su obra futura.

Fueron meses en que reemplazó a la pintura por el lecho. Se metía en ella como al sueño; pintó de todo, pasó de la abstracción a lo concreto sumergida en luces y sombras como en un delirio. De aquel refugio la sacó Germán una noche en que golpeó a la puerta de su taller:

-Me voy a China.

Contemplaba ahora la "Cabeza de Cristo". Frente a ésta y bajo su mano, líneas negras se derramaban sobre el papel. Imágenes conservadas en una forma primaria para esperar la revelación en su interior, revelación que comenzaba a vislumbrar y cuyo vaciado definitivo a la tela estaba interrumpido. Comprendía, de pronto, el sentido de su angustia. Colocó los apuntes en la mesa en el orden cronológico en que fueron tomados. Sólo días de diferencia entre ellos. Y al mirarlos tenía de nuevo cada escena total y presente, detenida en el espacio como en el minuto mismo del impacto. Frente a Clara se sucedían las imágenes: un hombre en la calle, un rostro de niño, la Avenida Chan An agobiada por el verano. Todo lo que soñaba pintar y que un día Germán sorprendió en su taller. A pedido suyo había distribuido aquella vez los apuntes para explicarle sus significados, lo que ella veía, el punto en donde la tocaron. Se estremecía hablando, temerosa ante la incertidumbre y la inminencia de la creación. Se expresaba humildemente, deteniéndose en cada apunte como frente a un milagro.

—Ya estoy en lucha, Germán, en lucha con ideas y formas. Déjame enseñarte la primera tela que trabajo; me ha costado muchas horas y mucho esfuerzo; tiemblo ante el temor de no llegar al equilibrio.

Su pasión le impidió notar la frialdad que ascendía al rostro de su amigo. Cuando volvió la tela, éste la dejó inmóvil con su exclamación:

-¡Es increíble!

Las dos palabras sonaron algo brutales y Clara levantó la cabeza un poco aturdida. No era el tono de sus viejas polémicas, era un rechazo absoluto y tajante.

—¿Tú crees que se puede venir a China y pintar caprichosamente? ¿Piensas mirar esta tremenda realidad con ojos viciados? Quisiera ver la reacción de nuestros amigos chinos frente a estos apuntes y a esa tela. No sabes lo que estás haciendo.

Clara sostenía el cuadro como un muro que se estremecía bajo la emoción de su mano. Germán había sido siempre el primero de los amigos a quien enterara de sus proyectos, suya la mejor frase de elogio o de reproche y la más respetada; nadie poseía tan agudo y exacto instinto de captación. Detenido frente a sus cuadros, decía la palabra justa y reveladora. Pero en ese momento no había lugar para una discusión amigable y cualquier respuesta encendería una riña.

—Si no comprendías lo que esto significaba, jamás debiste haber empezado a pintar. Estás aquí porque, además de ser nuestra mejor pintora, tenías una actitud valiente y rebelde. Todos lo aplaudíamos en ti, allá estaba bien, se debía atacar, abrir camino, señalar errores; pero acá eso no se justifica, la situación es otra, se ayuda a construir un mundo nuevo. Un artista en medio de esta revolución va hacia adelante, no puede ponerse a dudar, está entregado a una causa mucho mayor que sí mismo, nada hace a medias: "conmigo o contra mí".

Clara había cogido la tela con ambas manos para volverla a colocar en su sitio. Lo hizo dificultosamente porque un súbito malestar le llenaba de agua la boca como si fuera a desmayarse. Mientras alcanzaba uno de los sillones de mimbre y sacaba el pañuelo, recordó, de pronto, que ya le había sucedido algo semejante en Italia, en una de las piezas del Quirinal. La profusión de dorado en el techo y las paredes, en el borde de las cortinas y de los muebles, le produjo mareo y náuseas y tuvo que abandonar la sala apoyada en el guía. ¿Por qué recordó aquello?

Su aspecto alarmó a Germán, que se acercó rápidamente; cambió de actitud en un segundo y ella lo tuvo frente a su sillón con el aire azorado de un niño.

—Debí hablarte hace mucho tiempo. Tú sabes..., soy a veces un poco brusco... sin quererlo; pero trata de entenderme, por favor. He deseado tanto

hacerte comprender la dimensión de esta realidad, alejarte de un pasado sin futuro, que me pongo violento, no sé dominarme y esperar de ti misma la reacción, una reacción frente a lo inmediato, a la posibilidad, la posibilidad de ser felices. ¡Cómo quisiera hacerte comprender, Clara! Yo quisiera...

No terminó la frase porque ella se reponía y lo miraba fijamente. Se enderezó con dificultad y permaneció un momento frente a Clara, la cabeza gacha y el aspecto desolado. Después giró sobre sus talones y salió sin despedirse.

Ella fue a su dormitorio y se echó sobre la cama.

Estaba tendida y tenía miedo. Se aferraba a la noche como a la única posibilidad de olvidar su cuerpo. Alguien se inclinaba a buscar el latido de su corazón en la muñeca. Sobre la esfera luminosa del reloj el minutero corrió sesenta segundos.

¿Cuánto tiempo corrió después? Otra vez la sensación de absurdo, todo carecía de sentido. Vio a Javier detenido en la losa de aterrizaje. Se iba sola a los ocho años de su segundo matrimonio, unión adulta, sin despedidas ni separaciones. Ocho años de continuidad rotos en un instante, por volar, tal

vez, a la aventura. Clara protestó del viaje en un comienzo, dijo simplemente que no, estaba demasiado cansada, deberían habituarse de nuevo a la idea de continuar la vida solos como antes y no huir de ella: pero la adaptación tardaba, su cuerpo se resentía de la violenta interrupción sufrida a los ocho meses de un proceso natural que efectuaba por primera vez y que la fatalidad cortó. Prefería seguir viviendo como si la mascarilla de anestesia estuviera todavía suspendida sobre su cara. Era mejor dormir, librarse de la miseria física, acostumbrarse a la muerte; acallar en definitiva el claxon y las luces que se venían encima y luego el espantoso ulular de la ambulancia. En el taller quedaron sus trabajos, papeles y telas en los cuales intentó captar algo de la compleja naturaleza humana. Vanidad increíble v repetida. ¿Para qué?... Javier comenzó a insistir, insistió Germán, le escribieron. ¿Para qué?... No quería emprender tarea alguna, no deseaba nada. Sonreía observando la pasión de Javier empeñado en sus clases, sus investigaciones y su último ensayo. ¿Para qué?... Si la vida es impuesta sin consulta previa, ninguna necesidad había de justificarla.

Pero también esa pasividad terminó un día y fue al taller para reintegrarse a la pintura, aunque sin lograrlo aún del todo: períodos de intensa actividad creadora mezclados a caídas, desánimos e indiferencia. Meses y semanas que terminaron en la cabina de un avión.

—Nos veremos pronto —dijo su marido al besarla—; en cuanto arregle mis asuntos vuelo a reunirme contigo.

Alguien caminaba en el corredor. Sus pisadas absorbidas por la alfombra eran un leve rumor que al llegar a la esquina sonaban fuerte sobre la baldosa. "Debe ser Fanny que vuelve." Con este pensamiento miró el reloj y vio marcada en la esfera la una de la mañana. No tenía sueño y aunque se acostara permanecería despierta esperando el paso de las horas, horas en que solía escribir a Javier hasta ser sorprendida, a veces, por la primera luz de la madrugada.

Los pasos volvieron a oírse y Clara puso atención. Acababan de pararse frente a su puerta. Un tímido golpe sonó en la madera y ella dio autorización para entrar con un poco de extrañeza.

La rubia cabeza de Fanny asomó sigilosamente:

-;Se puede?...

Sin esperar respuesta cerró la puerta tras de sí y pasó al recibidor. Clara pensó que llenaban la sala su cabello platinado y su exuberancia. Vestía una bata negra muy ceñida y sostenía un cigarrillo en los dedos. "Parece un Toulouse", se dijo observándola.

—Como oí a Germán moverse en su departamento me atreví a volver... ¿Molesto?

Clara negó sin palabras. La alusión a su amistad con Germán había sido dicha entre sonrisas torcidas, pero no valía la pena detenerse en ello. La muchacha jamás entendería una amistad como la de ambos, y eso era, desde su punto de vista, absolutamente justo.

La vio sentarse y agitar las manos.

—Tenía que contárselo a alguien y tú me pareces la única persona de fiar en el hotel. Los demás inventarán que estaba borracha.

Se dispuso a escuchar. Tres o cuatro veces la había recibido en su departamento, pero nunca a esa hora y siempre con algún pretexto: el pulverizador contra los mosquitos, un poco de café, un sobre aéreo. Era evidente que estaba algo bebida y muy alterada. Mientras la observaba pensó decirle con suavidad y firmeza que se marchara, ya conversarían más adelante; luego recordó las horas en espera de la madrugada y su falta de ánimo para escribir esa noche a Javier. "Es una pobre chica sola", se dijo, mirando a Fanny chupar nerviosamente el cigarrillo.

- -Cuenta, te escucho.
- -Me han detenido los policías de la entrada (por-

que has de saber que el hotel está custodiado por policías) y me exigieron el pase como si no me conocieran. De pura rabia les dije que no lo tenía y me dejaran en paz; pero cuando quise pasar, uno de ellos me detuvo gesticulando y se puso frente a mí con los brazos abiertos. ¿Te das cuenta? Me cegué de furia y le di un empujón; gritó, llegaron otros, los insulté en español y en inglés hasta que sonó de pronto el teléfono y me dejaron entrar.

La indignación la levantaba del asiento; comenzó a pasearse retorciéndose las manos.

—Ahora se atreven a todo; no te imaginas cómo han cambiado las cosas desde que llegué. Antes todas eran sonrisas y amabilidades, hoy te echan los perros... Pero yo me vengo de ellos diciéndoles frases que les enfurecen. Claro que después me devuelven la mano, porque acá todo está contabilizado: las personas que recibes, a quien saludas, el nombre de tus libros...

Hablaba muy fuerte, Clara le hizo un gesto para que bajara el tono y le ofreció una taza de té. Quería interrumpir aquella marejada ruidosa que se le venía encima; la muchacha se excedía en su confianza. Levantó el termo del suelo y vertió agua en la tetera. Fanny volvió a sentarse algo corrida y con un aire muy joven y contrito.

-Los únicos momentos agradables los paso en al-

guna Embajada, hoy, por ejemplo, en que me olvido de todo esto, oigo hablar del mundo, de cine, de personas con nombres y rostros propios y siento como si respirara de nuevo. ¿Tiene algo de raro, entonces, que me tome unas copas?

Recibió la taza, la apoyó en el brazo del asiento y prosiguió en voz más baja:

—Uno aquí no existe, es otro más de los "amigos extranjeros".

Arrastró las palabras finales con odio y tristeza. Bebía su té entre sorbos cortos, como para no hacer ruido, los codos pegados al cuerpo y la mirada fija en la taza. De su actitud habían desaparecido toda frivolidad v desenfado. A esas horas de la noche su mundo se reducía a dos piezas solitarias en aquel inmenso hotel internacional v su soledad la llevaba a confiarse en una desconocida que no tenía ni siquiera su misma nacionalidad, pero cuya voluntaria independencia la mantenía alejada de personas y grupos que a ella la rechazaban, porque la presencia de Fanny era para algunas respetables esposas un peligro en cierne. En un mundo femenino repetido a las horas de almuerzo y comida, su cabello ruidosamente platinado ponía cierta nota agresiva y picaresca que la muchacha acentuaba por agresión y fastidio. Hacía clases de español en una institución ministerial a donde partía en las mañanas con los

libros bajo el brazo y el aire de ser ella misma sólo una estudiante más.

Aquellas consideraciones y su aspecto tan joven provocaron en Clara una súbita piedad. Inclinándose sobre la muchacha, preguntó:

-¿Qué haces aquí?

La pregunta produjo en Fanny cierta sorpresa.

- —¿Aquí?... Pues..., clases.
- —Quise decir, ¿por qué estás aquí?

La sorpresa no desaparecía de su rostro; meditó un momento y luego contestó directamente a la mirada abierta de la mujer:

—Me casé a los veinte años y me divorcié a los veintiuno. Papá me dijo un día que se pedía un profesor de español para Pekín, lo supo a través del Instituto Chino, y como yo había cursado tres años de pedagogía me presenté enseguida. Pesó, tal vez, el hecho de ser sola, no tener familia que transportar y que el asunto apuraba. Me aceptaron y aquí estoy.

"Historia semejante a muchas en el fondo", se dijo Clara.

—Me atrajeron lo exótico, el país milenario y también ese mundo nuevo del que hablan mis padres con pasión. Bueno, hace seis meses que vivo en este hotel y lo que sé de esta revolución, sin duda maravillosa, pude haberlo aprendido en una sala de cine.

No tenía ya rastros de haber bebido, sino muestras de agotamiento.

- —Deberías ir de paseo por la ciudad, en bus, como cualquier pekinés, y tratar de ver algo más que el jardín del hotel o un salón de Embajada.
- —Ya sé que usted lo hace, pero yo estoy harta. Cumpliré el año de trabajo y dejaré el país. Quiero vivir, sentir que los hombres son seres de carne y hueso. He terminado con esto.

Estiró el brazo para colocar cuidadosamente la taza sobre la mesa y luego se puso de pie. Ya no tuteaba a Clara; en su mirada estaban mezclados el respeto y la confianza.

—Perdóneme, me sentía muy sola y desesperada. Usted sabe..., es difícil hablar de estas cosas y más difícil aún escribirlas a casa; así... un día revientan. ¿Puedo volver?

Clara dijo que sí con un gesto y la acompañó hasta la puerta.

—Cuando quieras —añadió en voz alta mientras le tendía su mano.

Antes de pasar al dormitorio apagó la luz en la sala y después fue a sentarse en la cama sin ánimo para desvestirse.

¿Qué podría decirle a Javier?

Estoy desconcertada. Sucede hoy a mi vida como a esas pinturas que parecen sólo superficies: me falta la perspectiva, seres y acontecimientos los veo presentados, no representados; faltan la síntesis, la unidad y el equilibrio precisos que revelan el todo. Te hablo como pintora y no trabajo como tal. He suspendido mi actividad hasta ponerme en orden, no me serviría la pintura para aclarar ideas: por el contrario, ella es hoy un conflicto y me duele. La inactividad de las últimas semanas me ha permitido mirar alrededor con ojos simples y lo que veo en este pequeño mundo edificado al noroeste de Pekín me deja un poco atónita. Muchos de sus habitantes dan la impresión de haber agotado sus reservas de vida propia y de luchar ahora por subsistir a costa de las ajenas, porque no tienen dentro de estas paredes y jardines, de este bienestar material que nos rodea, cordón umbilical que los alimente del flujo vital emanado de la tierra. Estamos suspendidos en el aire, separados de este suelo por la más absurda idea del confort. Los extranjeros -procedentes de todas partes del mundo— ocupamos un solo bloque de los numerosos bloques edificados que constituyen el Hotel Internacional y cabemos en un solo comedor; no somos muchos —tal vez cincuenta, incluyendo a los niños, y de ellos ocho latinoamericanos—, pero, a mi juicio, somos aún demasiados para estar reunidos,

aislados de China, sobre todo si vienen, como aseguran, más profesores y traductores de español. Y aunque la discreción es estimada la virtud principal en el hotel, cuentos e historias tienen siempre un nombre y un rostro circulando por sus pasillos largos, oscuros e inhóspitos.

Mientras te escribo, sensaciones encontradas me golpean, seres que hablan distinto lenguaje, y, como tú dices, lenguaje distinto significa para nosotros ese que expresa en palabras otra forma de ver, de recibir el mundo, y en esos seres, voluntades y verdades inflexibles. Estoy confusa, hechos e imágenes se revuelven dentro de mí y temo, a veces, que la realidad inmediata me impida aprovechar en todas sus posibilidades este inmenso y rico mundo chino. Sobre este "aprovechamiento" hay mil versiones distintas; yo me siento recién llegada y es poco lo que he sacado en limpio todavía.

Ya no hay esperanzas de traslado a otro sitio que me hubiera permitido vivir en la ciudad y tener contacto con estudiantes y artistas. Para suplir en parte el aislamiento suelo irme en bus a Pekín y echarme a pie por sus callejuelas y avenidas. No te imaginas lo hermosos que son los niños, siempre hay alguno valiente capaz de acercarse y tocarme, y como no aceptan nada, ni siquiera dulces o chocolates —símbolos del engaño extranjero en el pasado—, les hago

un dibujo a la carrera en mis papeles de apuntes. aún los llevo, lo cual resulta el mejor vínculo, incluso con los mayores, y sonrien, sonrien de verdad mientras me observan fijamente, llenos de esa limpia, sana, universal sabiduría popular. Y yo también los observo, los miro caminar por las calles y pienso que realizaron aquella terrible y heroica revolución. Treinta años luchando y muriendo, treinta años, Javier, poco menos que la longitud de nuestras vidas. Me detengo en las aceras y ya no me atrevo a tomar apuntes; serían éstos imágenes compactas, muchedumbres, desfiles, banderas rojas, rojos pañuelos de pioneros y soldaditos de ambos sexos, imágenes algo en pugna con las tomadas anteriormente. Y me vuelvo después a este hotel, en donde encuentro otra vez rostros en singular que actúan y se mueven, aceptan y rechazan.

Siento tristeza y soledad y no me avergüenzo de ello, como no podría avergonzarme de experimentar angustia o de estremecerme ante la muerte. Y te digo que no me avergüenzo de ello porque he tenido en China la impresión de que su socialismo considera estos sentimientos propios sólo de burgueses e indignos de una sociedad sin clases. Como si la angustia y la soledad no fueran atributos posibles a cualquier ser humano y que existirán siempre en mayor o menor grado en todas las sociedades. Y al

rechazarlos, al descalificarlos en su totalidad, se quedan sin hacer la diferencia entre el hombre cargado de una angustia aumentada por sus contradicciones y la insatisfacción, la falta de seguridad, el temor, el esfuerzo constante de mostrarse distinto, realizado, y el ser humano inquieto, que no podrá definirse nunca como un animal feliz, contradictorio, lleno de interrogantes frente a la vida y la muerte.

No te extrañe que haya omitido el nombre de alguien querido por ambos. Cuando vuelva a pintar te hablaré de él. Amanece, sucede siempre que te escribo. EL OTOÑO es, sin duda —como dicen las guías de turismo y sus propios habitantes—, la estación de Pekín. Desde su cama, Clara tenía a la vista un cielo transparente y azul sobre las copas de los árboles ya patinadas de rojo. Había dormido poco, pero el colorido del espectáculo enmarcado por la ventana le servía de estimulante. Saltaría de la cama y saldría a la ciudad, no al azar como otras veces, sino directamente a los anticuarios.

A TOTAL CONTRACTOR OF THE STATE OF THE STATE

Mientras echaba a correr el agua en la tina, sonreía pensando en Liu Li-chang, la calle de los objetos viejos y de las copias perfectas. Tiendas de cuadros, de pinceles y tintas, de artículos que la vida actual desechaba por suntuosos e inútiles, custodiados, ofrecidos por sonrientes viejos que jamás se molestaban enseñando sus tesoros, aunque el cliente se marchara con las manos tan vacías como había llegado. Clara solía ir a menudo y acostumbraba asomarse incluso bajo las mesas o al infaltable cuarto de los trastos. Ya la conocían y festejaban su entrada inclinando la cabeza entre risas contenidas. Comprendía que estaban deseando la presencia de alguien amante de aquellas cosas exquisitas. Lo comprendía más ahora, después de observar a cierta gente que entraba y salía con su intérprete.

Lo tenía decidido, esa mañana de sol iría a Liu Lichang y revolvería porcelanas y bronces. Se rió fuerte dentro del agua tibia, recordando el porte y el significado que adquirían sus poquísimas palabras en chino y las poquísimas palabras en inglés que los viejos hablaban si había de por medio un amor común. A Clara le gustaba ir a esos sitios no sólo por el placer que produce la belleza o la posibilidad de adquirir algún objeto extraño o curioso, sino porque en aquellas piezas llenas de las más variadas figuras, en orden o desorden, estaba aún presente el espíritu de una época recién pasada. Espíritu que el intérprete evitaba, movido, tal vez, por ingratos recuerdos: el despojo de los tesoros de China dispersos por el mundo o la consideración de ser ésta una afición burguesa y, por lo tanto, severamente rechazada.

Pero con esos trozos de piedra, bronce, hierro y madera tallados; con esa vajilla de porcelana, los candelabros, el set¹ para rezarles a los antepasados,

¹ Set: conjunto de cuatro candeleros y un incensario que se coloca en el altar del dios o los antepasados.

las pipas de estaño, el juego del mayá¹, los amuletos de jade, los rosarios budistas, los abanicos masculinos y femeninos, la orfebrería, las pinturas, y también la ropa de seda bordada, se podía formar una idea aproximada de aquel mundo pasado y vivo a pesar de todo. Dentro de los anticuarios existía entre los objetos y el público contacto material y directo como no sucedía entre el público de los museos y sus objetos colocados detrás de las vitrinas.

Abría el ropero y echaba mano del gastado chaquetón de gamuza, compañero de sus días en Londres, cuando sonó el teléfono. Wang Te-en solicitaba, a nombre del subdirector de Bellas Artes, permiso para visitarla esa mañana. Clara colgó el aparato vuelta de nuevo a su realidad. Desde el banquete a su llegada no había vuelto a ver a aquel chino todavía joven, alto y distinguido que se movía y actuaba con desenvoltura. En medio de sus compañeros excesivamente medidos y herméticos dentro de sus austeras chaquetas azules, parecía más notoria la diferencia. Durante la comida lo abordó tratando de saber algo más de él: "¿Había estado en el extranjero?" Pero el subdirector esquivó sonriendo una conversación directa. Hacía mucho tiempo de su viaje a Europa. "¿Sabía ya usar los palillos?"

Pocos minutos antes de que llegaran, tenía Clara

¹ Mayá: típico juego chino, compuesto de 136 piezas.

el té y las tazas preparadas, una botella de licor, dulces y pequeños vasos de porcelana. A la hora exacta golpeaban la puerta.

Después de los saludos, las primeras frases traducidas por el intérprete recayeron sobre el clima y el agrado del otoño en Pekín.

¿Cómo estaba de salud? "Hay que tener cuidado con la sequedad de la atmósfera, que va haciéndose más pesada a medida que entra el invierno. Beber mucha agua, hervida por supuesto, y alterar equitativamente trabajo y descanso."

¿Qué sitio deseaba conocer en la ciudad? ¿Volver al Templo del Cielo? "Tiene razón, la armonía es perfecta. Gran artista el pueblo capaz de construir esa maravilla."

¿Cuántas veces había ido a la ópera?...

Clara escuchaba sonriendo a los ojos que la observaban detrás de los lentes. Sentado en el sillón de mimbre, movía al hablar sus manos fuertes y hermosas, cosa bastante insólita en un chino. En ellas y el rostro prevalecía la luz sobre todos los otros elementos, ofreciendo un notable contraste que hacía de manos y rostro centros llenos de intensidad y vida. Observando aquel juego de luz y sombra, Clara comenzaba a distraerse, cuando un gesto del hombre la hizo prestar atención. Alargaba hacia ella un paquete y sonreía:

—Para que los use en pintar nuestra realidad china.

Eran pinceles de distintos tamaños y grosores con cuerpo y tapa de bambú, primorosamente hechos y de una calidad extraordinaria. Había recibido ya de la institución flores y libros de arte, pero aquel montón de pinceles la emocionó en tal forma que no pudo reaccionar de inmediato. Se quedó con el paquete en la mano, en silencio, como un niño estupefacto. Ningún otro regalo podía ser para ella más preciso y significativo.

—Su pintura llevará a Latinoamérica la imagen hermana de China, porque artistas e intelectuales deben también contribuir a la tarea de representar y conectar a los pueblos. Estamos felices de que usted haya venido a trabajar en nuestra patria y queremos facilitarle, en lo que nos sea posible, todo lo necesario a su actividad creadora.

A medida que le escuchaba, Clara iba recuperando su habitual serenidad y, sin titubeos, contestó, mirando el rostro que tenía enfrente:

—Respecto a eso, puedo asegurarle que cumpliré con mi país y con China, realizando honestamente, hoy y mañana, mi trabajo de artista.

En los labios del subdirector comenzó a nacer una sonrisa:

⁻Esperamos que nos comprenda.

- —Es lo que todos esperamos siempre.
- —Así es. Procuraremos que nada le haga falta; Wang Te-en estará a su disposición cuando quiera salir o pedir algo. Le rogamos, de nuevo, nos solicite todo cuanto le sea útil a su trabajo; nuestro sincero deseo es ayudarla, al hacerlo ayudamos al mutuo conocimiento de nuestros pueblos.

Ella asintió con la cabeza, dio las gracias y se levantó para ofrecer té y un vaso de licor.

—Ha comprado usted algunas cosas muy hermosas.

Clara se sentó con el vaso en la mano; sentía que necesitaba beber algo fuerte.

- —Son pocas, como puede usted ver, pero elegirlas ha sido un verdadero placer.
- —Esa tablilla de marfil que tiene sobre la mesa, ¿dónde la consiguió?
- —En uno de los anticuarios de Liu Li-chang; no pude entender, aunque trataron de explicármelo, su significado, pero me resolví por la forma y el color.

Estiró el brazo y le alcanzó el objeto.

—Es el pase de un general para entrar en la Ciudad Prohibida y el Palacio Imperial; tiene su nombre, su grado y el sello. Un pequeño tesoro, la felicito.
—Levantó el vaso y dijo en español—: Salud.

"Qué manos tan hermosas —volvió a pensar Clara—, tan sueltas y ágiles. ¿Será casado, tendrá hi-

jos? Cómo me gustaría hablar con él directamente, sin intérpretes ni rodeos."

—Salud. Me han dicho que usted conoce en profundidad el arte chino antiguo.

Nada había oído sobre la cultura de aquel hombre, pero era indudable que la poseía, y deseaba, en esos momentos, pedirle ayuda. "Sería valiosísimo contar con su apoyo para el conocimiento de China."

—El gran valor está ahora en mirar hacia el futuro de nuestro pueblo, no en volverse al pasado. Hay tanto que hacer.

—Nadie lo duda, pero el futuro no se comprende sin el pasado; ustedes, más que el resto del mundo, deben estar retornando siempre para avanzar y corregir.

Cuando el intérprete tradujo sus palabras, Clara sorprendió detrás de los anteojos un corto y vivaz guiño irónico, que se deshizo en el silencio. Wang aprovechó ese minuto para beber té y ella volvió a desear no tener necesidad de su trabajo. Porque mantener una conversación por intermedio del muchacho se había convertido para Clara en una especie de tormento. Sentía que la calidez del contacto humano se helaba a través del intérprete. Esa charla indirecta se le hacía molesta y fatigosa al cabo de un rato.

—Las obras completas de Shakespeare en inglés

son extraordinarias. Tenemos excelentes traducciones al chino.

El volumen yacía en el suelo, al alcance del sillón, sitio en donde ella lo dejara la tarde anterior.

—¿Las leyó en inglés? —preguntó Clara, esperanzada. "¡Oh! ¡Si lo hablara!"

—El inglés ha sido durante mucho tiempo lengua obligatoria en la escuela secundaria. ¿Ha tenido noticias de su marido? ¿Viene pronto?

Si todo resultaba bien, en mes y medio más saldría del país. El subdirector se mostró entusiasmado; para el próximo semestre, que se iniciaba en febrero del año entrante, podrían, entonces, inaugurar los cursos de Cultura Latinoamericana. Miró el reloj con una corta exclamación. Era muy tarde y debería marcharse. Antes de irse deseaba preguntarle si prefería viajar pronto a través de China.

—Esperaré que llegue Javier.

Se despidieron con breves frases de mutuo agradecimiento y Clara no vio ya en el rostro del hombre aquel juego de luz y sombra que le daba intensidad y vida. El mediodía entraba de lleno por la ventana y lo transformaba todo en volúmenes un tanto brutales.

Después que se marcharon, pasó a la sala a recoger tazas y vasos. Mientras ponía en orden los objetos transcurrirían los minutos necesarios para bajar

sin temor de encontrarlos en los pasillos. Era tarde. en realidad, para su costumbre de ir al restaurante y ordenar la comida tal como lo hacía diariamente antes de que se abriera para el almuerzo, evitando así a la gente que, a esa hora, comenzaba a brotar de esquinas y corredores para dirigirse al comedor. Pero hoy no se preocupaba de eso. La visita del subdirector le había dejado una indefinible sensación de malestar que no lograba superar racionalmente. Y no era culpa del intérprete, porque Wang tradujo siempre para ella y nunca quedó después con esa especie de crispación y disgusto. Tal vez esperó demasiado de aquella entrevista, tal vez se hizo demasiadas ilusiones sobre una mayor relación que le hubiera permitido agrandar el diámetro de su visión para enfocar China. El pudo ofrecerle ayuda y no lo hizo. Nunca se sintió más sola que en ese momento desde su llegada a Pekín. Pensó en Javier con verdadera angustia. ¿Cuándo llegaría? Entre ellos se tendían, por lo menos, tres días de viaje y todas las imposibilidades para cualquier contacto inmediato. Mejor no pensar, ya correría el tiempo y lo tendría consigo.

Salió al pasillo y caminó rápidamente hacia el ascensor. Como las puertas metálicas estaban cerradas y la luz en el marcador ascendía, tomó la escalera. Llegaba al primer piso cuando se encontró con Fanny que subía. Las puertas del ascensor se

abrieron para dejar paso a un africano y un sueco que saludaron sonriendo a la muchacha. Esta cambió con ellos algunas palabras en inglés y luego alcanzó a Clara, deteniéndola cariñosamente del brazo.

—Quería verla y expresarle mi agradecimiento; no se imagina cuánto bien me hizo anoche su compañía. Es usted muy buena.

Tenía de nuevo una expresión tan infantil que Clara le dio unos cariñosos golpecitos en el hombro.

—Ven a verme cualquier día.

Fanny volvió sobre sus pasos para acompañarla un rato. Con algo de curiosidad preguntó de improviso:

- —¿Venía de su casa el subdirector de Bellas Artes? Lo encontré saliendo del hotel.
 - -Venía de mi casa.
- —Qué hombre interesante, ¿verdad? —Bajó el tono y se acercó misteriosamente—: Aseguran que era hijo de un magnate y que estuvo casado con una inglesa.

Clara acortó sus pasos:

- -¿Una inglesa?...
- —La conoció mientras ambos estudiaban en Oxford y se casaron después de graduarse. Creo, incluso, que tiene una hija en Londres y que madre e hija viven juntas. Nadie sabe si están divorciados,

pero él se vino hace diez años y se vino solo. Es el traductor de algunos libros clásicos; las obras completas de Shakespeare llevan un prólogo suyo. Es, además, gran conocedor de las culturas china y europea.

Sin reparar en la expresión taciturna de su amiga, Fanny siguió charlando entusiasmada:

—Me parece un hombre extraordinario —y añadió con cierta picardía—, como para caer gustosa en pecado mortal.

Pero ya Clara no la escuchaba. Le parecía de pronto que la habían engañado, burlado, y sintió crecer en ella una rabia súbita e intensa. Apretó los puños y los párpados y contuvo la respiración. Hacía mucho tiempo que no sufría un acceso de furia semejante. Su rostro estaba blanco. Fanny iba a continuar hablando, pero aquella palidez sorpresiva la contuvo. Llegaron al comedor y la muchacha le rogó entrar y sentarse, mientras lanzaba una mirada a través de la puerta de batientes y veía a Germán charlando de pie frente a la mesa de los brasileños.

—Allí está Germán, ¿lo llamo? —preguntó ansiosamente.

Sobresaltada, Clara se repuso y dijo que no en forma brutal; pero ante la expresión estupefacta de la muchacha, trató de corregirse. Haciendo un esfuer-

zo, le rogó ordenar leche y frutas para ella y salió del comedor, anduvo unos pasos y bajó al jardín.

El sol caía en forma casi vertical, pero sin la fuerza de los meses anteriores. Las sombras de las hojas temblaban sobre el camino de cemento. Marchó un rato entre árboles, edificios y pequeños montículos artificiales hasta que la vista de un banco la detuvo. Se acomodó junto a una pileta, sin mirar hacia el otro edificio de concreto. El cansancio físico relajaba la tensión acumulada y se preguntó con extrañeza:

"¿Qué significa todo esto?..."

Y pensó que necesitaba a Javier y también a su madre en una sensación repentina de desamparo. Correr a refugiarse, como entonces, en la vieja casa de su infancia; allí donde nada podría ocurrirle y donde su madre y su abuela estarían charlando. Porque su infancia giró alrededor de esa casa, no la de sus padres, sino aquella otra, inmensa y quieta, a la cual llegaba después del colegio. Subía primero a saludar a su abuela y muchas veces su madre estaba con ella, enfrente de ambas la mesa y el servicio de plata. La pieza era más tibia que el resto de la mansión y la mermelada y los bollos más perfectos dentro del cristal y la porcelana. Se instalaba en el pequeño taburete para los pies que siempre guardaba bajo el sofá y observaba a las señoras entre sorbo y

sorbo de té. Solía protestar cuando su madre daba la luz, porque los resplandores que se quebraban en las lágrimas de baccarat rompían el efecto mágico de los tonos a la hora del crepúsculo. Jamás separó en su recuerdo la imagen materna de la vieja casa de la abuela. La sonrisa buena y suave de su madre pertenecía a esa quietud, nada tenía en común con el movimiento y la urgencia representados por su padre.

Clara sintió que iba a llorar y bajó la cabeza para esconder su rostro. Después de muerta la abuela, su madre le advirtió un día que no volviera a la mansión —aún lo hacía para visitar a los tíos solteros—, y en la advertencia temblaba una emoción contenida. Esa tarde, impulsada por la curiosidad, hizo de nuevo su camino habitual, pero no pudo detenerse frente a las escalinatas de mármol. Una bandera en blanco y negro caía sobre la puerta como un cuchillo y dos hombres indicaban a los automóviles su colocación junto a la acera. Una multitud hablando y gesticulando fuerte, salía y entraba en la casa.

Se reprochó no haber subido a su departamento con el objeto de impedir que los recuerdos la golpearan. Voces y pasos venían por el camino. El terror de que alguien sorprendiera sus lágrimas la clavó en el asiento y la mantuvo muy quieta esperando que la emoción disminuyera. Junto a ella pasaron cuatro personas; levantó los ojos y siguió a las dos parejas. Una de ellas era un joven matrimonio francés recién llegado a trabajar en el Instituto de Lenguas Extranjeras, que tenía el departamento vecino al suyo y a quienes encontraba en los pasillos o el ascensor, a veces eufóricos por alguna compra realizada en los mercados o molestos y entristecidos por el aislamiento del hotel:

—Ce n'est pas la Chine, madame...

La otra pareja le había sido presentada por Germán semanas atrás y desde entonces los divisó en diversas ocasiones regresando del trabajo. Era él un abogado español, combatiente de la Guerra Civil y exiliado de su patria a la caída de la República. Alto, algo gibado, su expresión firme y directa impresionó favorablemente a Clara. Formaba con Marta, su mujer, alta v delgada como él, un todo equilibrado y prudente que los hacía distinguirse de inmediato en cualquier grupo. Ambos habían salido de España por Alicante entre muchos compatriotas a quienes la Unión Soviética abrió sus puertas. Vivieron allí quince años y luego partieron a China contratados para las ediciones en lenguas extranjeras. Tenían una hija, Dolores, nacida en Moscú, donde ahora estudiaba ingeniería. Entraban con Germán en la tienda de comestibles cuando Clara compraba y la presentación fue casi forzosa. Vicente le preguntó por su

marido y le ofreció libros y revistas; su mujer le aconsejó ciertos almacenes y mercados. Compraron, también, algo y se despidieron. Germán se había quedado con ella y cargó paquetes y botellas. Mientras subían, Clara manifestó su simpatía por el matrimonio y habló de ir una tarde a visitarles. En el rostro de su amigo fue apareciendo un gesto desdeñoso.

—No puedo impedirte la relación con nadie, pero no te aconsejo esta gente.

La respuesta era tan inusitada que ella insistió en una explicación.

—No te conviene frecuentarlos, son mal mirados, se les considera "enemigos de China".

Clara, por primera vez, oía algo semejante; el término "enemigos de China" aplicado a personas que trabajaban y vivían allí le sonó increíble y monstruoso.

- -¿Y tú puedes suponer que eso sea posible?
- —Yo me limito a saber que tienen una actitud bastante crítica sobre todo esto, he conversado con ellos y los he oído.
- —Eso no quiere decir que sean "enemigos de China". La frase es increíble y absurda.
- —No me detengo en consideraciones sentimentales, pero considero inaceptables críticas provenientes de personas contratadas para cierto trabajo determinado. Han venido a cumplir un contrato a

cambio de un excelente sueldo y de comodidades superiores a las que tenían en Moscú. Limítense, entonces, a su trabajo.

Con la mano en la puerta, Clara se quedó inmóvil. Lentamente fue volviendo la cabeza para mirar a Germán.

—Es el criterio más capitalista que he escuchado en mucho tiempo.

Las dos parejas desaparecieron del jardín y ella pensó que nunca había cumplido su deseo de ir a verles o de invitarles porque, hasta ese momento, su vida estuvo llena de todos los compromisos y problemas derivados de su llegada. Visitas a diferentes sitios y monumentos, instalación del taller, solicitud de telas para los óleos, escapadas por los anticuarios y el entusiasta bosquejo de sus apuntes. Epoca destinada a sí misma, de ojos vueltos hacia adentro, ajena a todo lo que no tuviera relación con su existencia.

Pero ese período concluía. Los apuntes estaban guardados y necesitaba ordenar imágenes, abstracciones y realidades, antes de retomar los pinceles, porque la mirada aguda de Germán había sorprendido algo en ellos, algo que iba más allá de la conciencia. De aquella realidad acogida por Clara y de su libre espontaneidad, brotaba la contradicción. "No sabes lo que estás haciendo." En verdad no lo sabía

racionalmente y por eso hoy se encontraba en un conflicto, conflicto que debería solucionar en ella misma v para el cual va no bastaba el amor hacia China. Recordó en ese momento el rostro de su marido durante aquellas largas sobremesas convertidas en lecciones. Porque Clara, hasta su matrimonio con Javier, nunca se había preocupado seriamente de filosofía, política o economía. Comenzó a leer, a pedir explicaciones y a escucharle. Lecciones que principiaban en Atenas y llegaban al presente a través de las escuelas idealistas y el materialismo. Educada a la moda de años anteriores, su instrucción en estas ciencias se reducía a conocimientos superficiales carentes de base lógica. Entrar, entonces, al mundo racional, colocarse en el presente después de todo un proceso lógico y concatenado, fue un aporte valioso a su labor artística. Cobró ésta otra dimensión, se hizo más crítica v objetiva, aunque nadie pudo colocar jamás a su pintura algún adjetivo que señalara falta de libertad o compromiso. Clara adquiría su propia y libre concepción del mundo. Germán solía estar en aquellas largas sobremesas, pero muy pocas veces intervenía en ellas, y como el tema se daba por añadidura, bromeaba diciendo que entre intelectuales no se podía hablar de política.

-En el fondo, todos son reaccionarios.

Dejó su asiento en el jardín y subió a su departa-

mento. Sobre el escritorio estaban el plato de frutas y la leche encargadas a Fanny, más un poco de caviar rojo, tostadas, mantequilla y dulces, dispuestos y arreglados minuciosamente; junto a la servilleta una nota:

Estaré en mi cuarto. F.

Miró el almuerzo sin deseos de comer nada, pero con agradecida ternura. Aquella muchacha agresiva y violenta pensaba en ella sólo porque una vez tuvo un simple gesto humano.

ERAN LAS tres de la tarde y el bus a Pekín se le había escapado. Ya no podría distraerse caminando por la ciudad. No lo sintió demasiado; se recostaría un momento con la ventana abierta para recibir la frescura del otoño, descansaría de esa mañana invertida en despachar cartas y tarjetas en deuda a los amigos y en caminar hasta el pequeño cementerio cercano al hotel. La sequedad de la atmósfera comenzaba a pesar en su organismo.

Esta constatación le recordó, de pronto, su proyectada visita a la policlínica, visita olvidada aquellos días. Bajaría de inmediato a ver a un médico.

La clínica, con sus cuartos limpios y ordenados, sus enfermeras impecables y sus alfombras rojas, le pareció alegre y cómoda. Hicieron su ficha: nombre, edad, fecha de llegada a China. Preguntas formuladas en inglés y luego fue conducida al despacho de un médico, hombre joven y agradable que la saludó en francés mientras le ofrecía asiento.

—¿Estado general? ¿Peso?... ¿Apetito? ¿Presión?... Soltaba el cordón del estetoscopio inclinado sobre Clara, que le observaba en silencio. Hasta ese minuto ella sólo dijo que no se sentía bien, ¿cómo hablarle de su angustia? La palabra sonaría extraña dentro de aquel ambiente lleno de orden y de mesura.

- —Hace días que duermo bastante mal, o si duermo, despierto a medianoche y paso largas horas en vela; no puedo prolongar el sueño como quisiera.
- —A ver... Usted llegó a Pekín hace dos meses, ¿es así?
 - -Así es, doctor.
- —El cambio ha sido muy brusco..., desde el horario, doce horas de diferencia... ¿Extraña mucho la comida?
 - -No se trata de eso.

El médico la miró con atención y después se levantó para ir al escritorio. Anotó algo en la ficha y mientras lo hacía dijo lentamente:

—Alteraciones que se producen cuando la continuidad de los hábitos, de la vida, se corta de improviso; sucede a menudo, una nueva adaptación no siempre es fácil. Le daré algo para ayudar a sus nervios.

Fuera de la sala mucha gente esperaba su turno; algunos conversando entre sí, otros aislándose detrás de un libro o una revista. Clara pasó junto a ellos

sin mirarlos, llevando en su cartera un paquete de pastillas.

Iba absorta. Las palabras del médico habían abierto una brecha hacia el mundo exterior chino y las repetía a su manera: "alteraciones que se producen cuando la continuidad de la vida se ha roto". Y era notoria, se dijo de pronto, la diferencia existente entre el médico y Wang, un desnivel no sólo con respecto a la cultura, sino un desnivel personal e imponderable. Se lo decía porque pensó llamar al intérprete —podría necesitarlo— cuando decidió bajar a la clínica, pero desechó enseguida tal pensamiento, recordando la conversación que trató de sostener con el muchacho acerca de los métodos psicológicos empleados en la educación infantil del país. Wang agrandó los ojos tratando de repetir la palabra:

-¿Psicológicos?...

No estaba en su vocabulario y ni siquiera lograba entender su significado, aunque Clara tratara de explicárselo. No estaba en su vocabulario, ni en español ni en chino.

Wang Te-en, su compañero, que llegaba puntualmente cuando lo necesitaba, para bajar juntos hasta el taxi. Clara lo recibía con agrado porque notaba en el muchacho —no tendría más de veinticuatro años— simpatía e interés. Armado de una libreta solía hacerle toda clase de preguntas, desde las más

generales sobre su país, hasta las más personales sobre su familia y amigos. A medida que ella hablaba, iba anotando jubilosamente las palabras desconocidas. Clara le hacía repetir, entonces, las más difíciles, ejercicio efectuado por Wang con infantil tenacidad. Se habituó pronto a su compañía diligente y amable, que siempre deseaba estar cerca, y comenzó a tratarlo cariñosamente. Lo veía abrirle paso en el vestíbulo de los teatros en funciones de cine, ópera, ballet y circo, mirándola hacia atrás como quien protege a un niño. En los entreactos desaparecía para volver con helados, dulces y frutas que él apenas probaba, mientras leía en voz alta los programas. Aunque no era fácil penetrar en su intimidad. poco a poco fue conociendo detalles de su infancia y adolescencia. Nacido en Shanghai, séptimo hijo de padres obreros, su deseo personal respecto a trabajo, hubiera sido incorporarse a una carrera técnica, pero "me di cuenta de que en ese momento China precisaba de intérpretes para hablar con el mundo e ingresé al Instituto de Lenguas Extranjeras". Como a tantos otros jóvenes, el nuevo Gobierno, urgido por la premura de echar a andar el país, lo sacó de su pobre barrio de Shanghai, le dio una ligera base de instrucción y lo hizo ingresar a la Universidad. A ella le parecía conmovedora aquella actitud de entrega sin reservas a la patria, sumada al más total agradecimiento

Su trabajo de intérprete lo conectaba a los diversos criterios y a las variadas emociones experimentadas por los visitantes —visitantes en su mayoría de habla española— frente a la realidad china.

Pero Wang, con un extraño sentimiento nacional, cerraba los oídos a cualquier opinión que le pareciera adversa o crítica y trataba de meter a los forasteros en esquemas comunes y definidos. Clara intentó, entonces, darle una visión más objetiva de América, basada primero en la geografía y en algunos elementales datos demográficos. Pero renunció muy pronto. El muchacho la escuchaba indiferente, irreductible en sus magros conocimientos, sin admitir ninguna posibilidad de error o ignorancia. Cuando ella quiso enseñarle cifras estadísticas o referencias en libros, notas o fotografías, contestó fastidiado:

—Nuestras situaciones son, con Africa, Asia y América Latina, absolutamente semejantes.

Clara movió la cabeza y trató de hablar, pero Wang la interrumpió para añadir:

—Podemos discutir y cambiar opiniones, por supuesto.

Era demasiado para quien conocía la magnitud de su ignorancia respecto a América; ella se encogió de hombros mirándolo con ternura. No había en el muchacho el menor deseo de ofender, sólo una aplastante convicción emanada de ciertos principios inflexibles que él no quería transgredir.

Continuaron yendo juntos a museos y academias, en donde siempre un guía o maestro les acompañaba, proporcionándoles datos y pormenores de todo lo que Clara consideraba interesante o curioso. Contemplaba los cuadros y la artesanía llevados a su más increíble perfección y luego hacía preguntas. Recordó, así, que la pintura tradicional china poseía leyes fijas, estaba codificada y, por lo tanto, el impulso personal tenía escaso margen de expansión. Era el concepto artesanal en el valor artístico y cierto desprecio por la originalidad considerada como expresión del individualismo.

Escuchando la traducción de Wang, Clara pudo darse cuenta de la poca importancia que el muchacho asignaba al genio extranjero y comprendió cómo, a su criterio, nada tenía valor comparado al arte chino y a su antigüedad milenaria. Sus palabras estaban cargadas de una inconsciente pero irrefrenable soberbia. Este descubrimiento provocó en ella alegre sorpresa, no vertida hacia afuera, sino contabilizada hacia adentro, en muda constatación del mundo hermético y limitado de Wang.

Entraba al edificio número dos cuando divisó al intérprete caminando presuroso a encontrarla.

- —Pensaba en usted —dijo Clara riendo, mientras llegaba a su lado.
- —Venía de sus habitaciones, es una suerte poder verla —contestó el muchacho, riendo a su vez.

Ella habló de la clínica y de su ambiente agradable y alegre. Subieron a su departamento y Clara abrió las ventanas al jardín para atrapar algo del sol que comenzaba a evadirse por las paredes y los techos.

Wang permanecía silencioso y sus manos jugaban con la libreta de apuntes. Después que la vio sentarse dijo muy despacio:

—Deseo hablarle de un asunto, camarada.

Cierta desacostumbrada expresión de gravedad cargaba sus palabras. De la libreta sacó una hoja de papel que extendió sobre la mesa ubicada junto al sillón.

—Tengo aquí notas y antecedentes para rebatir algo que usted sostuvo el otro día.

Lo miró perpleja.

- -¿Y bien, Wang Te-en?...
- —Hace unos días usted se refirió a nuestra ignorancia respecto a ambas Américas...

Clara sonrió.

—...y se fastidió cuando yo hablé de la terrible discriminación que se hace con la mujer obrera tanto en Estados Unidos como en Sudamérica, donde trabajan, a veces, mucho más de diez horas...

Parecía de nuevo un niño.

- —Pero, Wang Te-en, no vale la pena —le interrumpió, levantándose a ofrecerle unos dulces.
- —Pues bien, reunimos estos datos, los estudiamos y los discutimos. Hasta ahora todas sus opiniones eran siempre amistosas, todas menos ésta.

Comenzó a observarlo atentamente.

- —¿Mis opiniones referentes a ustedes?
- -A nosotros, por supuesto.

Clara ya no sonreía.

—Converso con usted, ¿a qué viene esa referencia en plural?

El intérprete clavó en los suyos un par de ojos muy abiertos:

—Usted comprende..., tomamos los acuerdos en grupo, después que yo informo...

En el rostro del muchacho la sorpresa provenía sólo de la extrañeza mostrada por ella.

- —No comprendo nada. ¿De qué informa usted, Wang Te-en?
 - —Pues... de todo, camarada.
- —Cómo..., eso quiere decir..., nuestras conversaciones..., mis actos, mis palabras...
- —Por cierto, es mi obligación..., nadie puede reprochármelo.

Ella lanzó sus ojos en dirección a la ventana abierta y su mirada se escapó por el espacio cuadrado hacia el intenso azul del cielo. No se atrevía a mirar al

muchacho, la frase última podría haber cambiado su cara. ¿Se trataba de una confesión, una advertencia?

Oyó repetir al intérprete de manera firme y dura:

—Es mi obligación, camarada.

Y Clara enfrentó de nuevo su rostro. Su mismo rostro de siempre, un poco testarudo, un poco pálido, muy decidido. Quiso, arrebatadamente, ponerse de pie y echarlo de la habitación o acercarse y golpearle en las mejillas con la mano abierta repetidas veces, hasta que el dolor físico lo volviera a sí mismo en un grito de ira o rebeldía.

"Lo vuelva a sí mismo —se dijo con impotente desesperación, y sin ningún pudor apretó los puños contra su boca, mientras lo observaba impasible y erguido sentado sobre la silla— No quiero verle más..."

Wang informaba de todo, era su obligación, nadie podía reprochárselo; informaba de todo, tal como lo aseguraran a su incredulidad las amargas palabras de Fanny. Imaginó al muchacho abriendo su libreta para repetir más exactamente escenas y frases efectuadas o dichas por ambos en cualquier momento, pesando en la actitud de sus jefes la conducta de la invitada, y pesando, temeroso, su propia participación en ellas. Nada conservaría para sí porque era preciso mostrarse entero a la consideración de sus

superiores, estar pronto a la crítica o la llamada de atención, al arrepentimiento, en el caso de un exceso de amistad con la extranjera.

Continuaba erguido sobre el asiento, sin pronunciar una sílaba.

Clara aflojó sus brazos y bajó la cabeza, mientras sentía que necesitaba respirar del aire fresco de la tarde. Caminó a la ventana y miró desde allí hacia el jardín. Sobre el camino de cemento se movían algunos mozos de chaquetas blancas; junto a la cerca, al otro extremo, se divisaba la garita de un soldado; una enfermera pasaba con la caja metálica de las inyecciones.

Cuando se volvió a Wang, estaba otra vez tranquila. "¿Rechazar al muchacho para aceptar un nuevo intérprete? No tenía razón de ser..., era lo mismo."

Habló de varios asuntos y convinieron día y hora para una visita al Museo de Historia. El intérprete se retiró minutos después y ella permaneció largo rato sin moverse.

Esa noche tomaría sus pastillas y al día siguiente iría a la ciudad; necesitaba caminarla desde la muralla hasta el centro, conocerla en profundidad, entrar en ella por algunos de los lugares donde el ineludible progreso no hubiera dañado su unidad y su estructura.

purmió profundamente y sin interrupciones hasta la mañana, pero despertó con la sensación de haber vivido mil sucesos distintos. El rostro de su madre apareció muchas veces en su sueño, absolutamente nítido sobre un telón de fondo oscuro y convulso. Y ese rostro era lo único preciso en la revuelta sucesión de aquellas horas. Siempre que soñaba con ella amanecía llena de aprensiones, malestares que le apretaban el pecho y la garganta. La imagen persistía largos ratos en su mente, moviéndose en escenas retornadas de la infancia, adolescencia, años posteriores y deteniéndose antes de su muerte. Por una especie de autodefensa, Clara impedía a su memoria una exacta referencia sobre aquellas últimas semanas acontecidas entre la muerte de su madre y el accidente que les costara a Javier y a ella la esperanza de un hijo. Epoca de la cual trataba de apartar cualquier pensamiento. Pero la emoción y los recuerdos eran mayores que su voluntad, y cuando bajó a tomar el bus, iba aún estremecida.

En sus circunstancias actuales, el rostro de la madre representaba la conciencia de su trabajo y lo veía semejante al cuadro que de ella pintara en un arrebato de protesta y rebeldía. Un retrato en líneas muy simples, con toda la fuerza expresiva concentrada en sus grandes ojos castaños llenos de lágrimas. Su primer cuadro importante.

Su padre, que aceptó en un principio pagar clases al mejor maestro, se enfureció más tarde, cuando Clara resolvió matricularse en Bellas Artes y la vio salir puntual y estrictamente hacia la escuela. Desde aquel momento se libró entre ellos una batalla larga y sorda.

—Mezclarse con cómicos, buenos para nada; esta familia no tiene remedio —decía, observando a su esposa a través de los interminables silencios de las comidas.

En esos momentos la muchacha le odiaba y hubiera querido gritarlo, devolver desprecio por desprecio, defender en cualquier forma a los hermanos y hermanas de su madre, a quienes ésta visitaba ocasionalmente, y cuyas historias se repetían y comentaban. Los nueve hijos vivos de su abuela. Pero su madre se mantenía como siempre, contenida y silenciosa, contemplándolo con doloroso despego. Cla-

ra se preguntó muchas veces cuántos años tendría aquella expresión y desde cuándo toda intimidad entre ellos había cesado. Nunca ocuparon dormitorio común, ni vio en sus gestos un rastro de ternura. Más tarde supo que su padre mantenía en pleno centro un departamento privado y una querida; lo supo casualmente, debido a la indiscreción de alguien, y tembló por su madre. Pero ésta no se daba por enterada ni formuló jamás una queja o un reproche. La misma inalterable dignidad impulsaba sus actos y revestía de serenidad hasta la última de sus actitudes.

Sólo intervino con respecto a la pintura y arregló para su hija una de las mejores piezas de la casa, transformándola en un amplio y luminoso taller, comunicado a su dormitorio. En muchas ocasiones, Clara la sorprendió apoyada en la pared, a sus espaldas, mirándola pintar. Una tarde trabajaba en empastes grises y blancos cuando se volvió súbitamente tocada por algo, y vio lágrimas en los ojos de su madre. Dejó a un lado la tela y comenzó el retrato.

Fueron sesiones de pintura y de recuerdos; vivió de nuevo las tardes en casa de la abuela, observando la luz en el rostro de ambas señoras; y la cara de su madre contra el fondo en penumbras del palco durante un concierto o en su cuarto de niña, acudiendo

a sus gritos y a sus pesadillas; más tarde vestida de riguroso luto y, por último, esa mañana en el taller, a sus espaldas, mirándola pintar.

La reacción de su padre fue terrible cuando se encontró frente al cuadro en su primera exposición. O lo retiraba de inmediato o abandonaba la casa. Pero su madre lo interrumpió con firmeza y valor definitivos:

—Clara tiene veinte años, es mi hija y de aquí no saldrá hasta el día de su matrimonio.

El bus a mitad de la semana iba casi vacío; salvo muy pocos extranjeros, el resto acostumbraba moverse en taxis que, detenidos en filas junto a las escalinatas del edificio número dos, aguardaban a los residentes del hotel. El vehículo salía todos los días a una hora fija por las mañanas y las tardes, llevando, generalmente, personal de mozos y empleados.

A la vista del camino y de los árboles todavía verdes y pesados, el ánimo de Clara comenzó a despejarse. Pensaba con mayor tranquilidad en lo absurdos que parecen ciertos acontecimientos. Los dos mayores disgustos de su carrera de artista provinieron de seres diametralmente opuestos: su padre y Germán. De aquel primer disgusto había derivado

un cambio total en su vida: el matrimonio, aceptado como escape a la lucha diaria y sorda, y la resolución de no ceder jamás ante ninguna presión exterior tratándose de su trabajo. Entre entonces y ahora mediaban quince años, durante los cuales sólo dejó de pintar unos meses, porque física y moralmente no pudo hacerlo. De su matrimonio, efectuado a los veintiún años, no quedó nada a los veintiséis, cuando se encontró viuda. Ella v su marido tenían la misma edad al casarse y fortuna y juventud para no sufrir problemas, para procrear una sólida familia. Pero en Clara la idea de independizarse y abandonar tutelas fue el sostén principal de su nueva situación. Ya no tuvo que soportar gestos amargos o reproches. Su marido, preocupado también de sí mismo, cedía a todos sus deseos a cambio sólo de tranquilidad. Tal vez, en alguna ocasión, un brote de celos o una pequeña escena frente a la vida ajena de Clara; luego, cada uno a su mundo y a sus propias inquietudes. Ella nunca supo de veras cuáles fueron las suyas, excepto su violento entusiasmo por la aviación, entusiasmo del cual Clara se reía un poco. Y lo recordaría siempre, hasta ese instante allí en China, como alguien que permaneciera al margen de su vida. Cierta tristeza estaba hoy unida a su nombre, porque nada dejó tras de sí, ni siguiera gran dolor en quien fuera su mujer. Un gesto, un

momento compartido y luego nada. A Clara le dolía la certidumbre de su indiferencia pasada, le dolía con la nostalgia de los instantes perdidos y sordos. La casa recibida antes de su matrimonio permaneció vacía, no hubo niños que gritaran en sus cuartos, y ella, tiempo después, impidió a conciencia lo que en un principio y naturalmente no se produjo. Los hijos eran algo absolutamente ajeno a sus pensamientos, tenía ya demasiado consigo misma para preocuparse de eso. Dolor, nostalgia y arrepentimiento asomándose hoy desde el pasado. Pero en aquel entonces, sus días estaban llenos de emociones y los construía apoyados en la esperanza de llegar a ser realmente una artista. Volvió a la Universidad, alternó con quienes pudieran resultar útiles a su ambición, viajó sola, pintó, hasta que un día se enteró por radio, durante una exposición en el sur, del accidente ocurrido cerca del Club Aéreo.

Pasaban frente al edificio de la Exposición de Pekín, llamado antes de los Adelantos Técnicos Soviéticos, construido en estilo ruso con altas y agudas torres en forma de esbeltos conos dorados, y Clara reparó, una vez más, en los grandes medallones pendientes de arcos y pilares, forrados en tela, que escondían evidentemente, a la mirada de los transeúntes, las pinturas que los adornaban.

Aunque iban dejando atrás hombres y mujeres en

bicicletas, siempre había algunas más frente al bus por el camino. Era el medio usado con preferencia para trasladarse de un punto a otro; un millón de ellas corrían por la ciudad y los pekineses tenían a orgullo fabricarlas semejantes a las mejores marcas europeas. El resto de los habitantes trepaba a troles y buses modernos que los llevaban en todas direcciones, según un coordinado y fácil plano de locomoción. No obstante, frente a los paraderos centrales y a las esquinas, se formaban largas colas que Clara jamás hacía, obligada a adelantarse por la amable insistencia del pueblo. La vieja ciudad ensanchaba arterias para mover aquella enorme corriente humana entregada antes a su propio esfuerzo y a los más precarios medios de traslado.

Por las aceras caminaba la gente moviéndose rápida o lentamente dentro de sus trajes azules. Uno que otro coche diplomático se detenía en las esquinas tocando el claxon ante la densa muchedumbre. La mirada de Clara caía en esos alrededores de la ciudad sobre techos bajos y modestas casitas que iban apretándose entre sí, cuanto más se acercaban a las murallas. Frente a una de las antiguas puertas monumentales dejó el bus. Caminaría desde ahí hasta el Palacio Imperial.

Pasó bajo el arco sobre el cual se elevaba la fortaleza, parte protectora de la entrada, para detener-

se unos metros después a contemplar la construcción en su totalidad. Lo más característico en ella era el pesado techo de tejas vidriadas con adornos de pequeños dragones en los costados y los vértices, sobre vigas policromas, ensambladas entre sí a la manera china, exentas de clavos, amablemente unidas sin la violencia de un elemento extraño. Con algo de excitación se introducía ahora al área antes prohibida, cercada por murallas milenarias.

Faltaban muchas cuadras hasta el Palacio Imperial, pero las iría consumiendo a paso lento, asimilándolas con aquella avidez que traía de tantos años. Desde su llegada se había estado escapando a Pekín un tanto a ciegas, sin rumbo determinado, como en una introducción preparatoria al libro abierto, a la obra de arte que ella consideraba una ciudad. Pekín fue para Clara, durante largos años, sólo una visión a medias, dada por fotografías, artículos y reproducciones. Informaciones escasas, pero que sugerían una totalidad propia y estructurada. Esa totalidad era la que venía a buscar; un retorno a la armonía, la unidad; una forma completa de comprender el arte y la vida, en cierta manera, lo que Occidente había perdido y que el mundo inconmensurable de China conservaba todavía para expresar su alma.

Caminaba deteniéndose a ratos en las esquinas; hombres y mujeres esperaban locomoción, algunos de pie, otros en cuclillas. Innumerables niños corrían y gritaban sobre las aceras de tierra. La ciudad no era hermosa, sino baja y pobre, muy limpia, con la pulcritud del pueblo atento al cuidado de lo que tiene.

Unos muchachos caminaban ágilmente tomados de la mano, y junto a ellos los pasos cortos y penosos de viejos pies deformes, remanentes de una infancia con vendas. Clara recordó el espanto sentido por sus hermanas ante la antigua costumbre china del vendaje. Pero allí, en esas calles, frente a las altas paredes que ocultaban al exterior toda intimidad bajo los techos barrocos, pensando en la miseria del pasado imposible aún de borrar, evidente en muchos sitios, y pensando en el tiránico espíritu feudal, aquello, dentro de su horror, resultaba para entonces explicable y natural.

Consultó el mapa y tomó una vieja avenida hacia el centro. El aspecto cambiaba sin estridencias; las paredes grises sobre la acera se levantaban algo más y un orden mayor enderezaba líneas y suavizaba curvas. El tono iba creciendo. Nunca, en ninguna ciudad del mundo, tuvo esa visión de pasado tan envolvente, de tan completa integración a un conjunto. Comprendía de pronto por qué amaba las viejas ciudades europeas, por qué buscaba en ellas las callejuelas medioevales y por qué, cuando salía

de esos pequeños, centenarios restos al movimiento y el ruido de las avenidas modernas, sufría un rudo golpe. Era la reacción natural ante la disonancia, la ruptura de la armonía, la parcelación de la unidad. El hombre llevado por la necesidad acuchillaba la ciudad con calles y avenidas. La legitimidad del hecho parecía indiscutible, pero la contradicción sugería cualquier duda.

El lago Peihai, la colina del Carbón y su Pagoda Blanca. El lago, uno de los ocho extendidos de norte a sur de la ciudad, limpiado y drenado bajo los Ming, representaba, exactamente, junto a la colina artificial, nacida de la tierra arrancada a sus entrañas, la idea del paisaje chino, pues la palabra usada para designar un paisaje significa en pekinés "colina y agua". Ya no había botes como en el verano, adornados de sombrillas y movidos por remos, gritos y risas. La superficie del lago jugaba aún con el viento, antes de la llegada del invierno y su inmovilidad de hielo que lo convertía en una gran cancha de patinaje, alegría de los pekineses.

El panorama se transformaba completamente; del gris oscuro de los muros al rojo laca en las murallas del parque y al blanco de las piedras en el puente. Pronto bordearía el Palacio Imperial.

Se detuvo a la entrada del Parque Peihai. Mucha gente paseaba en su interior disfrutando en el presente de aquel recinto privado y exclusivo en el pasado. Clara recordó que en el lado oeste de la colina se conservaba aún el árbol del cual el último emperador Ming colgó su vida, cuando el jefe de los campesinos revolucionarios entró en la ciudad. Continuaría su camino sin cansancio, a pesar de las cuadras recorridas desde la muralla hasta ese punto, sin cansancio y llena de emoción.

Entraba al centro de Pekín, centro de la superficie terrestre, según los emperadores y su soberbia. China país del medio, China y el resto del mundo.

Frente a la Plaza de Tien An Men estuvo detenida. largo rato. El Palacio Imperial, con su color encendido, sus lámparas rojas al viento y su monumentalidad, le producía el efecto de un excitante. Dentro de esas murallas se guardó la familia imperial, el núcleo, la expresión, el contenido de la ciudad, contenido imperial. Alrededor de ese núcleo se construyó la villa siguiendo la concepción del castillo feudal, villa desarrollada en forma periférica y concéntrica, protegida por múltiples murallas. Y en las murallas, puertas para la corriente humana que se irrigaba hasta sus distintas actividades: barrios alfareros, comerciales, barrio de titiriteros, creadores de ilusiones, de artistas y teatros, de comunidades religiosas y de mercados. Semejante en esto a las viejas ciudades medioevales europeas, pero con una

profunda y básica diferencia. Aquéllas se agrupaban en torno a la plaza, al municipio y la Catedral. Pekín en torno al Palacio Imperial, el centro correspondía al feudo amurallado; no existía el Templo, porque el emperador encarnaba el espíritu sagrado; a través de él operaba la divinidad, él era el Templo.

La ancha y moderna Avenida Chan An, el monumento a los Héroes, de líneas muy simples, y los dos grandes edificios, el extraordinario Museo de Historia Natural y el Palacio del Pueblo o Parlamento, no conseguían romper del todo el aire y la vivencia feudal del conjunto. Entre el Altar de la Tierra al norte, del Cielo al sur; el Altar del Sol al este y de la Luna al oeste, polos de la ciudad, monumentos construidos en las afueras de Pekín, el emperador, en su trono, recibía los dones y el poder de todos los elementos sujetos al imán irradiado de su persona regia.

Pekín, ciudad feudal durante cientos y cientos de años, dinastías remontadas a través de los siglos, capital que imponía leyes y costumbres al país más poblado de la tierra, y que por intermedio de sus funcionarios, en escala descendente, llegaba hasta la última de las capas sociales. Nada se escapaba al control de la costumbre, y para aquel que se atreviera a hacerlo, allí estuvieron Buda, Confucio, Lao Tsé. Válvulas de escape para desviar de lo inmediato

cualquier arranque personal. Sobre la miseria de lo sensible: la contemplación, la liberación, la vuelta al ser verdadero, para lo cual era preciso destruir la barrera de la individualidad.

Clara intuía el atractivo ofrecido a la desesperación por una doctrina semejante. Se vio, otra vez, con los ojos cerrados, tratando de no sentir su cuerpo, hermética la puerta hacia el recibo, el taller y las voces amigas, sumida en el deseo único y obsesivo de liberarse de los sentidos y del dolor físico y moral, de la muerte: no ser más en uno mismo.

Cuando Germán les comunicó su viaje a China, ella había experimentado un estremecimiento. El amigo hablaba de ese pueblo que saltaba al futuro sin estadios intermedios, del feudalismo a la técnica, de lo empírico a lo técnico y científico. Permanecía muda, callada, absorta, mientras Germán se acercaba hasta su asiento: "¿Irías a China?"...

El tráfico se hacía más intenso. El sol caía vertical sobre la plaza. Era ya bastante tarde; sin darse cuenta, las horas se le escaparon entre calles y avenidas. Para tomar el bus y regresar al hotel debería ir hasta el centro comercial, en donde se encontraba su punto de partida. Miró en derredor y vio a un hombre y su triciclo a la espera de pasajero. Hizo un gesto de llamada y caminó a su encuentro; mientras subía al asiento dio la dirección.

La ciudad tenía otro sabor a bordo del estrecho y peculiar vehículo. El conductor pedaleaba con tranquilidad y, al parecer, sin gran esfuerzo; respetaba luces, señales y solía dirigir algunas palabras a otros conductores como él. Llegaban a su destino y Clara ponía pie en tierra, cuando la voz de Germán habló a sus espaldas:

—¿Te mueves ahora en triciclo?

Se volvió rápidamente y vio a su amigo en compañía de dos brasileños que siempre andaban con él. Dos hombres muy jóvenes a quienes ella solía encontrar en el departamento de Germán, lo mismo que a un dominicano y un hondureño. Los cuatro formaban un grupo unido en torno al chileno como en torno a una especie de jefe, cuyas opiniones representaban indiscutibles opiniones comunes. Los rostros de los latinoamericanos reflejaban, en ese momento, mudo pero evidente reproche.

Clara soltó la risa ante su asombro, tratando de evitar que Germán pagara al conductor, pero la mano de éste la apartó del hombre.

—Te veías muy extraña instalada en el asiento, sólo te faltaba la cámara fotográfica y el Camel en los dedos, para ser una imagen de catorce años atrás.

Ella continuaba sonriendo. El sol, a esa hora, sumergía la calle en un baño de luz amarilla sobre el cual flotaban en movimiento el rojo de los carteles, el tembloroso verde de los árboles y manchas en diversos colores que tocaban el claxon y desaparecían.

—Fue un periodista chino, sentado junto a nosotros en el coche, quien te descubrió en la Avenida Chan An. Bastante incómodo verte en el triciclo.

Embebida en el espectáculo de Wang Fu-ching en plena actividad, con todas sus tiendas abiertas y una multitud apretada, nerviosa, al cruzar la calle, sobresaltada por los buses, los autos y los camiones, Clara preguntó distraídamente:

- -¿Te dijo algo?
- —No, ellos jamás dicen algo, son demasiado corteses para ello, pero hay ciertas actitudes que pueden disgustarles; la de usar el triciclo, por ejemplo, resabio de la vieja sociedad.
- —Pero existen, los vemos y, si los necesitamos, no hay por qué ignorarlos.

Abandonó la visión de la calle para mirarlo al rostro y lo vio molesto y agitado. Recordó las imágenes y satisfacciones proporcionadas por la mañana y resolvió evitar cualquier discusión que pudiera romper la cálida sensación experimentada todavía. Pretextó lo avanzado de la hora, la prisa por tomar el bus, a punto ya de salir, y trató de alejarse. Pero Germán, reaccionando de inmediato, la detuvo:

—No te vayas, hace días que esperaba verte; no te vayas, almorcemos juntos.

Sería la primera vez que comerían solos en el centro de una ciudad extranjera y los ojos del amigo sonreían como antes.

Los dos brasileños, que habían permanecido mudos, algo alejados mientras ellos conversaban, se despidieron de Clara y cambiaron algunas frases con Germán.

- -Nos reuniremos en la noche.
- —Avisen a los amigos.
- -Está bien, hasta la vista.
- —¿En qué trabajan?...

Clara hacía la pregunta en voz alta y por primera vez.

—En una de las revistas para el extranjero. Vienen de San Pablo, ambos son egresados de pedagogía en inglés, inteligentes, capaces, apasionados de China y de su papel en el mundo.

Caminaban juntos en medio del ir y venir de la multitud. Vendedores de juguetes caseros, helados y canastos voceaban sus mercaderías dispuestas en la acera. Detrás del escaparate de la farmacia de medicina tradicional, entre raíces, cueros, flores y hojas, una tortuga embalsamada miraba a los niños que se detenían frente a ella, con su mirada de vidrio. Una pareja de soldados varones atravesaba la calzada castamente asidos de la mano; algunos conductores de triciclos dormían a pierna suelta sobre

sus propios asientos, mientras otros observaban con interés cualquier gesto de los transeúntes. Doblaron por una callejuela tan estrecha que apenas podría soportar el ancho de un automóvil; unos pocos metros más y se detuvieron frente a un amplio portón de madera roja. La entrada al restaurante se divisaba detrás de una típica pasada china en forma circular, que rompía la gris superficie de la pared.

Un empleado salía a recibirles vestido de pantalón oscuro y chaqueta blanca, sonriendo con el agrado del anfitrión a la espera de sus invitados. Los condujo a través del patio de piedra, rodeado de habitaciones vidriadas y puertas abiertas, hasta un pequeño pabellón en un extremo, compuesto de dos cuartos amoblados al estilo chino: mesas bajas, acuarelas en las paredes, maceteros con árboles enanos, un biombo. Detrás de éste, sobre un mantel bordado: platos, tazones, palillos y vasos. Se instalaron en la mesa del comedor y Germán ordenó el almuerzo. Una vez solos, acercó su rostro a ella:

—Quiero saber de ti. ¿Cómo estás?... ¿Qué has hecho en tantos días sin verte?

Clara habló de sus pastillas, del médico y su paseo de la mañana. Estaba descubriendo Pekín.

—Las ciudades reflejan el alma de sus habitantes, su carácter, sus peculiaridades. Pekín tiene, en su mayor parte, una fisonomía tan de acuerdo con su pasado que me he sentido vivir, a ratos, en pleno feudalismo. Después de este paseo puedo observar más lúcidamente a nuestros amigos chinos.

El mozo ponía botellas de cerveza helada y entremeses: huevos negros cocidos a la cal, camarones, hígado y cerdo, sonriendo leve y permanentemente.

—No te sucedería lo mismo en otras ciudades chinas, Shanghai, por ejemplo, de construcción y estilo europeos.

Clara movió la cabeza en forma negativa.

- —Pero eso no es China; aquí se encuentra el alma de este pueblo, de esta realidad derivará su futuro.
- —El futuro ya está en marcha, a veces tengo la impresión, te lo he dicho, de que sólo te interesa el pasado.
- —Son cuatro mil años concluidos, dicen, hace catorce; imposible borrarlos en tan corto tiempo. Este pueblo tiene que ser todavía mucho más pasado que presente.

Mientras hablaba trató inútilmente de tomar con los palillos un trozo de huevo negro, la consistencia gelatinosa del entremés se resbalaba entre el marfil. Soltó la risa recordando la paciencia y las indicaciones de Wang al enseñarle, a su llegada, el uso de los palillos. Pero el nombre del muchacho trajo a su mente la escena del día anterior, escena que de ma-

nera espontánea, sin detenerse a meditarlo, refirió entera a Germán...

Terminó de hablar en voz baja, entristecida:

—Me pareció, de pronto, que no estaba frente a un ser humano.

Germán sonrió.

—Wang Te-en no ha sabido explicarse. Yo conozco perfectamente cuáles son los motivos de su conducta. Un intérprete debe también estar atento a los deseos y necesidades de los extranjeros, e informar de ellos, ya que muchos de éstos nada dicen a veces, por timidez o pudor. Y eso es todo.

Clara lo miró a través de la mesa frunciendo el ceño.

- —¿Cómo puedes darme una explicación semejante?
- —Porque es así. ¿Qué imaginas, entonces, qué deduces tú de ello?...

Estaba sorprendido y molesto.

- —Pues... la enajenación de un hombre, hecho que inhabilita en gran parte su calidad de ser humano.
 - —Pide otro intérprete.
- —Sería lo mismo y, a pesar de todo, Wang es un buen muchacho.

Unos instantes de silencio y luego Germán se inclinó hacia ella como en un inicial gesto de saltar:

—Te preocupan frases o actos y no tomas en cuenta sus motivos o sus virtudes. Este es un pueblo entregado a una causa, a la sociedad, a construir un país, y para eso lo ayudan ahora su falta de individualidad y su disciplina tradicionales. Aquí se resuelven los problemas en forma masiva, planificada.

Ella también se inclinó hacia adelante:

—Pero lo que hoy se está aplicando en China es un sistema nacido de otra mentalidad, de una mentalidad moderna, individual, absolutamente distinta a la feudal.

La mano del hombre golpeó sobre la mesa mientras se echaba a reír.

—No te enojes, me río sólo de oírte analizar un pueblo que tiene cuarenta siglos de cultura. Me río porque veo en ti nuestra terrible suficiencia occidental.

—Todo depende del concepto que se tenga de cultura... China posee la sabiduría de los años, pero las leyes del pensamiento nacieron en Grecia y de ellas derivamos. ¿En dónde se nutrieron los líderes chinos? Pues... en Hegel, Marx, Lenin y no Lao Tsé, Confucio o Buda.

La mano se detuvo sobre la mesa y Clara prosiguió ansiosamente:

-¿Y tú crees en realidad que para ellos sea una

ventaja carecer de individualidad? Nada importante se hace hoy sin el hombre.

—Entre nosotros existe una gran diferencia. Tú hablas del hombre y yo hablo del pueblo. Ya se irá de lo general a lo particular. Hacerlo a la inversa es hoy un juego de intelectuales, e intelectuales burgueses, por supuesto. Me molestan tus palabras, son las mismas tan empleadas por el enemigo, sólo te falta hablar de humanismo y libertad. Y estamos en pleno centro de Pekín...

—¡Oh Germán! ¿Por qué colocar en oposición lo individual y lo colectivo? El hombre nunca responderá bien a la colectividad si no tiene profunda conciencia de sí mismo. A esa conciencia tiene tanto derecho el pueblo como lo tiene a bienestar y justicia.

Durante un rato comieron en silencio. A Clara le pareció ver de nuevo levantarse entre ellos un muro espeso que acallaba voces e intenciones. Ambos permanecían sordos, inclinados sobre los platos para no mirarse la cara.

"Es absurdo —pensó ella—; ninguna diferencia debería contar en nuestra amistad, es necesario entenderse."

—Germán, tú sabes con cuánto entusiasmo resolví, al fin, mi viaje a China. Era la posibilidad de otra

vida más justa, más plena, más grande. Hoy debo mirarla así para no sentirme frustrada. Es cierto que estoy en lucha, en contradicción, y cómo no estarlo frente a dos formas tan distintas de concebir el hombre y el arte. Sólo deseo aprender, salvar barreras, llegar al fondo.

Se dirigía emocionadamente a la cabeza inclinada del amigo. Sin levantarla, éste dijo en forma pausada:

—Te expresas de manera sentimental y ligera; ojalá no lo hagas así ante nuestros amigos, porque ellos esperan algo más de un artista. Y ojalá no me haya equivocado demasiado al insistir en que llegaras pronto. Pero ansiaba tu venida, esperaba tenerte cerca. Allá era imposible..., estabas atrapada, sin salida. En cambio, aquí en China podías realizarte plenamente, sin nostalgias; podíamos..., mírame, Clara, y compréndeme.

No contestó y dejó de comer sorprendida y emocionada. La franqueza del hombre no permitía reproches, se mostraba directa, y cualquier alusión al pasado o la amistad no tenía sentido. A miles de kilómetros de su patria, integrado a una nueva forma de vida, Germán parecía mirar todo lo anterior como un peso que debía arrojar fuera de sí. Todo lo anterior, menos ella, y ella, su revancha. Rechazó este pensamiento con un poco de asco, no era posible ir

tan lejos. Las manos de Germán avanzaban sobre el mantel: en un instintivo gesto de defensa bajó las suvas hasta la falda y se quedó inmóvil. A su gesto siguió un largo silencio durante el cual trató de no mirarlo. Recordaba su primer encuentro. Una noche en que llegó a conocerla acompañando a Javier; aún no se habían casado y mantenían la misma elegante casa regalada por sus padres. Porque las cosas no cambiaron para Clara mientras se mantuvo viuda: la misma servidumbre, el auto, los licores importados y su guardarropa. Germán la saludó tímidamente y habló poco durante la comida, pero ella le pareció desde un comienzo inteligente y lúcido. Había sido compañero de Javier en la Universidad sólo por algún tiempo. Hijo de pequeños campesinos sureños, vivía en una pensión cerca del departamento de su amigo. Volvió con éste muchas veces, y Clara se divertía ante el auténtico placer mostrado frente a cuadros, curiosidades o libros. Tenía un gusto certero para apreciarlo todo, desde el arte a la comida, y un conocimiento exacto y frío de sus posibilidades. Se aficionó a su charla brillante y a su ingenio, siempre había para él un puesto en la mesa y una pregunta que formular sobre cualquier asunto de interés. Nunca habló de trabajos concretos o precisos. Escribía artículos, servía de intermediario en operaciones comerciales o se convertía en socio de alguna

organización, siempre de una cosa a otra. En su agradable casa comprada más tarde, ella y Javier acostumbraban pasar largas veladas. Fue en esa época cuando Clara resolvió legalizar su situación con Javier y al hacerlo tuvo que enfrentar a su padre. El joven, separado casi totalmente de su familia—tradicional y cerrada—, fue llamado "traidor a su clase", "snob", "falto de ambiciones"; un profesor de filosofía, indiferente al dinero, abierto a cualquier idea, era lo que menos esperaba Miguel para su hija. Todos, con excepción de su madre, dejaron de verla. Clara abandonó la casa y el auto para trasladarse al pequeño departamento de su marido. Germán llegó a verles y comentó ácidamente:

- —Creo que has actuado con ligereza.
- —Desgraciadamente, no tuve otro camino —dijo ella.

El amigo se echó a reír sin mirarla:

—Es la valentía de quienes han vivido siempre hartos.

Los mozos esperaban discretamente colocados a cierta distancia.

—Es hora de irnos —murmuró Clara con suavidad, evitando mirar su rostro sin expresión y levantándose a pedir el abrigo. A un gesto de Germán corrió el jefe de mesas llevando la cuenta en una bandeja, aguardó un momento y luego fue a colocarse junto al otro empleado frente a la puerta. Ambos sonreían cuando ellos salieron.

CLARA volvió a la pintura, pero no a pintar. Desde esa misma tarde se sumergió en cuadros y libros de arte sobre China, con la antigua pasión que ponía para escapar a la angustia. Acompañada de Wang, visitó museos, casas de reproducciones y librerías de viejo; a prisa, sin horas, eludiendo encuentros, hasta detenerse en los cuadros de la dinastía Tang. Allí estaban reflejados la época, el arte, respondiendo a una idea fundamental, manifestada con tal espiritualidad y grandeza expresiva que la sobrecogieron. Encontraba al hombre en medio de sus costumbres, sus hábitos y el paisaje. Escenas de la vida diaria, panoramas de ciudades, puentes, mendigos, mercaderes, y luego el señor v sus concubinas al centro, detrás de las murallas de su mansión; los sirvientes, todo el mundo feudal mostrado simultáneamente en completa y armónica unidad. Dinastía de innovaciones y avances que enriquecieron al país y mostraron al exterior su riqueza y poderío. Años de caravanas, comercio con Egipto, Persia, Bizancio y camino posible y abierto para el judío en busca de patria.

Tu Fu, Li Po, Wang Wei, los grandes poetas se sumaban al esplendor de la época. Wang Wei, pintor, músico y poeta de cuyos cuadros se diría más tarde: "Su poesía es pintura; su pintura, poesía". La perfecta unidad entre las artes. El mismo pincel para escribir y pintar; poesías escritas en la seda o papel que las reproducía. Poemas-pinturas llegados a Clara como la voz de un amigo:

Solitario me siento a la quieta sombra del [bambú,

pulso mi lira y lloro en alta voz; nadie sabe de mi presencia en el bosque aunque la luz de la luna me alumbre, nadie en la soledad del contorno, nada, sólo voces.

Epoca humanista del arte chino, comparable, sin embargo, a la Edad Media, tal vez a Brueghel el Viejo y a los pintores flamencos.

Como siempre que experimentaba una satisfacción producida por el contacto con la obra de arte, Clara se evadía absolutamente del mundo circundante. Cerró el libro, apagó la luz y repitió el poema de memoria. Sentada en el sillón, a oscuras, se sentía liberada de las paredes, los pasillos y la cerca. Todos dormían; detrás de las persianas de enfrente ninguna luz estaba encendida. El hotel no existía y un poeta recitaba sus versos con voz de mil años.

Debía ser muy tarde; con los ojos abiertos descansaba en la penumbra del cuarto y una agradable laxitud relajaba sus nervios; continuaría así hasta que llegara el sueño.

El rumor acelerado de una carrera la incorporó en el asiento; buscaba a tientas el interruptor cuando sonó el grito. Se quedó inmóvil con la mano detenida en la oscuridad; el grito parecía suspendido en los pasillos, prolongado en el mismo tono agudo, mientras los pies seguían corriendo.

El grito decía algo, modulaba y repetía ciertas palabras; era la voz de una mujer. Clara trató de entender su lenguaje enloquecido y al entender se levantó. La voz manaba como de un cuerpo herido y se metía por el vano de la puerta en una avalancha roja y espesa.

Con un movimiento instintivo se lanzó hacia afuera. El grito pedía un hombre, expresaba desesperación, soledad y deseo; se acercaba repitiéndose una y otra vez hasta que Clara tuvo, por un segundo, a la mujer frente a ella. Su rostro parecía una máscara en la cual ojos y boca se hubieran abierto a

cuchilladas, sin párpados y sin labios, boquetes sólo para expresar angustia:

-¡Quiero un hombre!...

Pasó de largo. Una enfermera doblaba la esquina. Ruido de puertas y murmullos extinguiéndose de a poco. Clara comprendió que había escondido la cara entre las manos, cuando descubrió algo más allá, a Germán en el pasillo. Lo miró largo rato sin desviar el rostro y sintió, de pronto, terribles deseos de reír, de burlarse, de hacerle mil preguntas sarcásticas sobre la tranquilidad, la plenitud y la dicha presentes; pero la risa se rompió dentro de ella y comenzó a deshacerse, a rodar en lágrimas por sus mejillas. Una puerta golpeó al cerrarse y ambos continuaron sin moverse, amarrados uno al otro a través del pasillo. No existían pasado ni futuro, el tiempo como el grito quedaba suspendido.

Germán permanecía estático, tenso, sujeto a una fuerza superior que detenía en sus músculos el movimiento. Bajo la bata de seda respiraba su cuerpo aceleradamente y la sangre latía en su garganta.

La alfombra, las paredes, el cielo raso parecieron girar y Clara se preguntó en un segundo:

"¿Para qué negarse?... Todo dura un momento, la vida, la felicidad, el placer; lo único largo es el dolor. ¿Para qué negarse?..."

A su espalda el lecho vacío estaba lleno de recuer-

dos. No quería recordar, no quería estar sola. Germán dio un paso y el gesto quebró la atmósfera. Ella pudo, entonces, apartar los ojos y desprenderse de su sitio. Dio un paso atrás sin volverse y frente a él cerró la puerta.

... NADA es gratis, yo bien lo sé ahora que estás lejos; pero aun así no me arrepiento de haber insistido en que partieras. Vives algo muy importante, vives la historia y el hombre es historia. El hombre con todas sus grandezas y debilidades.

Y nada te extrañará demasiado, nuestra generación está preparada para los hechos más insólitos o absurdos. Mira tu realidad lo más objetivamente posible, y si te resulta difícil, no te preocupes en exceso, vívela. Y tampoco te angustie la idea de no estar haciendo nada, siempre se está haciendo algo. La carga emocional que acumules se vertirá cuando menos lo esperes y verás, entonces, cuánto trabajo efectuabas sólo con vivir.

Te echo de menos, cada cosa que me rodea "está amoblada por tus ojos", y me siento agradecido al destino que te conservó para mí aunque cobrara, en cambio, un precio tan alto. Eso no lo olvides nunca;

es más fácil decirlo por carta que enfrentado directamente a ese dolor constante adivinado en ti.

Trabajo intensamente, trato de apresurar el momento de mi viaje. Hay noches en que también a mí me sorprende la madrugada. Una de esas noches, mientras preparaba café como para una larga batalla, alguien tocó la campana. Abrí la puerta y pregunté quién era. No te imaginas la sorpresa: tu padre. Después de ocho años entraba en nuestra casa. Pasó al escritorio y estuvo un rato detenido en medio de la pieza, bastante emocionado. Es curioso aplicar la palabra emocionado a Miguel, pero lo estaba, y lo estaba más allá del significado que solemos darle. Trataba de sobreponerse, de recurrir al buen refugio que representa para él la conciencia de su posición y su fortuna.

Venía llegando de un viaje emprendido poco después del tuyo. Paso a contarte lo que me dijo. Está aterrado. Piensa que la situación mundial empeorará en cualquier momento, cuestión atenida a circunstancias o conveniencias, y afirma que los Estados Unidos van a la guerra. Conversó con altos personajes del comercio y el Gobierno norteamericanos y su opinión ahora es rotunda: bordeamos la guerra.

Habló primero de dinero. Tienes derecho como heredera de Clara, tu madre, a la parte correspondiente, y en la misma cantidad, por cierto, a la ya pedida por tus hermanas. Lo escuché sin interrumpirle, porque estaba preguntándome el motivo de esa explicación. Podría escribírtelo directamente y llegar a un acuerdo contigo, pues eres tú quien decidirá, lógicamente, sobre ello. La explicación vino enseguida. Quiere que vuelvas. Considera, como te lo dijo en esa última y desgraciada ocasión, que es ésta otra locura, y hoy locura peligrosa porque, en el caso de un conflicto mundial, Pekín no escapará a sus consecuencias.

Tengo la impresión de que sus temores son sinceros, no el pretexto para traer de vuelta a la hija suya en un país socialista. Le sugerí que te lo escribiera, pero él piensa y confía en mi ayuda; entretanto dará orden de remitirte más dinero.

¿Qué podía contestarle? En verdad, también me aterra la idea, su idea, de que pueda acontecer algo y estés lejos y expuesta. Es demasiado horrible pensarlo.

Estuvo largo rato, durante el cual me examinó atentamente, cosa que yo también hice, porque tu padre me ha parecido siempre un personaje curioso. Da la impresión de esos retratos antiguos, colgados en los museos; caballeros enfundados dentro de sus golillas como dentro de la armadura, hieráticos, amurallados, de rostro duro, semejante al hierro, y, en medio de todo, un par de ojos afiebrados. Por eso,

su emoción del comienzo tenía algo de trágico, de vibraciones provenientes de un abismo, de irritación y vergüenza. Cuando se despidió estaba, otra vez, dentro de su golilla, de su rigidez, y colocado en el sitio más alto del museo. Tú sabes, jamás le he tenido ninguna agresividad. Desde su punto de vista yo era un mal partido, un hombre al margen voluntario —eso es lo peor, no tiene remedio— de su mundo y quien te arrastraría a otro desquiciado y extraño. Quien no está con él, está contra él. No puedo odiarlo porque no puede entenderme; es un hombre cargado con pesos excesivos, los cuales ya no podrá nunca arrojar fuera de sí. Lo examinaba tratando de encontrar en él algún rastro tuyo. Es curioso cómo un hombre puede engendrar un ser tan ajeno a su carne. Quién sabe si en alguna época ya enterrada bajo su realidad presente tuvo otras características imposibles hoy de descifrar.

Te ruego pienses y decidas sobre la posibilidad de volver. Para mí lo principal es tu presencia y donde sea. Entretanto, sólo puedo insistirte que observes y vivas. No te apures ni permitas que lo exterior, lo mudable, te impida llegar al ser humano, lo único realmente importante.

CLARA sostuvo la carta en sus manos un poco crispadas por la emoción. Del papel salía la voz de Javier casi materialmente, veía sus gestos y la sensación de su presencia física era tan viva, que repetía para su marido: "Quién no está con él está contra él".

La misma frase aplicada a Germán, la misma vigencia para dos posiciones.

Pensó en su padre y en las últimas veces que le vio antes de partir. Una de esas veces tuvo que firmar papeles de dinero y particiones. Jamás antes había pensado que la muerte de su madre pudiera servir de intermediaria entre un mediano pasar y la fortuna. Miguel citó cantidades de muchas cifras, haberes, operaciones bancarias, que a ella le parecieron lejanas abstracciones, pero fue concretándose hasta mencionar joyas y muebles. Clara en aquel momento recordó con espanto la bandera blanca y negra cayendo como un cuchillo sobre la casa de su abuela, y la angustia de su madre frente al remate

de la hacienda. El rostro del hombre y la fría seguridad de sus palabras que reducía a cifras y números los objetos amados de su infancia y juventud, no despojados todavía de la presencia de su esposa, le resultaron insoportables.

"Olvida que también él se acabará mañana y mis hermanas vendrán, entonces, a repartirse sus despojos, continuando así esta cadena ininterrumpida de horrores."

Trató, inútilmente, de lograr que la casa permaneciera como estuvo siempre en sus recuerdos, pero su padre hablaba ya de un traslado y una liquidación total.

Salió sin despedirse y no volvió a verlo hasta un día en la clínica, de pie junto a su cama, reconociéndolo apenas, desde la difusa profundidad del sopor.

Poco antes de su partida, fue una tarde a retirar del dormitorio de su madre el retrato que le hiciera y el cual nunca se movió de su sitio frente a la cama, cerca de una imagen de Cristo. No pensaba dar ninguna explicación a su padre, tal vez ni siquiera despedirse. El rencor que le infundían los cajones todavía abiertos, las alfombras arrolladas, el descuido del jardín, dirigía sus pasos a la puerta cuando se encontró con él, que salía del escritorio. Lo saludó al pasar y siguió a la calle, pero una pregunta formulada en voz alta la detuvo:

-¿Es cierto que partes a China Roja?

La frase no encerraba pesar ni emoción. Sin volverse, mientras abría el viejo automóvil, hizo un ademán afirmativo,

—Ya no te basta la traición mental, ahora te marginas en definitiva de nuestro mundo; quedarás marcada para siempre y podrán llamarte "comunista". ¿Qué gente honrada y decente se atreverá a frecuentarlos?

Clara giró con el cuadro en la mano. Hablaba cada vez más alto y tenía aspecto congestionado y violento. Si gritaba a la calle, podría gritarle desde la calle. Eran muchos años de silencio, años que contenían lágrimas y humillaciones de su madre; años ovendo hablar de dinero, situaciones y mentiras; años soportando frases que le parecían odiosas y falsas. Miraba al hombre de pie en la puerta y sentía que experimentaba odio, desprecio y también dolor. Dolor por ella misma y por él, por esa especie de relación forzada, insincera, en que se había convertido la relación de ambos aquel último tiempo. Deseó pedirle silencio, detener allí todas las palabras violentas ya en camino, silencio para marcharse de la casa con los recuerdos de su infancia, recuerdos a los cuales él mismo estaba incorporado, hermoso y alto, tierno algunas veces, amado.

—¡Me avergüenzas, te precipitas a un abismo y

no te detendrá nada, ni siquiera la memoria de tu madre!

Le pareció que la última frase llenaba el espacio comprendido entre ella y Miguel; éste nombraba a la única persona que no debería nombrar en ese momento. La pena y la ira rompieron toda contención en Clara. Aferrada al cuadro, a través de los dientes apretados, le gritó sintiéndose desfallecer:

-¡Cómo se atreve a nombrarla, insolente!...

Lo vio quedarse en suspenso, bajar del rojo al más intenso blanco. Antes de echar a andar el auto, pudo añadir todavía entre lágrimas:

-¡Fanático! ...

Con la carta de Javier en las manos, la imagen de esa escena se objetiva, se aclara y ya no siente ninguna agresión ante el recuerdo, como la experimentara durante semanas y meses. Aquel fanatismo, que consideró siempre una manifestación despreciable, cobraba ahora una extraña dimensión. No se atrevería a gritarlo de nuevo, cualquier posición extrema frente a otra posición extrema generaría fuerzas destinadas a anularse. El recuerdo incorporado al presente le duele y escuece.

Volvió a leer la carta. En ninguno de sus párrafos aludía a Germán, ni siquiera le nombraba, respetando así lo que ella dijera en dos frases contenidas. Repentino agradecimiento la inundaba; Javier no hacía preguntas, permanecía en silencio. Y para él, Germán era uno de los amigos queridos, alguien que durante muchos años estuvo a su lado y a quien pidió ser testigo el día de su matrimonio. ¿Qué pensaría su marido? Clara lo necesitaba, necesitaba su consejo, apoyar en sus palabras serenas tanta duda. Jamás él hubiera caído en extremos, en dogmatismos o limitaciones, lo cual no excluía de su carácter la firmeza y la violencia, pero siempre que lo considerara ineludible y necesario.

Puso las hojas en el sobre, pensando sólo entonces en la referencia a un posible regreso; lo olvidaba porque no se había detenido ni siquiera a considerarlo, menos aún si existía, de veras, el peligro de una guerra. El amor de Javier le sugería acciones imposibles. Aquí estaba y aquí permanecería si la locura de los hombres desencadenaba la catástrofe. Dentro del horror que ésta significaba, la idea de que su marido estuviera lejos la hacía más fuerte. No participaba del deseo manifestado por otros del peligro o la muerte compartidos. Para ella peligro y muerte eran posibles de sobrellevar, pero de sobrellevar sola. Las dos palabras amenazaban infiltrarse a zonas en donde el dolor se recogía. Mejor sería ba-

jar y dar una vuelta, aún el otoño estaba agradable y el sol no acababa de hundirse.

Vicente y su esposa aún no habrían ido a comer; esa noche pensaba visitarles, tal como lo pensara tiempo atrás.

Cuando entró al departamento, después de golpear y oír la voz de permiso, Vicente escribía y Marta bordaba un gran paño de hilo. Tuvo la sensación de irrumpir en el mundo cerrado de una verdadera intimidad y casi dio excusas, pero el gesto amable y sonriente de ambos esposos era la mejor invitación. Sobre el escritorio quedaron abiertos algunos libros y la pluma oscura cortaba en dos una página de cuaderno.

—¿Prepara algo? —preguntó, recordando en ese minuto el trabajo de Vicente.

—Tomo notas para la traducción al español de Tu Fu, el maravilloso poeta chino.

Y explicó a Clara que sólo había leído de éste algunos versos en inglés, cómo la vivencia del poeta se mantenía invariable y actual a pesar de los mil doscientos años corridos desde su muerte. Nacido en la época de la decadencia de los Tang, miró su mundo y su realidad con ojos de ternura y de protesta. Atormentado por el sufrimiento propio y ajeno, caído en la miseria, errante y fugitivo, se detenía sólo

para reproducir con su genio las voces perdidas de los hombres.

Marta puso vasos y sirvió vodka.

- —Hace tiempo que no lo veía tan entusiasmado. Su marido levantó el rostro sonriendo:
- —La universalidad de Tu Fu es la principal de sus características, lo cual demuestra que el ser humano es en esencia el mismo en cualquier parte del mundo; su ternura y universalidad me han acercado a este pueblo, me he sentido uno más de ellos.

Era aquélla una buena ocasión para expresar dudas y reflexiones silenciadas durante esas semanas, y Clara dijo espontáneamente:

—Todos quisiéramos sentirnos uno más de ellos, pero nos estrellamos contra adjetivos alzados como murallas frente al extranjero: sus "diferentes" y "singulares" características.

Vicente y su mujer la miraron sin pronunciar palabra y ella continuó en voz más alta:

—A mi parecer, éstas son consideraciones peligrosas para el progreso de un pueblo, porque tienden a aislarlos, a disculpar cualquier forma de trato y de orientación. Hace unos días leí en una revista destinada al extranjero parte del diario de vida de un soldado, y me sorprendió mucho que una manifestación expresada en ese tono saliera al mundo.

Marta tomó otra vez el bordado y sus manos co-

menzaron a moverse entre flores y figuras humanas trabajadas en sedas de todos colores. Mirándola inclinarse sobre el paño de hilo en una actitud que le resultó familiar y lejana, sintió de pronto que le era fácil hablar con ellos, y no sólo fácil, sino necesario. Hablar con ellos, oír su soledad de ocho semanas.

En una mesa baja junto al sofá había algunas revistas. Clara se inclinó para tomar una.

—En ésta, la última, aparece el diario de vida del soldadito.

Ambos esposos guardaban silencio, pero sus rostros permanecían atentos mientras ella abría la revista y sus manos se crispaban al detenerse en las páginas centrales. Entre ramas y flores dibujadas en tonos verdes comenzaba el diario bajo una fecha: Octubre, 1959.

Clara leyó en voz alta:

—"Sería muy hermoso, pensaba, que pudiera yo ver un día al Presidente Mao como lo había hecho el camarada que nos rendía el informe. Sería maravilloso ver a la persona que está siempre en mis pensamientos."

Se detuvo un momento y luego continuó con voz más pausada:

—"¡Oh, el Presidente Mao qué sabio es! Fue usted quien me libró del abismo de la miseria y me abrió un luminoso horizonte. Usted me dio de comer, me vistió y me envió a la escuela donde ingresé en los Jóvenes Pioneros y en la Liga de la Juventud."

Sus ojos corrieron hacia el final de la columna escrita:

—"Estuve de excepcional buen humor cuando me levanté esta mañana porque había visto a nuestro gran dirigente el Presidente Mao en mi sueño."

La tranquilidad volvía a sus manos, pero tenía las mejillas enrojecidas cuando levantó la mirada.

—¡Dios!..., ¿qué es esto?... Ayer traté de hablar de ello con Wang Te-en y su respuesta fueron frases llenas de admiración hacia el "soldado ilustre" que la juventud china debe imitar. "Aprendamos de él" reza la frase del presidente del Partido, frase que he aprendido a conocer por la forma característica en que están colocados los jeroglíficos, y que uno encuentra escritos en todas partes.

—No podía tener otra respuesta —dijo Vicente, llenando su vaso con calmado ademán—; resulta en verdad terrible para quien viene llegando al país semejante confesión de fervor místico por un revolucionario, aunque haya sido, en verdad, un héroe. Se trata de una campaña que llama a emular y glorificar el ejemplo de este soldadito muerto en servicio a los veintidós años, quien representa el símbolo del culto a un dirigente; campaña destinada al

hombre medio, anónimo, a la juventud, y para la cual se ha recurrido a todas las formas de difusión y cultura.

—Hasta hace unos días —murmuró Clara pensativamente— no podía explicarme la fotografía del muchacho en los diarios y en las revistas; su busto en las vitrinas de las tiendas, incluso dibujado en tubos de neón. Y la respuesta de Wang Te-en no difería antes en nada a la que me dio ayer; pero ahora, después de conocer estas memorias, me espanta, me resulta inconcebible... Yo pensaba que tal actitud de veneración a un jefe y todas sus nefastas consecuencias estaban en China superadas.

—Desgraciadamente no es así —contestó Vicente, sonriendo sin alegría—, y desgraciadamente esto puede ser causa de grandes males futuros.

—Una de mis compañeras chinas de la editorial, que es al mismo tiempo profesora de español —intervino Marta—, leyó para mí el trozo de una pequeña obra de teatro escrita por sus alumnos, referente al mismo soldado, y en el trozo estaba reproducida una de las frases del diario: "Por la causa del Partido y del pueblo estoy dispuesto a lanzarme a un mar de fuego y a escalar un monte de cuchillos".

Clara se estremeció.

-He tratado de explicarme esto de alguna ma-

nera, pero ninguna razón me parece sólida para la divinización de un hombre a escala nacional. Debajo de cualquier fecha hay en las memorias, alabanza, veneración, entrega al Partido y, sobre todo, entrega a su presidente.

Hablaba con emoción; la revista se escurrió de su falda cayendo al suelo, abierta siempre en las páginas centrales.

—Tal vez piensen al hacerlo en la única y real singularidad que tienen: sus setecientos millones de habitantes —dijo Marta—, en el hecho de que la menor desviación es muy grave si toma cuerpo en un pueblo tan numeroso.

—Pero es ir contra la ciencia, no es educar, es deformar, volver al culto de los antepasados, a las formas religiosas del feudalismo.

Marta contestó sin levantar la cabeza del bordado:

—Comenté el asunto con mi jefa china de la editorial y su contestación fue que no los comprendíamos; ellos son "distintos", "peculiares".

—¡Distintos! —exclamó Clara—. Fanny me contaba que al entrar ella en clase, informalmente como acostumbra, se produce tal clima de espontaneidad y de alegría que le recordaba sus propias clases en el instituto de su patria. El hombre, y repito lo que dice Vicente, es en esencia el mismo en cualquier parte del mundo.

—Lo que me extraña es la actitud de algunos de nuestros hermanos de lengua —dijo Vicente, volviendo los ojos al mapa de España colocado sobre el escritorio—; ellos opinan que éste es un buen método pedagógico por tratarse de un pueblo tan atrasado...

—¡Cómo se atreven a decir eso!... —Clara lo interrumpió estupefacta.

—¿Lo piensan así de verdad?... ¿Consideran en verdad necesario continuar con estos métodos religiosos, místicos, superados ya, que no pueden ser válidos para ningún pueblo aunque tenga setecientos millones de habitantes? ¿Son honestos?...

Clara iba a replicar negando en forma violenta, pero se contuvo en un segundo. Germán estaría entre quienes lo aceptaban todo, en el grupo de los "amigos incondicionales de China", entre las voces que asentían sobre las voces que murmuraban una y otra vez lo mismo en las escuelas, las fábricas, las comunas y las universidades. Dolorosamente se contuvo en un segundo.

Y durante un momento, ninguno de ellos habló, hasta que Vicente se refirió, otra vez, a su trabajo y sus esperanzas. Ya se entregarían en el futuro a España y América traducciones de los grandes clásicos chinos y se darían a conocer la literatura y la historia del país desde sus orígenes hasta el presente;

miles de años que eran, en realidad, historia ininterrumpida.

Lo miró beber y, por un momento, sólo la parte superior del rostro quedó a la vista, el resto desaparecía bajo el ancho vaso de porcelana.

- —Diría en voz alta que lo envidio; yo no he podido encontrar todavía el equilibrio y el incentivo necesarios para pintar.
- —A todos nos sucedió en un comienzo. El contacto que esperábamos no se produjo y nos sentimos frustrados, porque todo acto de entrega supone un gesto de asentimiento que ellos no hicieron.

Hablaba sin ninguna pasión. Marta había dejado de bordar y lo escuchaba con dulce semblante. Clara sintió fuerzas para decir humildemente:

—A veces estoy tan abatida que incluso la pintura ya no me parece un refugio.

Sonrió para añadir con tristeza:

- —He venido a trabajar en lo propio y oigo por todas partes que nada es propio, ni siquiera el arte.
- —Nadie podrá ayudarla en eso, tendrá usted que afirmarse sola y a solas encontrar el camino; pero puedo asegurarle que llegará el minuto de la más completa claridad y apreciará, entonces, esta enorme y rica experiencia.

[—]Para mí todo lo grande debe ser fácil de captar,

simple y directo, sin necesidad de subterfugios o explicaciones.

Marta sonrió.

—Me recuerdas a Vicente, aquellos primeros meses de nuestra llegada, paseándose por las noches y haciéndose mil preguntas en voz alta, preguntas que nadie podía contestarle.

Este agitó las manos:

- —Y las respuestas se dieron solas. Nada se explicaba desde fuera, esto hay que vivirlo. Vivimos, trabajamos..., sufrimos, pero llegamos a comprender en forma objetiva a este pueblo.
- —Me parece difícil ser objetiva cuando se está bajo la tensión o el desaliento.
- —Es más fácil de lo que pensamos. El cuerpo del hombre termina expulsando siempre lo extraño a su organismo; ya arrojará usted, Clara, todo lo ingerido de más y conservará sólo aquello útil y necesario a su salud.

Bebía del vaso con grandes y rápidos sorbos.

- —Algo así como alteraciones que se producen cuando la continuidad de la vida se ha roto.
 - -Efectivamente, es una buena frase.

Vicente se echó a reír y al hacerlo mostró una magnífica dentadura.

"Fuerte y sana como él mismo", pensó Clara me-

lancólicamente, sintiéndose marginada de esa vitalidad.

Interrumpió su risa para decir sin burla:

—Una frase muy sabia, aplicable a todo esto.

—Me lo he repetido a menudo, sobre todo después de mi último recorrido por Pekín, Pekín que se expresa todavía en su mayor parte como una ciudad feudal, y en donde a ratos, de improviso, en forma brutal, irrumpen el presente y su nueva arquitectura.

Marta doblaba el paño de hilo, murmurando pensativa:

—Es un pueblo maravilloso en busca de su nueva armonía.

Clara hubiera deseado ahondar en las palabras de su amiga, pero la hora avanzaba para los hábitos de la pareja, acostumbrada a comer temprano. Se puso de pie y les tendió la mano. Pero ambos sugirieron, sin insistencias, en que fuera al restaurante.

—Acompáñanos; es un sitio, a veces, interesante. Bajaron juntos y se instalaron en una mesa colocada a un extremo. A esa hora el comedor estaba casi lleno. Los mozos corrían con grandes bandejas equilibradas horizontalmente sobre las manos, a mayor altura que la cabeza, esquivando el mundo infantil que se deslizaba más abajo entre risas, gritos

y carreras. Cerca de ellos un grupo de nepaleses transpiraba debido al picante de sus comidas y ordenaba insistentemente leche ácida. Sus mujeres, envueltas en chales de seda, miraban en torno con aire de asombro continuo, ofreciendo a la vista, en cada movimiento de sus rostros, el brillo de algún diamante colocado entre la nariz y las mejillas.

Algunos latinoamericanos ocupaban una mesa en medio del recinto, y Clara saludó al matrimonio peruano —con quienes jamás se encontraba en los pasillos, pues tenía éste un departamento en el piso inferior al suyo—, al hondureño y al dominicano. Cerca de su mesa había otra tomada por escandinavos y holandeses.

Africanos, asiáticos, americanos y europeos le parecían a Clara, de nuevo, navegando en la pecera, mientras elegían sus comidas en inglés, ruso y chino. Observaba el espectáculo experimentando indefinible malestar. La luz de los globos blancos y redondos caía sin piedad sobre el conjunto de seres y objetos, transformándolo todo en una masa sin forma, chata y pesada.

Vicente empleaba su chino para ordenar al mozo y ella pidió un plato cualquiera, tostadas y leche.

Aunque el gentío era numeroso, nadie quedaba en pie, y aquel que entraba por cualquiera de las dos puertas situadas en forma contraria se ofrecía entero a la vista de los comensales. Algunos se acercaban al mesón, ubicado en un extremo, a comprar refrescos, dulces, fruta o galletas, y retornaban a sus puestos con botellas y paquetes.

La mirada de Clara se fijó casualmente en un hombre alto, ya maduro, en cuya chaqueta la manga izquierda colgaba vacía. En su única mano llevaba una botella de cerveza e iba a sentarse a una mesa en donde ya estaba colocada la comida. Su aspecto le llamó la atención y durante un rato no pudo sacar de él los ojos.

—Es un inglés que perdió el brazo en un encuentro con la policía y quien más tarde llegó a ser un importante dirigente político.

Vicente hablaba inclinándose sobre los platos ya dispuestos en el mantel.

—Muy querido de los chinos por su lucha en favor del reconocimiento inglés y europeo de la República.

En ese momento, Marta saludaba a una mujer muy rubia, frágil y sonriente que entraba por el otro extremo y cuyo rostro le fue a Clara algo familiar.

—Es la hora —dijo, mirando el reloj—, nunca se atrasan.

Sonrió a su amiga y explicó:

—Es una pena. Aquel inglés llegó a Pekín con su mujer, la señora que acabo de saludar, y a los seis meses de vivir en el hotel se han separado. En un comienzo, los chinos trataron de suavizar las cosas, de hacerles ver todos los inconvenientes de semejante resolución, pero fue inútil. Hoy cada uno tiene su departamento y llegan a comer exactamente a la misma hora de antes. El entra por esa puerta y ella por la opuesta; no se saludan, pero están atentos al menor movimiento o gesto del otro.

En efecto, la inglesa ocupó su sitio ubicándose bastante lejos del marido, aunque en línea recta a su mesa, de modo que la mirada de aquél enfrentaba su perfil. Ambos permanecían solos entre saludo y saludo a los vecinos. Clara recordó, entonces, que alguna vez encontró a la mujer en los pasillos, caminando a paso lento, sin prisas, mientras entonaba una melodía en tono agudo, sin reparar absolutamente en las personas que cruzaban por su lado. Ella no había prestado atención al asunto, porque dedujo de inmediato su nacionalidad y relacionó aquel gesto con otros tantos gestos semejantes, observados en el subterráneo de Londres, durante su estadía en Inglaterra. Hombres y mujeres en sus asientos cantando o conversando solos, agitándose en tics nerviosos, sin alterar en lo más mínimo la flema de sus compañeros.

Contó esto a sus amigos y añadió enseguida:

—Poco antes de abandonar Londres, oímos por radio un llamado a preocuparse de los ancianos sin familias. El problema de la soledad que no se resuelve con llamados o consejos. Y... ¿cuánto llevan estos ingleses en Pekín?

—Algo más de un año. Nos relataron cómo salieron de su patria, porque les era muy difícil vivir y trabajar en ella. Tenían una avanzada línea política; hoy les será más difícil volver.

"Lejos de su país, solos, deshechos, ¿existirá la recompensa equivalente?", se preguntó Clara.

Marido y mujer, cada uno en su mesa respectiva, comían erguidos e impasibles.

Tuvo de pronto la impresión de ser observada y se volvió rápidamente. Germán, por sobre el menú, la miraba otra vez, sin expresión. Los dos brasileños estaban con él; sostuvo un momento su mirada y luego saludó hacia ellos haciendo una leve inclinación de cabeza. Vicente y Marta la imitaron, pero sonriendo.

- —¿Oyeron los gritos de una mujer noches atrás? La pregunta sorprendió a Marta, cuyo rostro dejó de sonreír.
 - -Desgraciadamente los oyó todo el hotel.
 - -¿Quién es ella?
- —Una joven alemana llegada el año pasado, muy agradable y medida. Lamentamos de veras lo sucedido; en fin..., ya pasará. Entretanto reposa fuera de Pekín.

Había auténtico pesar en la cara de ambos esposos y Clara comprendió que no deseaban hablar más del asunto; pero hizo aún una última pregunta:

—¿Por qué no vuelve a su patria? Es bastante joven para tener que vivir donde se siente desgraciada.

—No se siente desgraciada en China, al contrario, asegura que nunca ha sido más feliz ni realizada que en estos meses fuera de Alemania.

Después de terminar su explicación, los tres comieron en silencio y ella buscó algún gesto en la actitud de sus amigos, pero no encontró ninguno. Pensó con cierta amargura que, en ese momento, entre ellos y Germán se hallaba sola.

Vicente dijo mientras dejaba los cubiertos sobre el plato vacío:

—Somos residentes de un hotel internacional para extranjeros contratados en los sitios más diversos del mundo. Es difícil y arriesgado, por lo tanto, formular juicios sobre nada, porque todo puede adquirir de pronto contornos insospechados. En un medio tan artificial como éste, el ser humano para sobrevivir recurre a cualquier forma de defensa, y así uno enfrenta, a veces, los hechos más insólitos. Pero tiene sus virtudes; a pesar del aparente caos, tarde o temprano, la mayoría termina por descubrirse. Ha sido para nosotros una fuerte lección, pero que bien valía la pena sufrir.

Clara lo escuchaba como si hablase dentro de ella misma. Cuando terminó de expresarse, lo miró inquieta:

—No pensarán ustedes marcharse todavía.

Se marchaban, en efecto. Regresaban a la Universidad en Moscú al terminar el año. Ante su gesto desolado, Marta tocó su brazo por encima del mantel:

—Hemos estado mucho tiempo separados de Dolores. Además, Javier llegará pronto, ¿verdad?

No supo contestar. Por primera vez titubeaba ante la pregunta, sin entenderse a sí misma. Estaba sobrecogida y muda. Bebió la leche y, mientras lo hacía, notó que despedían a alguien a sus espaldas.

"Es Germán y sus amigos que se marchan", pensó, fingiendo ocuparse de su plato y las tostadas.

Prefería no verlo para no cambiar con él un saludo educado y frío, más falso que la pequeña comedia de su distracción.

"Ya hablaremos después —agregó para sí—, y estoy segura de que todo volverá a ser como antes."

Una pelota de pimpón rebotó en el canto de la mesa y ella dio un ligero salto sorprendida en sus pensamientos. Marta se echó a reír y le reprochó el mal estado de sus nervios.

—Son los niños de la señora Brown, los dos pequeños coreanos traviesos y encantadores. Otra historia que habrías ignorado si no entras al restaurante.

- -¿Coreanos?...
- —Se acercan a recoger la pelota.

Y Marta relató cómo el matrimonio Brown había adoptado a ambos niños, huérfanos de la guerra de Corea.

En realidad, los muchachitos, un varón y una niña, eran encantadores. De pie frente a la mesa, algo corridos, explicaron en perfecto inglés que "eso" fue sin querer y dieron mil excusas.

Marta continuó la historia. La pareja recibió a uno primero y luego a la otra, cuando sólo tenían semanas de vida -no eran hermanos entre sí-, hacía de esto diez años. Poco antes de morir el señor Brown, el matrimonio trató de volver con sus hijos a Inglaterra, y aunque las leves chinas son muy estrictas en estos casos, les prometieron consultar el asunto. Ambos habían llegado a trabajar en Pekín después del triunfo de la revolución, cuando las condiciones de vida eran bastante precarias, y lo hicieron con tal devoción, que los chinos no podían olvidarlo. Viuda ahora la señora Brown, esperaba llevarse sus niños a Londres, en donde tenía familia y, al parecer, una regular situación económica. Pero la solución del asunto demoraba, pasaba el tiempo y nada se resolvía.

Los dos niños comían y charlaban sentados a am-

bos lados de su madre, y Clara observó a la mujer de cabellos absolutamente blancos y rostro envejecido más interior que exteriormente. Escuchaba las ruidosas palabras infantiles con bondad, y asentía bajando los párpados sobre una sonrisa. Vestía de negro y sólo un pequeño cuello almidonado quebraba la austeridad del luto.

—Fueron los Brown una pareja excepcionalmente unida, pero sin hijos. Ella me habló un día de su agradecimiento a China por haberles ofrecido lo que ellos no pudieron tener: esos dos niños.

Sus amigos esperaban que ella terminara de comer. Clara bebió el resto de la leche y se levantó. Salieron del restaurante y una vez cruzada la puerta de batientes, respiró con alivio. Decididamente no podría nunca habituarse al comedor; esas docenas y docenas de mesas, pequeños mundos conectados entre sí por el forzoso encuentro diario, le producía irremediable malestar.

Mientras caminaba junto al matrimonio, recordó todos sus esfuerzos desplegados para conseguir traslado al Instituto de Bellas Artes y cómo debió rendirse, por fin, cuando comprendió que sonrisas y amables explicaciones no conducirían a nada. A nada, aunque las habitaciones destinadas a los becados extranjeros permanecieran en su mayor parte vacías.

Comentó esa vez el fracaso de su petición con Germán y éste le dio ciertas razones:

—Nuestros amigos jamás accederán a un traslado si ello significa disminuir comodidades y atenciones. La hospitalidad es un deber sagrado y tradicional en el país. No sabes cuánto sacrificio les ha costado la mantención del hotel que tú odias tanto. Recién salen de grandes calamidades naturales, de años dificiles, durante los cuales nada faltó para los extranjeros. Mientras el país entero medía y pesaba sus tazones de arroz, fijando a cada habitante un limitado número de calorías, en el restaurante del hotel se comía lo mismo de siempre.

Clara tuvo un ademán de protesta:

-iNo puede ser!... ¡En qué situación colocaban a sus amigos!...

Ella, en medio de los banquetes de llegada y el aspecto normal de las tiendas en el hotel, no dio ya crédito a las afirmaciones sobre el hambre y las restricciones en China, repetidas en primera plana por los diarios de su patria. Lo que consideró una mentira resultaba en su esencia casi verdadero. No se murieron de hambre, pero el fantasma del hambre existió. Volvió a experimentar una inquietante sensación de absurdo. Con cierta angustia preguntó si aún estaban en vigencia controles o restricciones.

-Por cierto, aunque se han ido superando, de-

sastres que afectaron a millones de seres no pueden solucionarse en pocos meses; pero ya no se repetirán en el futuro.

Frente a él, Clara mostraba un aspecto abrumado. A la sensación de absurdo se sumaba la vergüenza; vergüenza del menú sobre el cual escogía la comida, del licor bebido como aperitivo, de su ropa, del taxi y de las tiendas para extranjeros. Vergüenza y cólera.

-¿No te parece irritante y despreciativo?

A su indignación, Germán opuso un encogimiento de hombros:

- —Pero, hija, lo tuerces todo; ¿por qué no llamar a esa actitud amistad, preocupación, hospitalidad?
- —¿Nunca se produjeron manifestaciones hostiles contra estos "amigos" tan bien tratados?
- —Jamás. Y vuelvo a pedirte comprensión. Piensa que a nadie le faltó su cuota alimenticia; en cambio, hace poco menos de quince años el hambre era semejante a otra enfermedad natural, más temible que cualquier peste, mientras en el Palacio Imperial y en las concesiones extranjeras se tiraba la comida.

Esta vez, ella se encogió de hombros:

-Puede ser peligroso justificarlo todo así.

Subieron al cuarto piso, en donde se encontraban sus respectivos departamentos, sin haber pronunciado una palabra. Cuando el ascensor abrió sus puertas, Clara dio las gracias a sus amigos y se despidió de ellos. Tenían razón, el comedor era un sitio interesante, pero al que no deseaba volver, al menos, por un tiempo largo.

El taller ofrecía un aspecto bastante desolado, como si durante mucho tiempo nadie hubiera traspuesto el umbral.

"Lo que en parte es cierto", pensó Clara, quien durante esas semanas pasaba frente al cuarto sin penetrar en él. Telas vueltas a la pared y cubiertas de polvo, pinceles resecos y algún vaso y plato vacíos, demostraban que ni siquiera la muchacha del aseo se preocupaba de ordenar o limpiar.

Esta observación trajo una sonrisa a su boca. Jamás en sus habitaciones la mano de los empleados fue más allá de lo estrictamente reglamentado; subían lo ordenado para las comidas —después de su rotunda afirmación de que no bajaría al restaurante aunque se muriese de hambre—, pero platos, tazas y cubiertos permanecerían eternamente sucios si no se preocupaba ella misma de lavarlos; no sucedía así en el departamento de Germán, que aseaban y ordenaban con esmero. Era la insuperada diferencia de los sexos aún vigente y sostenida a pesar de procla-

mas y declaraciones. La diferencia que la obligara a protestar en un mercado cuando el dependiente quiso ordenar a una muchacha que moviera un pesado mueble para lucirlo por todos sus lados. La protesta motivó una sorpresa en el hombre sólo comparable a la sorpresa motivada en la mujer; ninguno de los dos entendió la actitud negativa de Clara ni las explicaciones que daba, y ésta se marchó de allí absolutamente segura de que, una vez solos, la muchacha pequeña y frágil usaría de todas sus fuerzas para correr el mueble, mientras el vendedor se instalaría a contemplarla. Y pensó en la orgullosa expresión de Wang traduciendo una tarde un discurso radial destinado al cuidado de la mujer en sus aspectos más íntimos y biológicos con respecto a trabajo, esfuerzo y descanso; discurso que se transmitiría en comunas, fábricas y escuelas. Expresiones, palabras y consejos para borrar miles de años de discriminación; decretos y leves, mientras la costumbre continuaba dando órdenes a las mujeres y éstas cedían a los hombres, en ciertas ocasiones, paso y asiento. Pero ya era futuro la promulgación de leyes, futuro tal vez a largo plazo, pero futuro.

El asunto carecía de importancia, salvo la de reflejar una pequeñísima parte de ese mundo que llegaba hasta las cercas del hotel en "donde es difícil y arriesgado formular juicios sobre nada". Vicente la ponía en guardia frente a dudas, aprobaciones o rechazos expresados en forma inmediata o irreflexiva.

Pero ella hubiera querido participar en ese mundo sin resistencias ni abandonos, teniendo para eso la posibilidad de vivir y aprehender la realidad china. Deseaba huir del hotel, mezclarse a las muchedumbres que caminaban por las aceras deteniéndose a mirar los rostros extraños y las extrañas ropas de los forasteros.

Tomó un pincel y pasó su extremo sedoso y flexible por la palma abierta de su mano. Del contacto establecido entre la piel y el objeto comenzaban a formarse imágenes y recuerdos, cuando sonó el teléfono.

Fanny la invitaba para el día siguiente a una excursión por cierto barrio "algo desconocido a los extranjeros".

-¿Llamo a Wang Te-en?

Su respuesta fue una carcajada que retumbó en el aparato:

—No debe conocer nada de eso, y si lo conoce aconsejará cualquier otro sitio. No se preocupe, llevaremos nuestro propio intérprete.

Convinieron detalles y hora de partida. Clara pen-

só alegremente que la llamada fue una respuesta a sus deseos de contacto con lo chino. Sentía curiosidad y optimismo cuando apagó la luz para entrar en el sueño. EL BUS del hotel las dejó a un par de cuadras de Chien Men, puerta monumental que permitía en la antigüedad el paso de la ciudad exterior a la ciudad prohibida, y caminaron rápidamente, pues en uno de sus costados las esperaba Tulio, quien haría de guía e intérprete.

En efecto, desde lejos lo divisaron metido en una oseura chaqueta de cuero y el jockey chino en la cabeza. Salió a su encuentro y Clara vio de cerca un rostro alegre, moreno, con algo de indio y felino, que soltaba la risa antes de estrechar su mano. No tendría más de veinticinco años. Colgada a su cuello pendía una cámara fotográfica.

En el bus, Fanny había hablado del muchacho como de un amigo más apreciado que el resto, y dio detalles de su vida y su trabajo en Pekín. Nacido en Colombia, aficionado a la escultura y la cerámica desde muy pequeño, estudió en las academias de su país y luego, con la primera exposición efectuada en

Bogotá, obtuvo una beca para perfeccionarse en Florencia, hacia donde partió sin gran entusiasmo, porque su deseo era el de llegar un día a Pekín y sumirse en aquel mundo fabuloso y extraño. Antes de llegar a Italia encontró en la Embajada colombiana en París a un famoso escultor francés que regresaba del Asia y a quien confió sus sueños. Y como en los sueños, éste le abrió el camino. Estando en Florencia, a poco de llegar, recibió carta e invitación de Pekín, invitación que se transformaría en beca una vez llegado a China. Loco de entusiasmo, arrojó beca y consejos del embajador por la ventana y tomó el tren a Venecia, de allí a Viena, Varsovia v Moscú. Luego siete días en el Transiberiano, el lago Baikal, la Manchuria y, por fin, la meta esperada. Hacía de esto cuatro años, hablaba y escribía el pekinés.

—Charlará con usted de muchas cosas, tiene gran interés en conocerla.

Eran las ocho y media de la mañana, el tiempo estaba espléndido y el techo de la puerta Chien Men parecía incrustado en un cielo que salpicaba de dragones y arabescos. Frente al Monumento a los Héroes, docenas de colegiales escuchaban a sus profesores, mientras los más pequeños se acercaban a las gradas llevando ramos de flores. Los buses pasaban atronando con cien rostros atentos detrás de sus vidrios; giraban en torno a la plaza y se metían por

la Avenida Chien Men-tachieh, como una avalancha roja y blanca, disonante y pesada.

Varios conductores de triciclos hacían gestos de invitación a Tulio, que éste rechazaba con una sonrisa. Se volvió a sus compañeras y habló guiñando los ojos por efecto de la luz:

—Algunos piensan que no es grato a los chinos ver a extranjeros usar del esfuerzo corporal de sus compatriotas. No lo creo del todo, pero esto suele motivar acciones muy divertidas.

Les refirió, entonces, el caso de un soviético que, cansado de andar, tomó un triciclo, y luego, al verse instalado en el vehículo y transportado por un hombre que transpiraba, se sintió convertido en un vulgar explotador; bastante consternado, debió enfrentarse a dos soluciones: bajar del triciclo o continuar en él. No optó por ninguna. Hizo detenerse al hombre y le rogó cambiar de posición. A pesar de sus protestas, el conductor terminó por ceder, y se fue sentado por primera vez en su propio vehículo, mientras el soviético pedaleaba hasta su destino.

Clara rió mucho del cuento, recordando su propia discusión al respecto. El joven añadió, observándola:

—Son los extranjeros quienes más se preocupan de estas cosas sin importancia. Yo pienso que si los dueños de casa no disponen de ciertas comodidades, aceptar las que tienen es lo más lógico y natural. Nadie duda del futuro, de la abundancia y el confort.

Se habían detenido bajo el alero protector de una parada de troles y, mientras esperaban, pasaron frente a sus ojos dos hombres arrastrando penosamente, por medio de sendos cordeles, cada uno su respectivo carro lleno de maderas.

—Si tomo fotografía de esta primaria forma de transporte nuestros conocidos me llamarían "mal amigo de China", olvidando aquella frase tan real dicha por un alto dirigente en el banquete del 1.º de mayo: "Nadie puede ignorar que hemos salido de la miseria para entrar en la pobreza".

—La modestia no es una característica en nuestros amigos chinos —intervino Fanny con aire burlón.

—De todo hay y en todas partes, hija; no te pongas sarcástica sin necesidad.

El tono de su respuesta era alegre e íntimo y Clara pensó que formaban una pareja sana y sin complicaciones. Ambos jóvenes, vitales, sin prejuicios, recurrían uno al otro espontánea y directamente.

El trole se detuvo, y la gente, antes de empezar a subir, aguardó a que ellos lo hicieran. Tulio dio las gracias y trepó de un salto, indicándoles a sus compañeras situarse en el centro y aferrarse al pasamano horizontal que pendía del techo. El vehículo se llenó pronto y la cobradora dio la voz de partida.

Las ventanillas estaban abiertas y el aire pasaba con bastante fuerza a través de los cuerpos apretados. La voz de Tulio llamaba desde un lado, se volvieron y lo divisaron sentado, inclinándose frente a una muchacha de enrojecidas mejillas.

—¡Clara!... ¡Aquí tiene sitio!

Esta se acercó a duras penas y sólo por gastarle una broma:

—De ninguna manera, no podría defraudar a esta niña, ¿qué pensaría de mí?

Comenzó a sentirse incómodo y echó mano de Fanny, quien también se excusó con aire muy serio y circunspecto; quiso cederlo a una anciana que los había estado observando, pero la mujer ante el ofrecimiento se mostró estupefacta y negó moviendo la cabeza. Cuando Tulio trató de levantarse para insistir, ella lo detuvo poniéndole, tímidamente, las manos sobre los hombros. Clara lo sacó del apuro diciendo que deseaba bajarse del vehículo, porque el aire de las ventanas era excesivo y temía un enfriamiento. No estaban ya demasiado lejos y caminarían a pie.

Se corrieron hacia la puerta. La cobradora no les quitaba los ojos de encima ni interrumpía cierto canto entonado a lo largo del trayecto. Levantó una mano para indicarles paciencia.

-¿Qué va diciendo? -preguntó Fanny.

—Habla de la necesidad de ser educados, de ceder el asiento a los ancianos, las madres y los extranjeros. Nombra la parada que se dejó atrás y anuncia la próxima. Pide que no se impacienten y pongan atención en los niños. Subir por un lado y bajarse por otro.

La muchacha con su bolsón de monedas y pasajes, sus anchos pantalones y dos trenzas sobre la casaca azul, sonreía contemplándoles. Tulio murmuró unas palabras y ella tiró del timbre sin apartar la mirada.

—Junta el pekinés a otro dialecto, lo cual produce una mezcla expresiva y sabrosa.

Descendieron. Tulio pagó los centavos correspondientes al trayecto y pidió detalles que la muchacha explicó señalando en línea recta hacia la avenida. Hizo luego una breve inclinación de cabeza y ordenó la partida.

—Nos dio las gracias por venir a China; supone que estamos aquí trabajando.

Y mientras las tomaba del brazo para atravesar la calle, dijo alegremente:

-Ahora..., ¡al Barrio del Cielo!...

Frente a las luces del semáforo se detenían bicicletas, buses, triciclos y tranvías, éstos usados sólo en aquella parte de la ciudad. La pobreza no era mayor allí que en otros lugares, pero el aspecto general cambiaba notablemente. Más casas de té y vendedo-

res ambulantes, numerosas tiendas con pequeñas vitrinas, más movimiento y animación. A la avenida salían innumerables callejuelas que se abrían, a veces, bajo pesadas arcadas de color rojo laca o bajo puertas laboriosamente trabajadas.

—Este era el barrio nocturno de Pekín antes del triunfo revolucionario. Por estas callejuelas pululaba la más variada clase de gente. En la puerta de los burdeles se colocaban los retratos de las mujeres, especificando nombre, edad y características. Aquí se podía conseguir y usufructuar de todo, acentuándose esto a medida que se acortaba la distancia con el llamado Puente del Cielo.

-¿Estamos cerca del Templo?

Clara olvidaba la ubicación por haber llegado en automóvil hasta el monumento y por la absoluta diferencia entre el espíritu de aquel sitio y la animación de éste.

—Para mí es el lugar más hermoso de Pekín —continuó en voz baja—, la suprema armonía, el simbolismo extremado. Me parece ver su techo azul, el mármol blanco y el rojo de las murallas, matizados por el extraño verde de sus árboles.

Tulio preguntaba a una viejecita la dirección exacta de una calle. Atravesaron la avenida y tomaron un callejón angosto que se abrió, de pronto, en un amplio cuadrado a donde convergían personas

surgidas de numerosos pasillos sin techar. En un rincón, sobre un telón de fondo que representaba el Palacio Imperial o sobre una motocicleta de madera y cartulina, un fotógrafo retrataba niños, parejas, hombres y mujeres. A su costado, una muchacha vendía té ya preparado en gruesos vasos de vidrio; más allá, en el suelo de tierra: peinetas, cintas, horquillas, collares de cuentas y fotografías de aquel soldado del cual hablaran con Marta y Vicente. Tulio se inclinó y leyó para sus compañeras en voz alta:

—"Aprendamos de su ejemplo".

Las fotografías mostraban al joven cosiendo el capote de un compañero, manejando un tractor, enseñando a leer a unos niños; bajo la escena, leyendas y canciones.

La aparición de aquellos extranjeros motivó espontánea sorpresa entre los concurrentes. Varios niños seguidos de sus padres se acercaron a observarlos y alguno aventuró su manito para tocarles. Tulio les habló en pekinés y la sorpresa fue en aumento, alegre y cordial. Echaban un vistazo a esas mujeres vestidas en forma tan poco usual: de faldas una y ajustados pantalones la otra, y se marchaban sonriendo.

—En este preciso lugar, hace quince años, ningún extranjero, incluso ninguna persona ajena al barrio, podía pasearse sin correr el riesgo de robo o puñaladas. Aquí se congregaba el hampa a sellar compromisos y a señalar fronteras.

Clara jamás había visto algo semejante. Recovecos, callejones, espacios abiertos, pequeños restaurantes, teatros, salas de espectáculos, sombras chinescas y narradores; todo muy junto, muy lleno, pero muy ordenado.

Entraron a una sala atestada de gente y con un escenario cuya única utilería eran una silla y una mesa. En la silla estaba sentado un muchacho que pulsaba un instrumento parecido a la guitarra, produciendo una música monocorde y pausada que servía de melopea a la narración, entonada por una joven vestida de raso verde, maquillada discretamente. Los espectadores no perdían sílaba desde sus asientos, mientras bebían té y mascaban alguna tortilla. Tulio puso atención y después explicó a sus compañeras que la canción se refería al mismo soldado de las fotografías, a su triste pasado y al momento en que fuera recogido por el Ejército Popular.

- -¿Y las viejas leyendas?
- -Hoy se reemplazan por ésta.

Preparó la cámara fotográfica, el flash y disparó sin moverse de su asiento. Varios espectadores se volvieron al fogonazo, pero los actores continuaron impertérritos.

Al cabo de un rato abandonaron el local y siguie-

ron a un grupo de personas que se internaba por un pasillo al cual daban un galpón y un comedor. En este recinto y rodeados de público, dos hombres luchaban al catch con aparente ferocidad, dando pequeños gritos cortos. Rapados, grandes y fuertes dentro de sus chalecos acolchados, buscaban la ocasión de agarrar al contrario para tumbarlo, mientras se observaban fijamente. Fuertes vivas saludaban cada pase o acometida. El espectáculo era a base de trucos y efectos acogidos por el público con enorme entusiasmo, como si fuera eso, precisamente, lo que más celebraba. Terminaron de luchar y las monedas volaron hasta el piso de tierra. Fanny arrojó también algunos billetes de centavos y sus amigos la imitaron, agregando billetes y aplausos.

Salían, cuando uno de los atletas llamó en voz alta levantando un gorro. Se detuvieron asombrados y el hombre avanzó con el brazo en alto; en el fondo del gorro estaba reunido todo el dinero arrojado por ellos.

Clara miró el rostro lampiño, tan liso como el cráneo, que negaba en forma decidida, pero amable y respetuosamente, cambiando algunas frases con Tulio.

—Nos ruega aceptar la devolución..., somos sus huéspedes.

Guardó los billetes, hizo un gesto a sus compañe-

ras y salieron, otra vez, al angosto pasillo de tierra.

—Se extrañan de que andemos solos, sin intérprete oficial, y nos ofrecen ayuda para recorrer el barrio.

—Y ayuda, por cierto, mejor que la de cualquier intérprete. Clara quería llamar a Wang. ¿Te imaginas su cara en estas correrías? —dijo riendo Fanny.

—Hay que entenderlos, se sienten disminuidos frente a ciertas escenas y a esta gran pobreza. No todos, sino precisamente aquellos de extracción campesina; piensan que es un trago demasiado fuerte para la mayoría de nosotros. Lo he oído comentar así en Bellas Artes y aun entre los chinos.

Un pesado olor a fritura salía por las puertas y ventanas de un restaurante, atrayendo clientes que se agolpaban a comprar unas especies de anchas tortillas, con dinero y cupones.

Otra callejuela, otro espacio de tierra y en el espacio un hombre que sostenía y paseaba frente al público un conejo agarrado por las orejas. Unas cuantas banquetas encuadraban el lugar en donde actuaba el artista acompañado de una mujer y una niñita. Como les sucedía siempre, pronto les facilitaron acomodo y quedaron los tres sentados casi en el mismo escenario. La utilería del hombre era pobrísima: una mesa casi desvencijada, un barril, sombreros, jaulas, ratones blancos, palomas, trapos, varas de

bambú, un gong a cargo de la mujer y la tetera de agua fría al alcance de su mano.

Con el conejo todavía en alto, esperó que ellos se instalaran y luego sonó el gong. Dentro del barril metió al animal, dos golpes, un llamado a los espíritus y el barril estaba de nuevo vacío. Murmullos de admiración, y enseguida, legumbres, botellas, calabazos, tarros y frutas, extraídos de un viejísimo gorro de paja. Ratones que se formaban debajo de un pañuelo ya sin colores, tirado sobre el suelo; palomas convirtiéndose en flores o apareciendo en el hombro de algún espectador y, por fin, un gran cacharro de porcelana lleno de agua y peces gestado en un simple trapo rojo.

Clara nunca había contemplado pruebas de prestidigitación realizadas con limpieza y maestría semejantes, sólo a la distancia de un par de metros, sin cortinajes, luces o telones. En el pequeño escenario de tierra actuaba un verdadero artista, de un encanto y un dominio escénico rara vez disfrutados por ella tan sin artificios. Vestido a la china: pantalón acolchado, típica y ligera casaca de algodón; de algodón también los zapatos y el oro riendo en los dientes, invocaba a los espíritus estirando los brazos sobre la cabeza de los asistentes y, luego, el espíritu blandamente depositado en el hueco de su

mano se deslizaba hasta la mesa para transformarse en pez, ratón o paloma.

Y luego cara al público:

—Bien, ahora dos centavos; ¿de qué sirven dos centavos? Dos centavos se pierden, se arrancan de los bolsillos o se convierten en helados. ¿De qué sirven dos centavos?...

Las monedas saltaban sobre la tierra formando a sus pies un cerco brillante. Clara no se atrevía ya a tirar dinero, pero el artista les clavaba los ojos.

-¿De qué sirven dos centavos?...

Los tres sacaron algunos billetes y los arrojaron con disimulo cerca de sus zapatos. Brilló alegre el oro en los dientes y la niñita corrió a recoger el dinero. La función se interrumpía por unos minutos y la gente comenzaba a retirarse.

Clara pidió a Tulio que detuviera al viejo para interrogarlo, pero aquél captó el gesto y se escabulló entre la multitud. Alcanzaron a lanzarle una pregunta:

-¿Cuánto tiempo lleva actuando?

Y su respuesta, antes de esfumarse:

-Cuarenta años.

Las dos palabras quedaron sonando en el escenario. Cuarenta años. Cuarenta años haciendo pases y viviendo de la magia, trasladando, tal vez, sus números de un lugar a otro en medio de la alegría de un pueblo que gusta de ese juego con toda la fuerza de su cultura oriental, profundamente mágica. Artistas cuya maestría, entrenamiento y perfección se remontaban a siglos y de los cuales dependía no sólo el sustento, sino la propia existencia cuando los exhibían frente al emperador o frente a los señores de la tierra. La magia relacionada a todo el mundo primitivo y feudal, entrelazada a los números, las horas, los perfumes; a la religión, sus ritos y sus símbolos.

Mientras buscaban la salida hablaban de los números, en cuya evidente importancia Clara reparara casi inconscientemente. Números para todo: en las proclamas, las obligaciones, las virtudes, en cualquier página de una revista, para determinar personas, objetos, paisajes, acontecimientos. Nada sin enumerar.

Desembocaban a la Avenida Chien Men-tachieh y Tulio señaló un gran letrero rojo suspendido entre dos edificios y tradujo:

—"Adelante con las tres banderas rojas" —y agregó—: Allí las tres banderas rojas y existen las cien flores, los cuatro méritos, los ocho paisajes, las cinco montañas célebres, y antes, en el pasado: las tres obediencias, la tercera esposa, el quinto hijo, los cuatro ríos; es una manera pedagógica típicamente china, fácil y agradable de captar.

Pasaban ante un oscuro y pobre restaurante atestado de gente que por su aspecto podrían ser cargadores, conductores de triciclos, vendedores ambulantes, y Clara se detuvo frente a la ventana atraída por lo abigarrado y pintoresco del conjunto. Era un cuadro que sumergía en tonos del amarillo al negro los rostros más definidos que le tocara observar, nunca tantos en número y reunidos de una vez: viejos de barbas ralas y semblante mimetizado con la tierra dura y seca, hombres de espalda inclinada todavía a causa del peso y el esfuerzo que significaba transportar toda clase de objetos en sus carros, ojillos astutos de vendedores ambulantes, habituados a regatear en el pasado; una que otra mujer tímidamente sentada en una esquina, observando a sus hombres con dulce y mansa expresión.

El local exhalaba el olor pesado y penetrante de la soja mezclada al azúcar, el arroz, las verduras, el pescado, el cerdo y las más variadas especias. Los tres tuvieron el mismo deseo, que realizaron de inmediato introduciéndose al restaurante por una puerta baja y estrecha que daba al comedor y buscando enseguida una mesa a donde sentarse. Imposible pensar en eso; todos los sitios estaban ocupados y en cada hueco había alguien en cuclillas con su tazón en las manos, muy cerca del rostro, y los pa-

lillos diestramente usados en empujar la comida hasta la boca.

Hablaban ya de retirarse, cuando una mano tocó la espalda de Clara, que se volvió de un salto. Tres hombres les ofrecían sus asientos en una forma que no admitiría rechazos. Tulio dio las gracias y ella entendió, por oída tantas veces, la palabra latino-americano, cuya pronunciación era de una extraña y dulce melodía. Antes de sentarse hicieron de nuevo profundas y agradecidas inclinaciones, que los hombres contestaron de manera semejante. Había en su actitud tal espontánea distinción que Clara no pudo menos de recordar el origen campesino del país.

"Semejantes a los inquilinos de la hacienda de mi abuela", pensó con repentina nostalgia. Pero un suave golpecito de Fanny la urgía a ocupar su lugar en la mesa.

—No han querido aceptar un vaso de cerveza, pretextando tener que marcharse enseguida.

Un empleado apareció entre las mesas y Tulio ordenó bebidas, mientras sus amigas examinaban el local recorriéndolo de lado a lado con los ojos. Muy reducido, cinco o seis metros por lado, vigas a la vista en el cielo raso, piso de tierra y un estrecho cuarto para la cocina, se asemejaba a cualquier pobre fonda en cualquier país. Sólo el olor de los guisos difería por completo del resto de las comidas extranjeras.

Tulio se dirigió a Clara súbitamente serio:

—Al fin puedo expresar lo contento que estoy de conocerla.

Había esperado esta ocasión desde que supo de su llegada al hotel, pero no se atrevió a visitarla por temor de parecer importuno.

—Comenzaba a dibujar cuando me encontré con sus grabados en una exposición de pintores latino-americanos efectuada en Bogotá, y la impresión que me produjeron no he podido olvidarla. Eran tan diferentes al resto, excelentes también en su mayoría, pero sin ese carácter personal, profundamente personal, que hace posible reconocer su obra de inmediato, entre miles de otras obras.

Clara se sintió conmovida como no le sucedía desde muchos años atrás, desde sus primeras pinturas y las primeras frases de aliento que recibiera. Allí en China, lejos de su patria y América, guardados sus apuntes y en silencio, la admiración del muchacho era una respuesta imprevista a su esperanza de entonces.

—Incluso en aquella ocasión, los estudiantes de nuestro curso hicimos un foro acerca de sus trabajos y de su propia relación con ellos. Fui a su Embajada, donde alguien que la conocía nos proporcionó mayores datos personales y una lista de sus cuadros acompañados de varias fotografías. Vea usted, la conozco mucho y por mucho tiempo.

"La exposición en Bogotá hace ocho años, muy elogiada por la crítica y nuestra Embajada. Epoca en que conocí a Javier, poco antes de partir a los Estados Unidos."

—Durante un par de años no tuve noticias suyas, hasta que un día, hojeando una revista norteamericana, me encontré con la fotografía de un cuadro que representaba una plaza. No necesité mirar el nombre del autor, allí estaba usted de nuevo. Tengo la página de la revista en mi pieza de Pekín y cada vez que la miro veo a través de ella nuestra América.

El elogio humedeció los ojos de Clara.

—Nadie produce esa sensación de soledad con la fuerza que la produce usted. ¿Está ahora haciendo algo?

—Me limito a vivir esta experiencia china; ya se dará algo por añadidura. ¿Y usted?

—Me he dedicado a la cerámica, tratando de aprovechar al máximo mi estadía en este país, que es en eso maestro. Seguí también cursos de pintura china y de grabado. El próximo verano termina la beca y emigro a Europa; necesito dar unos cuantos rodeos antes de volver a Colombia. No es fácil hacer entender a muchos la importancia de la estadía en China;

de un hecho trascendente y vital en realidad humana y artística, sólo ven el "rojo" como los toros.

—Países subdesarrollados, querido, dirían a eso vuestros colegas europeos —intervino Fanny con picardía.

-¿Y para usted, Clara, no hay problemas?

Miró al muchacho y recordó en un segundo la escena frente a la casa materna, la sorpresa y el disgusto de cierta gente, y algunas frases de la prensa.

-Yo también vivo en Sudamérica, Tulio.

Y después añadió, tocándole en el brazo maternalmente:

—Pero no debe preocuparle eso, porque es exterior, circunstancial, sujeto a las pasiones humanas; lo permanente es la obra realizada, propia, salida de la experiencia. Viva, trabaje y sea sincero.

—¡Oh! Cómo los envidio a ustedes los artistas —exclamó Fanny de pronto—, que pueden manifestarse y quedar, estar en contacto entre sí; en cambio, personas como yo se irán mañana de aquí para desaparecer en el mundo.

Clara vio su tristeza y quiso decirle algo, pero guardó silencio. No era fácil dar en palabras la dimensión de su sentimiento; aquella muchacha ya esba incorporada en cualquier forma a su propia vida, como estaban incorporados los seres humanos que encontraba en el hotel y también las imágenes plás-

ticas de la ciudad, y los niños, y los pájaros sueltos en el aire o prisioneros en jaulas de mimbre, y los hombres arrastrando penosamente sus carros, en cuclillas esperando los buses o vendiendo grillos en las calles y también aprendiendo a leer o vestidos de soldaditos caminando por las aceras de la mano con otro soldadito, y las viejas y sus pies deformes, y las niñas comiéndose las leguas con sus pies normales, y las tumbas abiertas de los emperadores junto a los esqueletos de sus esclavos, y los recortes de papel, las lámparas, los fuegos artificiales y los peces de todos colores. Nadie vive en vano, como nada es en vano.

Tulio rompió el silencio cogiéndo una mano de Fanny para decir alegremente:

- —Tú me perteneces ya y sin saberlo; tengo escondida por ahí la escultura de una cabeza de muchacha con los cabellos revueltos y tu tristeza de ahora.
 - -¡Mentiroso! -gritó ella, riendo de nuevo.
- —Es verdad —afirmó Clara; ambos la miraron mientras insistía—: Es verdad y yo lo sé muy bien.

Hicieron el viaje de regreso en tres etapas: hasta la puerta de Chien Men a bordo de un viejo tranvía; luego en trole hasta Wang Fu-ching, y de allí al hotel después de almorzar rápidamente, pues Fanny tenía que dar clases por la tarde en su instituto, ubicado en las afueras de la ciudad.

Se despidieron de Tulio —quien pidió autorización a Clara para visitarla en el futuro— y salieron del centro instaladas entre personal del hotel y algunas mujeres extranjeras. Saludaron a la madre de los pequeños coreanos, que mostraba gestos y trazas de haber sufrido un disgusto.

—Todavía no podrá irse —murmuró Fanny al oído de su amiga, que no contestó.

Clara iba, por primera vez desde su llegada, absolutamente satisfecha del día. Recorrer aquel barrio típico de verdad, auténtico, la resarcía en parte de la artificiosidad del hotel, era como un lente a través del cual entendía mejor algunos rasgos actuales de la juventud china, de Wang Te-en, a quien apreciaba v tenía cerca. El Puente del Cielo continuaba siendo China misma antes del cambio radical producido por el triunfo del año 49; barrio ahora sin hampa, pero cuya esencia correspondía a su pasado. De esa China saltó Wang hasta el presente y el deslumbramiento de un mundo lleno de posibilidades concretas. Frente a él se abrieron todas las puertas al acontecer de un hecho histórico que lo convertía, a su juicio, en el depositario de la verdad última. Junto a esta revelación, Clara y su arte desarrollado en un medio burgués, hombres en contradicción, religión, frases de paz, eran, en cierta forma, una mentira, manifestaciones absurdas que no tenían vigencia.

Y para el muchacho tampoco resultaba agradable internarse de nuevo en un pasado viviente dentro de la misma ciudad. Aquel hombre y su magia, los titiriteros y luchadores, la pobreza, la absorta ingenuidad popular atenta a leyendas e historias, los restaurantes de dudosa higiene y las monedas lanzadas al aire, no podían ser comprendidos por el extranjero; al extranjero sólo deberían enseñársele la grandeza del pueblo chino y su ingenio milenario.

Pensando así, Clara ya no sonreía como antes cuando observaba el oculto desprecio de Wang respecto al arte y el genio más allá de sus fronteras. Ese desprecio no era parcial, no estaba enfocado sólo a una parte de la realidad humana, sino, obligadamente, al total de ella.

El bus corría entre casitas bajas y oscuras sobre aceras de concreto, transformadas en tierra poco después de abandonar el centro. Niños de diferentes edades y portes jugaban y corrían deteniéndose a mirar el vehículo que llevaba, detrás de sus vidrios, ojos redondos y narices largas. Clara veía los graciosos rostros asombrados y les sonreía con tristeza. Soberbia de su pasado y necesaria, absoluta humildad para progresar en el futuro, para servirse de la técnica y la ciencia extranjeras, eran una terrible

contradicción en ese pueblo. Llegar a un buen nivel de vida equivalía a largo tiempo codo a codo con la máquina y la razón aceptadas sin violencias.

"Lo harán, lo están haciendo —murmuró en voz baja—; es el pueblo de la Gran Marcha, de los héroes de una epopeya de treinta años."

Fanny dejaba al bus frente a su instituto y se despedía alegremente.

Clara llegó al hotel, caminó por el pasillo experimentando al recorrerlo menor resistencia que la habitual, y subió a sus habitaciones mientras le reprochaba a la muchacha del ascensor, entre gestos y la palabra "malo" repetida en chino, la súbita desaparición de las bellas y gruesas trenzas que luciera anteriormente. La muchacha parecía arrepentida y asentía pesarosa. El contraste era tan notorio entre la hermosa chinita de antes y la descompuesta joven de ahora, que una divertida escena narrada por Marta acerca del hijo de un europeo soltando el llanto al ver a su "tía", como llamaban a las niñeras, separada de su cabellera por las implacables tijeras del peluquero, cobraba una lógica absoluta.

Reía todavía al llegar a su departamento y encontrar el mensaje sostenido en la puerta:

Te esperamos, si puedes, a tomar un café.

MARTA

Sería agradable conversar con los amigos de todo lo visto y observado en el día. Tomó la nota y entró rápidamente a prepararse un baño. Abría las llaves cuando la campanilla del teléfono resonó en la sala.

Wang insistía en verlà:

—Necesito consultarle algo hoy mismo —dijo por último, casi en un ruego.

Ni siquiera alcanzaría a bañarse, porque el muchacho llamaba desde el hotel y, al fin de cuentas, era mejor recibirle enseguida y conocer el motivo de su insistencia.

Wang entró sonriendo, al pasar dejó encima de un mueble la carpeta que llevaba y Clara olvidó las preocupaciones frente a su abierto rostro de siempre. Conversaron de diversos asuntos y el intérprete preguntó, de improviso, dónde había pasado el día. Trató de escabullir la respuesta:

- -¿Cómo sabe que he salido?
- —Nadie contestó el teléfono durante muchas horas.

Contó, entonces, en sentidas palabras, todo el agrado que experimentara al recorrer el Barrio del Cielo. Wang la escuchó con la sonrisa colgando de sus labios para comentar simplemente cuando ella terminó de hablar:

-No debe salir tanto sola.

Clara iba a nombrar a sus amigos, pero se abstuvo

de pronto, no antes de que el muchacho alcanzara a sorprender el gesto. Se observaron en medio de un pesado silencio y ella pensó durante un segundo en la posibilidad de poder hablar espontáneamente con Wang, sin reservas ni limitaciones, directamente como a un amigo; pero inclinó la cabeza sobre sus deseos: "Mejor no crearle problemas".

El intérprete se levantaba a coger su carpeta.

- —No debe salir tanto sola. Piense también en nosotros; cualquier accidente que le ocurriera nos causaría mil tropiezos y pesares.
 - -¡Accidentes!...
- —En un pueblo de setecientos millones basta un medio por ciento de forajidos para causar daños irreparables. Téngalo en cuenta, por favor, camarada.

Clara terminó por encogerse de hombros:

-Bien valía el riesgo...

Wang buscaba algo entre los papeles y sin levantar los ojos murmuró despacio:

—Creo que exagera el valor de todo eso cuando hechos tan importantes están ocurriendo en el mundo, el caso cubano, por ejemplo.

Se quedó callada porque no podría expresar en voz alta todas las palpitaciones que le producía el nombre del pequeño trozo de tierra flotando en sus recuerdos sobre el mar azul y oro de las Antillas. Era parte de América y, como le sucedía a menudo esas semanas, el nombre América la colmaba de tales resonancias interiores que enmudecía, quedaba en suspenso, incapaz de repetirlo con los labios.

—Estamos sumamente agradecidos al camarada Germán, que nos ha aportado conocimientos exactos sobre todo vuestro continente. Hoy apreciamos mejor aún la revolución cubana.

-¿Lecciones...?

Se llevó una sorpresa al enterarse de cómo Germán, además de su trabajo periodístico, reunía a los compañeros chinos del diario para instruirlos acerca de Latinoamérica; clases que iban desde la cultura hasta la economía y la política. Wang añadió sin abandonar la sonrisa:

—El camarada confirma todo lo que nosotros sabíamos y debemos saber para no ser cogidos en errores. Afortunadamente estábamos bien informados.

Clara se vio a sí misma tratando de arrancar al muchacho de los pobrísimos y reducidos esquemas que formaban su visión americana y se preguntó hacía dónde iría la conversación.

"...y ¿cómo serían aquellas lecciones tan de acuerdo con ellos?"

—¡Qué camarada tan profundo en sus ideas y cuánto nos ayuda! Debería usted oírle y aconsejarse

de él, que es, en verdad, un gran amigo de China; en cambio...

No terminó la frase, porque ésta había producido en el rostro de Clara el efecto de un insulto. Sus músculos se apretaron y su ceño se hundió en un surco profundo. Wang, visiblemente sobresaltado, trató de corregirse en cualquier forma y se refirió de inmediato al hondo y gran afecto que sentían por todos los amigos llegados a trabajar en su país; a su agradecimiento en general y a la esperanza de recibir pronto más colaboradores y ayuda. Clara lo dejaba hablar sin pronunciar una frase.

Después, mientras bebían una taza de té, preguntó al muchacho la razón de su insistencia. Preguntó en forma directa, precisa, con el fastidio de quien tiene que tolerar siempre largos rodeos antes de recibir una respuesta.

Wang sacó de la carpeta varias hojas escritas a máquina y se inclinó hacia ella. Se trataba de un artículo, de una exposición, que el Gobierno quería traducir a varios idiomas. El estaba encargado de la versión española y, como el asunto parecía urgente, deseaba pedirle consejo en su redacción. Leer y corregir lo traducido e indicar los más evidentes errores.

[—]Está bien, entre mañana y pasado me dedico a esto.

Pero Wang se mostró de nuevo insistente. Necesitaba tenerlo en su poder, a más tardar, al día siguiente. Se veía tan ansioso y preocupado, que ella terminó por ceder:

-Mañana a la misma hora.

Después que el muchacho se fue y mientras corría el agua en la tina, tomó el artículo para leer algunos párrafos.

Cuando Clara pasó a su dormitorio para vestirse, el jardín del hotel había desaparecido detrás de los vidrios y la única luz que divisaba tenía la forma cuadrada de la ventana de enfrente. Terminó de arreglarse, tomó el teléfono y marcó tres números rápidamente, como temerosa de arrepentirse. Durante unos minutos la campanilla sonó en el vacío, hasta que, de pronto, la voz de Germán estuvo en su mano. Miró el aparato que repetía una y otra vez la misma palabra y dijo acercándolo a su oído:

-Soy yo y deseo hablarte.

Hubo un momento de silencio:

-Voy enseguida.

Pasó al taller y encendió la lámpara. Sobre la mesa de dibujo puso los papeles recibidos de Wang y se dispuso a esperarlo. Examinaba el cuarto lanzando la mirada de un extremo al otro y trataba de ab-

sorberse en la contemplación de los pocos objetos de cerámica colocados en los estantes, de las telas cubiertas de polvo y de los pinceles resecos. ¿Cuánto tiempo hacía que no trazaba una línea? La habitación estaba bien ubicada a la luz y dentro de sus cuatro paredes no carecía de lo necesario a su trabajo. Cerró los ojos con espanto. Nada material le faltaba. "Tiempo, tranquilidad, buen taller..."

Los abrió al oír golpes en la puerta. Germán entró llevando puesto un abrigo de paño oscuro, del cual se despojó explicando que su llamada la había recibido cuando llegaba del diario.

Trataba de parecer natural, pero la turbación agitaba cada una de sus palabras. Entraron al taller y Clara se apoyó en la mesa sobre los papeles.

- -No me esperaba esto.
- —No sé a qué te refieres.
- —Me los trajeron hoy y acabo de leerlos. Ellos pueden expresarse así o peor si quieren, pero yo no contribuiré en nada a un artículo semejante.
 - -Es asunto tuyo.
 - —Y tuyo, proviene del diario y trae tu visto bueno.

En el extremo de la última hoja, Germán aparecía en las letras iniciales de su nombre y apellido, trazadas por su propia mano.

Clara observó que la luz de la lámpara iluminaba sus dedos, continuaba a lo largo del pantalón y después se extendía sobre el piso, cercando sus zapatos. No se movía y ella le miraba a través de la mesa; le miraba reprochándose en ese momento haberle llamado. Ninguna importancia tenía, en el fondo, aquel artículo en relación a ellos mismos. Sin embargo, no pudo tolerarlo. El artículo no se refería a ningún país o gobernante socialista determinado, pero a todos daba consejos y normas revolucionarias desde la cima de su "verdad indiscutible". Miles y miles de palabras escritas para atacar el "relajamiento", usando como intervalos adjetivos amistosos.

Ella podría rechazarlo escudándose en su calidad de invitada o podría también aceptarlo, pues no pertenecía a ningún partido político y pensaba que todo tenía derecho a expresarse. Pero lo dicho en esas páginas y en ese tono le resultaba insufrible y aterrador. "¿Dogmas inmutables dentro del materialismo dialéctico?" Y siempre la imposibilidad de equivocarse, la posesión de la verdad absoluta.

Frente a ella Germán continuaba inmóvil. Notó que junto a las sienes su cabello comenzaba a encanecer. ¿Qué edad tendría? Tal vez la misma de Javier, pero más evidente, más amarga y más violenta. Parecía cansado y ausente. Clara se alejó de la mesa y fue a sentarse en el sofá colocado bajo la ventana; apoyó la cabeza en el vidrio y cerró los ojos.

Germán reía en el pasado, la miraba con cierta

impaciente ansiedad que la estimulaba, y ambos reían largo rato sin hablar. Nadie, fuera de Javier, estuvo como él más cerca de su vida.

Oyó sus pasos y se incorporó penosamente. Germán llegó a su lado, se sentó muy cerca, y Clara, que no trataba de ocultar su emoción, lo escuchó hablar durante mucho tiempo. Tiempo que comenzaba en provincia, en sus años adolescentes, asombrados del brillo y la seguridad que proporcionaban a otros un caballo equipado lujosamente o el coche conducido hacia las grandes casas de una hacienda. Después la Universidad, la sórdida pieza de una pensión y la desesperanza, desesperanza que lo impulsara a abandonar la Escuela en busca de trabajo y de dinero. Luego Javier y ella, el elegante desprecio por todo lo que él deseara y luchara tanto. Javier...

Se interrumpió frente al rostro blanco y alerta de ella. Continuó expresándose, ya sin mirarla:

—Creo en esto porque me resarce de aquella injusta situación anterior, porque abre horizontes, porque no necesito de apoyos externos o heredados, salvo el de mi propio valor. No regreso a mi país, mi país existe donde existen posibilidades de realización verdadera y eso lo he encontrado aquí; aquí, entonces, me quedo.

Hablaba como si estuviese un poco embriagado. Acercó su rostro a Clara, que no hizo ningún gesto. El silencio era más real que todos los ruidos anteriores.

—Es tan fácil hablar de humanismo y libertad cuando todo se ha tenido de sobra. ¡La individualidad del hombre, el humanismo, la amistad, los derechos!... Aferrarse en el fondo al pasado, sin fuerzas para predecir un hombre nuevo.

Clara se levantó y miró a través de la ventana hacia el jardín convertido por la noche en una inmensa mancha oscura.

—Creo en el hombre de mañana —dijo con voz tranquila—, hombre abierto al futuro, enriquecido, libre, pero dueño también de todos los derechos adquiridos en el pasado.

Germán, de pie a su lado, se inclinaba sobre ella:

- —Estuviste siempre cerca de mí, amas y odias como yo y, al fin de cuentas, vives hoy donde yo vivo, lejos, dueños de nosotros mismos..., solos...
- —¡Basta! —exclamó Clara en forma dura y terminante, sintiendo que nada podría añadir sin la carga de violentas emociones, emociones que no se permitiría expresar en ese momento.

Caminó a la puerta y allí esperó, inmóvil, que Germán se acercara a tomar el abrigo. Lo oyó arrancar la ropa del perchero y buscar la cerradura a tientas, como un ciego. Sólo un minuto y ya no estaba.

La luz caía sobre el pequeño vestíbulo y ella con-

tinuaba inmóvil, estática, dentro del espacio iluminado por el globo frío y blanco. Globos semejantes tenían las clínicas en su patria. El primero que vio pendía sobre la cabeza de su madre mientras se inclinaba sonriendo para acariciar su brazo enyesado. No había llorado entonces, no solía hacerlo, ni siquiera por las noches, cuando oía marcharse a Frau Klamer y los ruidos se movían en la sombra. Dibujar esos ruidos fueron los primeros trabajos que entregó misteriosamente a su madre. No volvió a recordarlos hasta un día, poco después de su muerte, en que aparecieron dentro de un sobre en el pequeño cajón de su escritorio. Un sobre y una fecha.

Alguien caminaba por el pasillo. Clara salió del espacio iluminado y fue a su dormitorio.

LA NOTICIA se supo casualmente y corrió por el hotel que se llenó de rumores. Fue oída por la señora Brown cuando se instalaba frente a la radio para escuchar noticias. La transmisión venía de la Unión Soviética y estaba vertida al inglés.

Estremecida por la emoción bajó al comedor y comunicó el asunto a Vicente y Marta, quienes solían compartir su mesa. La agitación de otros grupos les hizo comprender que también alguien más se había enterado. En pocos minutos, todo el mundo se agitaba cambiando suposiciones, en medio del estupor o la consternación.

Clara, que descansaba después de un largo paseo por los alrededores del hotel, vio a Fanny irrumpir en su departamento, con el rostro demudado y los ojos enrojecidos. Detenida en el umbral del dormitorio, parecía estupefacta de la tranquilidad que mostraba su amiga.

-¿No sabe?...

Impresionada por su aspecto, Clara la cogió del brazo para conducirla a un sillón, y la muchacha comenzó a hablar, a tratar de expresarse en palabras atropelladas, sin total conexión entre sí. Estados Unidos decretaba bloqueo a Cuba y detendría en alta mar cualquier barco en viaje a la isla. Era, en realidad, un ultimátum a la Unión Soviética y a su ayuda al Gobierno cubano.

—¡La guerra!... —exclamó Fanny, oyendo aterrada su propia voz.

No se había pintado y su boca se esfumaba en la palidez del rostro. Después de aquel borbotón de frases apresuradas, guardaba silencio, disminuida en el sillón, la mirada fija en la mujer que tenía enfrente. Esta la observaba, observaba su juventud y su espanto, y se sentía, de pronto, envejecida. Porque los sentimientos que experimentaba no se referían a ella misma como el yo desesperado de la muchacha, sino a una irrefrenable e impotente rebeldía por todo un mundo amenazado. Fanny quería vivir, temblaba ante la muerte, el mundo era ella.

"Y tiene razón, el mundo es ella, la vida llega hasta el límite de su existencia, la vida es su derecho. ¡Dios! Por fortuna, Javier está lejos."

El aspecto de Fanny la conmovía; se inclinó para acariciarle tiernamente las manos:

—Aún nada ha sucedido; basta eso para tener esperanzas.

La frase abrió un boquete en la angustia de la muchacha, que soltó el llanto, convertida, de pronto, en una criatura.

—Tengo miedo... —murmuraba entre sollozos—, tengo miedo..., también Pekín pagará las consecuencias.

Todo era tan inesperado, tan increíble, que Clara no conseguía formarse imágenes reales acerca de la verdadera magnitud del peligro. Agrupaba sólo aquellos elementos que en ese instante constituían su existencia y la existencia de Fanny. Dos extranjeras metidas en la habitación de un hotel internacional lanzado de China a las afueras de Pekín, pero expuestas a la misma suerte que corriera la ciudad. La situación parecía formar parte del absurdo de esos últimos días. Pensó en Germán y en la tarde anterior como si hubieran transcurrido desde ella muchos meses, como si fuera el detalle de un inmenso cuadro con una honda perspectiva. Germán, su resentimiento y la pasión que inspiraban la mayor parte de sus acciones, ¿podría aceptar la idea de término?

Súbitamente avergonzada, Fanny enjugaba sus lágrimas. La idea de término tenía para Clara muchos años. Había visto reducirse la guerra a cifras

exactas tanto en pérdidas de vidas humanas como en pérdidas en dinero, todo perfectamente contabizado y transmitido hasta América, desde Europa y Asia, junto al humo de los escombros llevado por el huracán a través del océano. Las emanaciones enturbiaron la atmósfera y pusieron lágrimas en los ojos, pero no tocaron la vida.

La voz y las manos de Marta golpeaban en su puerta. Ambos esposos entraron acompañados de la señora Brown, que se veía muy afectada, y, por primera vez, Vicente abrazó a Clara como un viejo amigo.

Fanny, ya repuesta de sus lágrimas, los saludó en silencio, pero con el mismo rostro demudado. La dueña de casa sirvió vodka y luego tomó asiento, mientras interrogaba a sus visitantes.

El asunto era semejante al relato de Fanny, pero aumentado por la incertidumbre que provocaba la falta de mayores noticias y detalles. Después de un momento y para alejar el tema de la angustia de la muchacha, Clara se refirió al artículo leído la noche anterior y a su negativa en recibirlo. Aquella misma tarde, Wang Te-en había venido a retirarlo y ella le expresó sin ambages las razones de su negativa, lamentando el hecho de una publicación en ese tono. El intérprete se mostró sorprendido y cauto; agregó

solamente que se trataba de "trabajos pagados", y guardó los papeles.

Cuando terminó de hablar, Marta refirió que también a ellos les llegó aquel artículo días atrás y también con el mismo resultado negativo.

- —Tememos que éste sea el principio de incalculables molestias y pesares.
- —Afortunadamente todos nos iremos pronto —exclamó Fanny.
- —Es de esperar —murmuró la señora Brown, tristemente.

Y su frase expresaba nada más que eso: tristeza. Jamás nadie oyó de ella una queja o una crítica hacia el país al cual llegara doce años atrás. Por el contrario, llamaba a los alumnos "mis muchachos" y seguía como propios los éxitos o errores del Gobierno. Doce años dedicados a la enseñanza de una generación que amó entrañablemente y los últimos de su marido. Doce años mirando construir a esa gente un nuevo país, y dentro de los doce años los diez de sus hijos y el tiempo a la espera de un permiso para llevarlos a su patria, un permiso que tardaba, se tramitaba y cambiaba de manos, semana a semana.

Clara observaba sus movimientos un poco cansados y la oía recordar Inglaterra con una nostalgia por su tierra que le producía algo de miedo, miedo de experimentar un día el mismo sentimiento.

Estiró el brazo y golpeó tres veces en la mesa de madera que tenía a su lado.

"Confiemos en la suerte. La suerte —pensó, echando una mirada a sus amigos—, la suerte y el destino."

—Ustedes se van, yo me quedo —contestó a la muchacha en voz alta.

Conversaron unos momentos y luego Fanny se levantó para irse. Parecía más tranquila y les tendió su mano con agradecida expresión. Besó a Clara y se mantuvo un instante unida a su cuerpo como una criatura.

Después que se marchó, todos se miraron entre sí durante varios segundos y Marta levantó sus ojos mostrando dolor y fastidio. Dos voces prevalecían en el hotel; voces que expresaban actitudes opuestas: responder violentamente sin detenerse en consideraciones de ninguna especie, o calibrar, pesar cada movimiento, teniendo en cuenta que de ellos dependía la paz, es decir, la vida. No había eco oficial en ningún sentido, porque el Gobierno chino se mantenía, aún, a la espera. Esa noche, al salir del comedor, alguien entraba agitando una última noticia y cuando los vio pasar pronunció en tono agudo la palabra "debilidad."

Clara no se movía, estaba serena. Pensaba que toda aquella fuerza, aquel estallido, generaría la corriente necesaria para mostrar hombres y situaciones. Estaba serena y volvía a sentirse dueña de sí como no lo experimentara todavía a lo largo de esos meses llenos de contradicciones y sorpresas.

Oía a sus amigos y se mantenía al margen de la conversación para oírlos en el pásado. Vicente y su irreprochable honradez, su objetividad y los seis años en China, país que iba a dejar ahora para irse en silencio, sin amarguras, pensando en el futuro. Vicente a quien un día llamara Germán: "enemigo de China".

Germán. Ya no la atormentaba el pasado en su relación actual con él. Vivían un presente, una síntesis; a este contenido estaba sujeto lo que habían sido y eran.

El teléfono interrumpió sus pensamientos y la conversación de los amigos. Levantó el fono. Alguien preguntaba por Vicente. Después de colgar, éste explicó que los citaban a reunión con el objeto de leer la última declaración soviética. La señora Brown se excusó de asistir considerando que se trataba de una reunión de latinoamericanos y, además, no quería estar mucho rato lejos de sus hijos. Marta se puso de pie y Clara los acompañó a la puerta.

Antes de salir, Vicente le preguntó en español y en forma directa, como para agregar algo enseguida:

-¿Estarás mañana con Germán?

-Ya casi no lo veo.

Se miraron un momento, él tomó del brazo a su mujer y echaron a caminar muy juntos sobre la alfombra verde. La inglesa permanecía en el umbral con aspecto cansado y triste:

-¿Tiene hijos, Clara?

La acompañó hasta su departamento y luego bajó al jardín usando la escalera en vez del ascensor. No quería ver a nadie ni escuchar nada más, por esa noche, que se refiriera al conflicto o sus posibilidades de acuerdo. Caminó por el corredor pasando frente a las puertas cerradas de los almacenes y salió al jardín.

Hacía fresco. El otoño secaba el aire y las estrellas se mantenían impertérritas en un cielo sin nubes. El cemento continuaba sobre la tierra bordeando cada edificio de los muchos que constituían el conjunto llamado Hotel Internacional. A esa hora la servidumbre se limitaba a unos pocos empleados instalados en sus banquetas, atentos al paso de los extranjeros. El intérprete de ruso saludaba inclinando la cabeza. Apresuró la marcha al recordar que la relación entre los chinos residentes en el hotel y la gente venida del exterior se limitaba estrictamente al servicio doméstico o al trabajo administrativo. En aquellos momentos, esa estricta limitación parecía una burla.

Iba a paso lento bajo los árboles, cruzándose cada ciertos trechos con soldados metidos en la sombra, inmóviles y vigilantes. Divisó la entrada principal y cambió de rumbo. Prefería no ver detenerse a los automóviles o las personas para mostrar el salvoconducto, verdadero pasaporte administrativo, que les permitiría dejar China en la puerta y entrar en ese reducto extranjero custodiado por soldados y policías. Había hablado de esto con el intérprete al manifestar su deseo de traslado a cualquier sitio en la ciudad, lo más distante del hotel.

—Es vejatorio, Wang Te-en, vejatorio y absurdo, no puedo resistirlo.

—Pero, camarada, es usted uno de los pocos casos de reclamo, casi todos los amigos se muestran felices de las excelentes condiciones en que viven. En cuanto a la vigilancia, sólo tratamos de cuidarlos y velar por vuestro bienestar.

De alguna ventana salían las notas de una melancólica melodía rusa. Desembocaba frente a la pileta llena de pececitos rojos, ubicada en medio de un ancho espacio que tenía a un costado el teatro y al otro un club ahora hermético detrás de su plancha de bronce y su nombre en alfabeto cirílico. Fue a sentarse en un banco de madera, dando la espalda al pequeño cerro artificial cubierto de piedras y arbustos, y levantó los ojos hasta el edificio número dos, que reunía en sus departamentos a todos los habitantes del hotel. La canción rusa había cesado y las persianas cubrían los vidrios en cada piso.

En el azul casi negro del cielo trató de buscar la Cruz del Sur y al sorprenderse en ello pudo reír de ella misma.

Una de las persianas subía de pronto, mostrando el interior de una pieza iluminada que se ofrecía a la vista en la totalidad de la distancia. Dentro de la habitación y de pie en medio de un grupo estaba Germán. El grupo tenía los rostros conocidos de Vicente y Marta, entre el resto de los latinoamericanos. El perfil de Marta aparecía muy quieto, y quietos permanecían todos. Sólo Germán hablaba moviendo la cabeza hacia unos y otros. Desde su sitio bajo el cielo abierto, Clara lo miraba actuar sin voz, agitarse sin gritos, moverse sin ruidos. Sintió disgusto y vergüenza como si lo viera desnudo y a hurtadillas. El hombre se perdía a ratos de la ventana, para irrumpir luego con nuevos y distintos ademanes.

Vicente le oía apoyado en la pared, inmóvil, mientras el resto asentía cada ciertos minutos. Germán se colocaba de cara al jardín, en dramático ademán, y ella pudo observarlo de frente, en forma nítida, recortándose contra la luz, curiosamente igual a la imagen que de él tenía en sus recuerdos; igual, salvo el rostro, que se le esfumaba en la oscuridad de la

noche. Y de pronto otra imagen de hombre lo reemplazaba en sus pensamientos, otra imagen de su misma contextura física, algo semejante en los ademanes y un imponderable pero efectivo parecido. El hombre era su padre.

Germán, aquella vez, se había mostrado algo cohibido al entrar en la sala y ver a la madre de su amiga interrumpir la charla para saludarlo. Parecía un niño avergonzado y Clara sonrió a la señora con un guiño de complicidad. Germán estuvo unos minutos y se marchó pretextando un asunto cualquiera sin explicar el motivo de su visita.

—Me recuerda a tu padre.

Clara no se atrevió a preguntar nada más. En raras ocasiones ella le nombraba y siempre en la lejanía del recuerdo, como explicándose de alguna manera el hecho de haberlo aceptado.

Veía a su padre de pie en la puerta de la casa materna, pálido y enfurecido, y se preguntaba otra vez:

"¿Cómo pudo mi madre casarse con él?"

Y la pregunta no se refería a diferencias sociales y económicas, sino a ese evidente resentimiento de clase desplazada, en ascenso, nunca satisfecha y segura bajo un aparente desprecio por la familia a la cual se incorporara. Desprecio justificado en parte, porque su padre tenía, sin duda, condiciones superiores a la mayoría de sus cuñados, preocupados

sólo de tirar el dinero por la ventana, de vivir en grande y de lamentarse más tarde, frente a él, en su escritorio. Condiciones, sin duda, superiores, pero supeditadas completamente a un extraño y pueril deseo de figuración. Clara no conoció jamás ningún pariente por el lado paterno, salvo la abuela, fallecida en su apartada casa de la costa y a quien recordaba como una amable y silenciosa viejecita. Parecía que su padre no tenía pasado o que éste le provocara malestar o vergüenza. La muchacha resistió esa idea desde su amor infantil seducido por la belleza y el vigor emanados de su padre, pero después, cuando entendió que no se equivocaba, comenzó a despreciarlo. Para ella, acostumbrada a largas temporadas en la hacienda de su abuela, resultaba incomprensible esa vergüenza de su origen de pequeño propietario campesino. No podía comprenderla, ella no veía mayores diferencias, no existían diferencias esenciales entre el recibimiento tributado a los huéspedes en las grandes casas de la hacienda y el recibimiento y la hospitalidad que le tributaba un simple hombre del campo. Y sus mujeres le recordaban a su abuela, tenían la misma austera distinción y en sus rostros teñidos por el sol, curtidos por el trabajo, en sus maneras abiertas, espontáneas, en el amor dedicado a los suyos y en la dignidad, se asemejaban del todo a la vieja señora, aunque ésta fuese imponente

y poderosa. Poseían como ella un espíritu, una clase interior, una común aristocracia.

Junto a esa autenticidad, su padre se movía y actuaba con la impersonalidad y ligereza de un muñeco manejado por los hilos de mil pasiones extrañas. Ya crecida, a Clara le resultaba curioso e increíble oírlo jactarse de su vida y de su éxito. A veces, cuando le era imposible tolerarlo, levantaba los ojos, su mirada iba a cruzarse con la mirada serena de su madre y se apoyaban en silencio sobre la agitación sonora y hueca de sus hermanas y cuñados, añadidos, colgantes, aferrados a los hilos que sobraban de las manos de su padre.

Germán en la ventana volvía la espalda. Clara contempló un rato más los rostros que se movían dentro del cuarto iluminado y se levantó. No quería continuar allí porque no podría apartar los ojos del escenario abierto en la fachada de concreto. Un soldado caminaba despacio en la sombra y ella esperó verlo recibir la luz del farol en algún segundo que alargara el ir y venir de su paseo. La luz cayó sobre un muchacho muy joven, de cara redonda y apacible, quien al sentirse observado giró en sus talones y desapareció tras el cerro. Clara echó a andar en sentido contrario sin levantar, otra vez, su cabeza a la ventana.

Pensó escribir a Javier, pero la idea de soslayar re-

ferencias precisas a todo lo acontecido en esos días la refrenaba y cohibía. Tenía miedo de no expresarse con la claridad deseada, temía mostrar sólo una parte de la verdad, el lenguaje escrito le parecía reducido y precario en ese momento. ¿Tendrían tiempo de ponerse en comunicación? Nada era predecible en circunstancias como aquéllas; los separaba la mitad de la tierra, de una tierra que podría convertirse, de pronto, en una gran llamarada. Y soldaditos como aquél, heroísmos en masa, discursos incendiarios, serían reducidos a partículas, a fragmentos disparados al espacio.

¿Qué estaría haciendo Javier? Eran las doce de un día de primavera en su patria y él trabajaría en su escritorio al fondo del jardín. Junto a Clara pasaron un joven holandés, un matrimonio alemán y otro sueco, charlando a gritos en inglés.

¿Cuántos años después de viuda conoció a Javier?... ¿Cuántos? Tres, y tardaron seis meses en casarse. Javier no hablaba nunca de sí, pero deseaba conocerlo todo de ella. Cuando se sentía acorralado por las preguntas de su mujer, se refería a su vida como a la de un extraño. Hijo único, huérfano de madre, vivía con la abuela materna desde el segundo matrimonio de su padre.

—¿Mi padre? Un buen hombre que disfruta de sus rentas en Europa. No conocí a mi madre, ya verás

su retrato, llena de alegría, hermosa, como para vivir mil años... ¿El resto de mi familia? Efectivamente son restos. No los veo; si no se puede conversar con alguien, peor es mirarle la cara.

Tampoco ella alcanzó a conocer a esa abuela. Murió meses antes de encontrarlo y sólo intuyó algo de su personalidad a través de la casa, cerrada mientras Javier se instalaba en otro sitio y retiraba de ella muebles, cuadros y recuerdos que deseaba conservar. Muebles, menaje y adornos traídos de Europa en la opulencia y un poco abandonados más tarde. De su fortuna casi agotada, el nieto recibía cierta cantidad al año que, agregada a su sueldo, les permitía un mediano pasar.

Caminaba frente a la policlínica y a su enseña iluminada de la Cruz Roja, junto a la puerta entreabierta. Por una de las ventanas divisó a la enfermera de turno sacar jeringas y agujas del recipiente en que hervían. No se veía a nadie más en las piezas semialumbradas. El médico dormitaría en alguna camilla y los balones de oxígeno, el estetoscopio y los calmantes estarían preparados para un caso de emergencia, porque la mayoría de los súbitos malestares nocturnos provenían de estallidos nerviosos, motivados por "sequedad del aire, falta de líquido en el organismo, exceso de trabajo", únicas explicaciones posibles de acuerdo al criterio médico del hotel.

Empezaba a correr una ligera brisa helada que trataba de arrastrar consigo las últimas hojas de los árboles. Las estrellas continuaban impertérritas en el fondo azul del cielo.

El recuerdo de Javier terminaba de calmarla. Pensaba en su apacible tranquilidad para acercarse a hombres y acontecimientos, preparado, a la espera de cualquier respuesta o circunstancia, sin angustias ni reproches. Nada parecía extrañarle demasiado. Cuando supo la reacción de su futuro suegro frente al matrimonio de la hija, cuando alguien repitió en su oído los epítetos y las opiniones vertidos por Miguel, ni siquiera se molestó, nada dijo a Clara y mantuvo su reserva hasta que ella misma, en un arrebato de cólera contra su familia, los repitió enfrente suyo.

- -No puede ser hoy de otro modo.
- —Pero es mentira —afirmó su mujer con lágrimas de impotencia en los ojos.
- —Para Miguel, para muchos, puede no ser mentira. Es la tragedia de los distintos lenguajes, de las distintas maneras de mirar el mundo, las consecuencias de amarrarse interior y exteriormente.

Y acercándose a Clara, que lloraba, le acarició la cabeza:

—Ya pasará, démosle tiempo.

Pero Clara lloraba después de oírlo sin ira, con tristeza, sintiendo que lo hacía frente a un mundo sordo, y lloraba porque ese mundo le pertenecía, envolvió su infancia, su abuela y su madre muertas, la inmensa hacienda perdida, rematada públicamente muchos años atrás; su esposo detenido en el tiempo a los veintiséis años, y sus rebeldías, ambiciones y proyectos. Nadie tenía derecho a adueñarse por completo de ese mundo, ya fuera para rechazarlo en absoluto o cerrarlo, reservarlo para sí. Ella lo llevaba consigo, estaba en cada una de sus pinturas, era el apunte permanente sobre el cual apoyaba trazos futuros, imágenes, tonos; usado como usaba la luz en sus telas, no para establecer contrastes dramáticos, sino para sugerir transparencias.

Lloró mucho rato apoyada en Javier, solos en el escritorio, donde se reunían cada tarde cuando el día se apagaba en el taller.

Llegaba frente a la puerta de batientes que abría el edificio número dos. Nadie hablaba o se movía a lo largo de su vista por el camino de concreto. Excepto algún soldadito inmóvil en la sombra, impersonal dentro del uniforme, estaba sola, sola de veras, física y moralmente. Para la mayoría de los habitantes del hotel ella era una desconocida cuyo nombre no importaba y quien, tal vez, había dejado América huyendo de alguna difícil situación económica o política. Criterio más o menos general para juzgar a la mayoría de los latinoamericanos, y no sólo por

parte de estos mismos, sino por parte de los propios chinos.

Wang reparaba en el gran brillante de su dedo llevado una tarde a un banquete. La joya despedía luces y resaltaba en su mano izquierda.

—¡Qué buena imitación! —había exclamado el intérprete, inclinándose a mirarlo.

Ella tuvo un movimiento de sorpresa; el anillo fue el regalo de su madre al casarse quince años atrás, joya recibida, a su vez, de la abuela cuando la nieta nació, y que ella prefería entre todas.

-No es imitación -dijo muy tranquila.

Wang pasó los ojos del brillante a su rostro con expresión sorprendida.

—Tiene que ser imitación.

Tenía que serlo o Clara se transformaba, a su juicio, en un personaje extraño, posible y encubierto enemigo; porque joyas así eran los adornos de una clase obligadamente antagónica, sin conciencia, defensora de sucios intereses moribundos. ¿Habría podido hablar a Wang, hacerle comprender el presente y mirar serenamente el pasado, llegar a las cuerdas vocales y entenderse? "No, y no puede hoy ser de otro modo."

—Ya pasará, démosle tiempo —dijo en voz alta, sintiéndose rodeada de silencio y soledad, pero sin

angustia de ninguna especie, completamente en calma.

Entró al edificio y la puerta de batientes se agitó durante unos segundos. Hizo una inclinación de cabeza a la muchacha del ascensor y tomó la escalera. Antes de llegar a su departamento pasó frente a las habitaciones de Fanny.

"Ojalá se haya dormido." Pensaba con piedad en su llanto, su miedo y en las frases expresadas a medias.

Algunas palabras carecían de sentido humano y lógico, transferidas, tal vez, desde la prehistoria. Darle también al hombre tiempo para arrancar de su vocabulario esas palabras revolcadas en odio, sangre, intereses y miedos, entre ellas la peor: guerra.

El empleado sobre la banqueta se levantaba, saludaba y volvía a sentarse. Contestó sonriendo y abrió la puerta. EL MIEDO mantuvo en el aire largas horas de espanto, horas que aceleraron por minutos y segundos la palpitación del mundo. El desconcierto y la incertidumbre acerca de los últimos acontecimientos internacionales, acrecentados por la falta de noticias inmediatas, se convertían en opiniones tan variables y ligeras como el viento de ese otoño.

La gente del Hotel Internacional perdía la compostura y se interrogaba a gritos por los pasillos, gritos que rebotaban en el silencio oficial del Gobierno. Silencio que se llenaba de conjeturas, peso y medida para todas las posibilidades y todos los temores.

Y por fin se supo que el gran peligro había pasado.

Clara salió de su cuarto al enterarse y entró al murmullo general, cuyo centro de tonos provenía del comedor. Allí se agrupaban las distintas opiniones, ocupaban sitios y se apoderaban de los distintos grupos, ascendiendo desde la simple y elemental curiosidad de algunos, hasta las arengas encendidas y dramáticas de otros. Había de todo, pero la voz más potente y atronadora sonaba por la boca de ciertos "héroes" llamando a extinguirse con la humanidad y a dejar clavada sobre un mundo en cenizas la bandera de sus principios. Clara se preguntaba al escucharlos si ellos también deseaban sumarse al holocausto. Voces que se transformaron en alaridos cuando el Gobierno chino salió de su silencio.

Para Clara comenzó, entonces, un período de intensa actividad, que ella aceptó llevada por el entusiasmo de ver esfumarse la presencia de la guerra sobre América y el mundo, y también, por lo inusitado, lo plástico y emotivo del espectáculo. Comenzaron las demostraciones en masa, el país entero se echó a la calle, mientras la radio, los altoparlantes, diarios y revistas expresaban su apoyo al Gobierno cubano. Clara asistió una tarde a la manifestación popular efectuada frente al edificio ocupado por la Misión Diplomática de aquel país, y contempló el desfile de cientos, miles y millones de hombres, jóvenes y pioneros, desfilando en perfecto orden, entonando estribillos en chino y español, entre ellos grupos de muchachos disfrazados de víctimas y opresores, de buenos y malos. Pekín entero desfilando ante el personal de la Embajada de pie, emocionado, estrechando manos, contestando saludos, mientras las cámaras fotografiaban, filmaban, televisaban. La columna

interminable se detenía gentilmente sólo a las horas de almuerzo y comida para que la Misión pudiera recuperar fuerzas y continuar.

Conducida por Wang, caminó entre la muchedumbre cuando ya el automóvil no pudo avanzar. Disminuía sus pasos y observaba los rostros detenidos o en marcha por calles y avenidas. Las banderas rojas en sus largas astas de madera eran como otro mundo, otra multitud encendida y desafiante, sobre la expresión afable y tranquila de sus portadores.

Durante la manifestación estuvo con Vicente y Marta, ambos un poco retraídos, silenciosos; con Fanny, de nuevo alegre, riendo como una niña, y Tulio, alerta, expectante. El resto de los latinoamericanos se agrupaba en torno a Germán, cuyos gestos estaban ahora revestidos de firme autoridad. Clara ya no sufría alteraciones cuando lo encontraba a la distancia de un saludo e inclinaba la cabeza tranquilamente, sin interrumpirse en lo que estaba. Asistió más tarde, acompañada del intérprete, a mítines públicos y reuniones. El hotel se movilizaba para estos actos casi en su totalidad. Divisó de lejos a la señora Brown en su traje de luto y su cuello blanco, notoriamente envejecida. Clara pensó que tenía aspecto triste y cansado. ¿Cómo iría el asunto del permiso?

En estas reuniones, jamás ocupaba un sitio junto a sus amigos, por lo cual una noche llegó hasta ellos y se instaló a su lado, sin prestar mayor atención a los reclamos del intérprete. Vicente parecía abatido, y Marta, siempre apacible, lo tomaba cariñosamente del brazo. En voz baja, mientras el alcalde de la ciudad leía un discurso inflamado, Clara recibió una respuesta dada a medias:

—Por desgracia, esto no es sólo apoyo a una causa. Ya hablaremos más tarde.

Wang insistía en buscar las ubicaciones señaladas en la invitación, y su molestia era tan evidente, que ella se puso de pie para despedirse del matrimonio. Antes de retirarse notó, llena de sorpresa, que Wang les daba la espalda sin inclinar siquiera la cabeza.

-Nos veremos pronto.

Efectivamente, esa misma noche, después de llegar al hotel, fue hasta el departamento de sus amigos. Marta preparó café y dispuso galletas y dulces. Ya no bordaba.

Durante un rato ninguno de ellos habló y Clara pudo mirar con mayor detención los cartelones de corridas de toros en las paredes, el perfil hermoso y enérgico de Dolores Ibarruri bordado en seda, la pandereta, el mapa de España y, en sitio aparte y especial, el retrato de la hija, sonriendo con la sonrisa de Vicente. Y pensaba en la vida y la suerte de la pareja. El joven abogado republicano combatiendo hasta la última esperanza en Alicante, y Marta a

los dieciocho años abandonándolo todo para embarcarse junto a él hacia el exilio. Penurias mezcladas a la felicidad de sobrevivir y caminar unidos. Fichas en los puertos de policía internacional; fotografías, datos, gritar y repetir su nombre español, edad, profesión, destino.

Rara vez hablaban de eso, pero Clara había oído detalles y referencias con los cuales fue construyendo en aquellos meses una imagen de ambos completa y heroica. Y por fin la Unión Soviética, la posibilidad de hogar y de trabajo, pero por corto tiempo. La Segunda Guerra llegó hasta las puertas de Moscú y ellos recibieron orden de marchar con su hija y los hijos de los defensores hacia el interior, hacia el frío y la inmensidad de la Siberia, para organizar escuelas, levantar paredes, enseñar. Estas imágenes recogidas por Clara tenían el sabor del esfuerzo, el esfuerzo de la leña tumbada a golpes de hacha por el brazo del hombre, unidas a la fe más absoluta en el futuro, al optimismo y la alegría.

—Vivir es aceptar de buen grado lo que venga —decía Vicente.

Lo decía aun cuando sus ojos trataban de mirar al oeste sobre Europa. España, la nostalgia de España llevada a Orán, Francia, la Unión Soviética, China; larga nostalgia de veintidós años, prolongada como un lamento mudo ante las fronteras de la patria cerrada para ellos. Pero españoles siempre, hablando francés o ruso, acogiendo en su casa europeos, asiáticos, africanos o latinoamericanos; española su hija, nacida en Moscú. Españoles preparándose ahora para volver a Europa. Clara en su compañía se sentía más fuerte y más serena.

—Es penoso todo esto —dijo Vicente de pronto—; comienza una etapa dura y amarga.

Y Clara oyó en voz alta lo que se había dicho en voz baja aquellas últimas semanas, pero en forma más explícita, lógicamente conectada a la realidad anterior del país; porque sin esa realidad anterior no existía explicación posible ante el nacionalismo extremado, el orgullo racial, la cautela frente al extranjero, cautela indiscriminada. Cien años de vejaciones, sufrimientos, ira, resultaban difíciles de superar racionalmente.

—Es tarea de los gobernantes la de buscar hoy el equilibrio y la medida, hoy más que nunca, pero el camino es largo y el atraso de China inmenso todavía. Temen que el ruido de ciertas palabras haga bambolearse la piedra y el hierro de su economía. Y las palabras carcomidas y peligrosas llegaron siempre ocultas detrás de los dientes extranjeros. Extranjeros ahora aceptados por imposición de la necesidad, pero mantenidos de lejos, en cuarentena,

bien alimentados, vestidos, paseados y vigilados, acogidos hasta el límite exacto del sentimiento.

Sentada frente al matrimonio, Clara guardaba silencio; demasiado bien conocía ya el asunto.

Vicente bebió un trago del vaso que apretó después entre las manos.

—Hemos seguido durante seis años la trayectoria de una amistad que comienza a convertirse en tragedia. Pero hay quienes, llegados ayer, no reparan en el drama que representa la ruptura de esa amistad, amistad a la cual se acogieron millones de chinos; olvidan, además, a cientos y miles de jóvenes educados en la Unión Soviética, país que ellos aman, naturalmente, algunos incluso casados con rusas; olvidan, sobre todo, que se pliegan a un mal momento, momento que mañana se habrá olvidado.

Era la primera vez que ella lo veía algo alterado.

—La frágil condición humana de estos nuevos cruzados, héroes modernos de fuerte aliento para atizar el fuego, que se calentarán las manos y lucirán hermosos y geniales a su lumbre. Los mismos que mañana irán a sus países a usufructuar de las revoluciones efectuadas por otros.

Marta levantó una mano como para añadir algo y luego la dejó caer sobre la falda. Clara recordó, al observar su gesto, cuánta angustia le producían anteriormente hechos y hombres a los cuales miraba hoy de frente y sin miedo, sin sorpresa, a conciencia de su relación con ellos.

Detrás de la cabeza de Vicente y sujeto a la pared por pequeños clavos estaba el mapa de España. ¡Cómo desearía él regresar! Borrar en medio de los suyos todos los momentos ingratos y conservar para siempre todo lo positivo, lo enriquecedor, la experiencia aportada a su vida durante esos seis años. ¡Cómo desearía regresar! Regresar a su mar Mediterráneo, sistema circulatorio de una cultura sobre la cual ellos tres se apoyaban. El hombre se inclinó a tomar el vaso, y España, con sus provincias en rojo, verde, amarillo y azul, se hizo presente a sus espaldas.

Clara vuelve a repetirse obsesionada:

"¡Cómo desearía regresar!" La frase estalla dentro de ella y frente a sus ojos se altera la ubicación de los colores en el mapa; las costas se afinan en un extremo, el centro se rellena de verde, se dilata, y el mar parece recogerse para dar cabida a un continente. Y de los colores, a la piel dura y brillante del ganado mansa al tacto, al olor de la tierra húmeda y fragante hasta la cordillera, a la carne del mar deshaciéndose entre los dientes con sabor a yodo y algas.

Golpea la sangre en su garganta y dice fuerte:

-¡Regresar!

LA EUFORIA de los primeros días disminuyó posteriormente de tono, pero sólo hasta el punto exacto de no perturbar el trabajo y el orden afectados por el entusiasmo popular lanzado a la calle desde fábricas, comunas, escuelas y universidades. Ese punto establecía manifestaciones en recintos cerrados con asistencia del Gobierno, creación de música, grabados y cuentos, cartelones y proclamas en las paredes, ojo avizor a la prensa sobre cualquier noticia que trajera el cable, conferencias y exposiciones.

Otra vez todo en calma dentro del hotel, Clara retornó a sus paseos por la ciudad y comenzó a comprar artículos y comestibles para su vida diaria, en los almacenes populares. Era la forma de obligarse a escapar de las tiendas destinadas a extranjeros y de mezclarse, aunque fuera aparentemente, al pueblo pekinés. No tenía tropiezos con los vendedores y éstos se mostraban encantados de atenderla. Como le sucedía siempre, compradores y vendedores la

obligaban a colocarse en un sitio de preferencia y todos juntos la interrogaban con palabras y gestos sobre aquello que buscaba. Clara salía de estas aventuras un poco anhelante y deseosa de conocer el idioma. A veces, cuando la comprensión tardaba, el hombre o la joven colocado tras el mostrador sacaba un papel y escribía algunos jeroglíficos que luego colocaba ante la mirada redonda de su cliente. En un principio ella no entendió el motivo de esa escritura, pero después se enteró de que el principal medio de comunicación para los setecientos millones de seres diseminados por el inmenso país y para sus innumerables dialectos era ese alfabeto común o ideográfico. Y si los jeroglíficos les servían en Cantón, Shanghai, Hangshow, bien podían servirles con una extranjera.

Solía dejar el bus en Wang Fu-ching, cerca de la Avenida Chan An, y permanecía largo rato parada entre las dos calles, observando el movimiento comercial de la ciudad. A su derecha se levantaba el Hotel Pekín, construido tres veces, uno junto al otro, hasta el último, edificado pocos años atrás, confortable, suntuoso y moderno.

Esa tarde esperaba el gesto del policía para cruzar la avenida y coger la calle próxima, camino al más abigarrado y hermoso de los mercados, el Mercado del Jade, cuando sus ojos cayeron sobre una abuela

y su nieta al lado opuesto, esperando el mismo gesto del policía. Y abuela y nieta adquirieron, de pronto, frente a Clara, relieve inusitado; la anciana, vestida con su típico traje azul, chaqueta y pantalón, sombrero de terciopelo negro y zapatos semejantes a diminutos muñones de algodón, se aferraba al brazo de la niña, como perdida en medio del movimiento, las voces y la gente que transitaba por las aceras y las calles. Pequeña y frágil, casi de la misma estatura de la nieta, parecía aún más pequeña al otro lado de la avenida, mientras lanzaba sus ojos a través del concreto, sobre ese mar de esfuerzo y rapidez. Mar de esfuerzo para sus pies deformes, rota la estabilidad del cuerpo, perdida la agilidad de movimientos, a consecuencia del vendaje. Era un espectáculo corriente ver a esas mujeres atravesar la calle sostenidas por el brazo del hijo, del nieto o de cualquier transeúnte, siempre asustadas y aturdidas.

El horror del vendaje cobraba su verdadera dimensión en aquella moderna avenida construida en varios pisos, llena de ruidos, automóviles, buses y troles. Y aunque la costumbre del vendaje fue proscrita oficialmente durante la guerra civil, ésta representaba aún la esencia del espíritu feudal con todo su espanto y su atraso.

El contraste entre abuela y nieta era tan enorme, tan conmovedor, que Clara no podía apartar de ellas su mirada. La muchachita, no mayor de quince años, observaba tranquilamente al policía y de vez en cuando decía algunas frases a la anciana aferrada a su costado.

El policía dio la autorización y ambas echaron a caminar. La nieta ajustaba sus pasos a los pasos vacilantes de la abuela y le hablaba sonriendo. Se cruzaron con Clara, que apresuró la marcha, alcanzó la acera opuesta y se detuvo a observarlas todavía. Frente a un letrero la muchachita leía para la anciana los jeroglíficos escritos entre puntos exclamativos. Esa muchachita que en su primera infancia pudo ser vendida o eliminada, de acuerdo entonces a la miseria, el atraso y el desprecio a la mujer. Fanny le había llevado una noche la composición de un alumno que recordaba a su hermana vendida en el pasado, para mantener con ese dinero al resto de la familia durante unos meses:

"¿Qué será de ella? ¿Vivirá? Ojalá pueda ver hoy día el cambio de China."

Recorría esta vez otro mercado, el Tungan, y sus callejuelas interiores de pavimento alterado por los años, sus tiendas de todas clases, la librería de viejo y sus ediciones extranjeras en donde encontraba a jóvenes y ancianos registrando con ternura libros

en inglés, francés, ruso y alemán; las destartaladas galerías de réproducciones y afiches mostrando niños, dragones, princesas, pájaros, flores, montañas y héroes populares, cuando en una de esas galerías, y descendido del cielo, descubrió a Sung Wu-kun, el Rey Mono, antigua personificación del valor y la astucia. Después de comprar el cuadro caminó hacia Wang Fu-ching y al cruzar una de sus puertas se encontró con Fanny y Tulio, ambos asidos de la mano, riendo y conversando fuerte.

Para no interrumpirlos, levantó en dirección a ellos su brazo, mientras seguía de largo y apresuraba el paso; pero los jóvenes corrieron detrás suyo hasta detenerla en la acera, uno por cada lado.

-¿Viene con nosotros?

No podía defraudarlos y Clara aceptó ir hasta el departamento de Tulio en Bellas Artes, distante un par de cuadras, a tomar una taza de té.

El Instituto de Bellas Artes estaba situado en una estrecha calle paralela a Wang Fu-ching y constaba de varios grupos de edificios antiguos, colocados frente a grandes patios de tierra. No seguían la arquitectura china y, al entrar, una pequeña garita registraba los nombres de todos los visitantes ajenos a la institución.

"Pobre Fanny", pensó jocosamente Clara.

Fueron a las dos habitaciones del muchacho, dor-

mitorio y recibo, en donde éste se dispuso a preparar té, acompañado en su menesteres por las manos diligentes de Fanny. Una enorme fotografía de Bogotá cubría buena parte de la pared situada junto a la puerta; un sombrero de guajiro y un machete colgaban del perchero; sobre una mesa baja dos mates uruguayos, y junto a la cama, perfectamente visible desde la sala, el grabado de aquella plaza de la infancia, aparecido en una revista norteamericana.

El encuentro con su trabajo de tantos años atrás abrió paso en Clara a recuerdos y emociones sacudidos de pronto: el rostro de Javier la noche que se conocieron en una comida de Año Nuevo; las horas en el taller de grabados, inclinada sobre el mesón y las planchas de cobre, el esmeril y el bruñidor; la caja de granear, el tórculo y el cuarto del ácido, en donde el azar jugaba también su papel. Las figuras de sus compañeros metidos en los delantales negros, atentos y anhelantes, cada uno responsable directo de su propia obra personal.

Lo llamó "Plaza de la Infancia" espontánea e inconscientemente al verlo terminado. Aquella soledad cortada por caminillos casi en cruz se remontaba a su niñez junto a Frau Klamer, a los paseos efectuados en su compañía y a la dificultad del paisaje frente a su vocabulario duro y extraño. Tenía algo de sueño

inconcluso, continuado más tarde a través de muchas noches en su juventud, inconcluso todavía.

Mientras lo contemplaba pensó con repentino espanto en su trabajo detenido y en lo violento que le sería retomarlo, porque sería, en cierta medida, comenzar otra vez, incorporar elementos hasta ayer desconocidos, hechos exteriores y también nuevos y sorprendentes aspectos del ser humano.

Fanny le ofrecía té y galletas, que recibió en silencio, súbitamente entristecida.

A pesar de las ventanas estrechas, los dos cuartos no eran oscuros y sus paredes devolvían con blanca intensidad la luz del día. En un rincón, sobre varios libros amontonados, la radio y un tocadiscos se equilibraban de manera peligrosa. Una cama de madera, bastante angosta, hacía las veces de otro sofá. La miró pensando que igual a ésa deberían ser todas las camas de los jóvenes chinos; lechos sin espacio para fogosos sueños, de los cuales se levantaban por las mañanas para vestir la chaqueta azul, salir hacia el estricto cumplimiento del deber y hacia la emulación del soldadito aquel, reverente y entregado.

Clara sonrió para sí, recordando las bromas que solía hacerle a Wang:

—¿Cómo está la novia?

Y el disgusto de éste y su contestación inmediata:

—No tengo tiempo para eso, camarada.

No tenía tiempo para preocuparse de sentimientos menores, frívolos, que le hubieran restado horas dedicadas a la patria. Observaba su comportamiento en relación a las jóvenes que pululaban en los cines, los teatros y también en relación a otras intérpretes, compañeras suyas, atractivas y graciosas. Pero jamás sorprendió en Wang un espontáneo gesto de interés, ni siguiera una mirada de soslavo. El trato con ellas era de compañero a compañero, porque el sexo no debía ser problema para nadie, no debía preocupar a nadie, no tenía cabida en un horario de trabajo. Cuando el intérprete dejaba entrever estos conceptos, Clara sentía deseos de hacerle una pregunta bastante brutal, pero se contenía; frente a tal pregunta Wang no se hubiera repuesto fácilmente. Y, sin embargo, ella sorprendió durante sus paseos por la ciudad algunas parejas amorosamente escondidas bajos los árboles de un parque, como en cualquier país del mundo.

Mientras Clara bebía té metida en sus reflexiones, Fanny, inclinada en un rincón, buscaba un disco. Tulio se acercó a ella y puso la cara junto a sus cabellos, aparentando deseos de ayudarle en la elección, pero sus labios corrieron hasta la oreja adornada con un pendiente de jade y susurraron algo en un murmullo. Fanny soltó la risa y el disco y fingió darle una palmada en la mejilla. Riendo todavía,

se sentaron en la cama mirando a Clara, cuyo pensamiento oscilaba, al contemplarlos, de Wang a Tulio. El muchacho no soltaba la mano de Fanny y sus ojos y su boca tenían una expresión picaresca y ávida. La camisa entreabierta bajo el cuello mostraba el comienzo de una ancha zona de vello oscuro, y los músculos de sus piernas parecían comprimirse dentro del estrecho pantalón. Todo él expresaba alegre y despreocupada animalidad.

—Usted compró algo —dijo la muchacha, levantándose—, siempre adquiere cosas bellas.

Libertó su mano de la fuerte presión masculina y señaló el papel conseguido esa misma tarde en la casa de reproducciones y afiches.

- -Míralo si quieres.
- -¡Sung Wu-kun!

Volvía el cuadro hacia Tulio, desplegado en su totalidad.

—¡Sung Wu-kun! —repitió éste—, encarnación de la lucha contra la tiranía y las dificultades.

Y hablaron con entusiasmo de aquel personaje fabuloso, creación de Wu Cheng-en, escritor del siglo XVI, y uno de los personajes populares más queridos de la literatura china; nadie como el Rey Mono encarnó, ante el campesino oprimido por el señor feudal, ese espíritu rebelde y ágil, alegre y pícaro, necesario para enfrentar dolores y crueldades. La as-

tucia incorporada a la moral del vasallo. Personaje fabuloso, universal, semejante a todos los héroes de leyenda.

Clara buscaba, entretanto, algunos de los trabajos de Tulio y sólo encontró la cabeza de una mujer modelada en cerámica y puesta sobre un pie de madera y ladrillos.

-Hablé de ella, ¿recuerda?

Salvo unos dibujos de flores pintados a la manera tradicional, nada más hecho por él mismo tenía en su departamento. Junto a la cabeza de cerámica había un folleto de portada roja y amarilla cuyo título acaparó la atención de Clara. Demasiado bien lo recordaba y demasiado pronto se difundía. Tomó el folleto y leyó algunos párrafos. En nada se alteraba el texto de aquel otro que Wang le llevara una tarde y que ella rechazara en forma categórica; pero ahora impreso en buen papel, bien diagramado y corregido.

—¿Cómo lo obtuvo? —preguntó al muchacho.

Antes de que éste contestara, Fanny se adelantó diciendo:

- —Se lo traje yo.
- -¿Tú?
- -Germán lo repartía en el comedor.

Mientras hablaba, los ojos de Fanny reían irónicos. Clara miró a los dos muchachos, miró la portada roja y amarilla repitiéndose mentalmente: "Germán lo repartía en el comedor", y enrojeció de vergüenza.

—Le mostraré el taller —dijo Tulio caminando a la puerta, después de hacer un gesto de reproche a su amiga.

Debieron cruzar otro patio encuadrado por el pequeño comedor de los becados extranjeros y por la cocina, dentro de la cual se divisaban el gorro blanco y la gruesa figura del cocinero: "Suelo entrar a robar algo y se muere de risa", para llegar a un largo pasillo que se extendía bajo un techo apoyado sobre ligeras columnas de madera. Mientras el muchacho sacaba las llaves frente a una puerta, Clara observaba la escultura de una mujer en actitud de avanzar: busto desafiante, bandera desplegada en la mano derecha, mano izquierda echada hacia atrás, cerrado el puño. La escultura era semejante a todas las esculturas, estatuas y cartelones ofrecidos al público en sitios cubiertos, en parques y jardines. Estatuas y cartelones que mostraban en forma demasiado obvia la imposición de un objetivo.

El taller, provisto de una estufa a carbón, mesones, cartulinas, un estante para libros y útiles de trabajo, pisos, reproducciones de Picasso, Braque, Shi Pai-shi, en las paredes, pinceles y tintas, podría ser el estudio de cualquier artista en cualquier parte del mundo.

Bebieron vino ruso de uva ofrecido en triunfo por el dueño de casa y luego éste procedió a mostrar algo de lo que estaba haciendo: cacharros en colores maravillosamente combinados, caballos, jabalíes, camellos, figuras humanas, trabajados con una técnica perfecta que les confería un aspecto completamente similar al de las figuras o cacharros milenarios admirados detrás de las vitrinas en el museo. Y en papel de arroz, ejercicios de pintura china, bastante libres, aunque siempre dentro de sus leyes.

Tulio, de pie junto a Clara, contó que había logrado, por fin, quedar libre de asistir a clases después de dos años como alumno en Bellas Artes. Años divididos en meses y meses pintando un pájaro, una flor, una montaña o un insecto; meses y años para adquirir el dominio perfecto en el trazo, la perfecta seguridad en el pulso, el ojo perfecto para las proporciones. Tuvo un compañero que al cabo de un tiempo estaba desesperado; no podía dormir o lloraba en sueños, enflaquecía, se le agarrotaban las manos en los pinceles; principió a odiar sus elementos de trabajo, a temblar cuando entraba en la sala de clases y a ponerse agresivo con sus profesores. Finalmente debió marcharse.

Clara, que examinaba una inmensa vasija mientras Tulio terminaba su historia, divisó, de pronto, en un rincón, algunas telas vueltas a la pared.

-¿Puedo verlas?

Levantó una de ellas hasta sus ojos y se quedó perpleja. La tela, trabajada en empastes negros y grises, tenía a un costado una mancha estallido de color amarillo, de textura muy elaborada con estrías verdes, mancha que al resaltar sobre los empastes negros y grises parecía una flor abierta en medio de la noche.

- —¡Pintura abstracta!
- —Pintura abstracta —repitió Tulio, cogiendo la tela—; si no abría esta válvula a mi trabajo me volvía loco.

Dejaron el taller casi de noche, pasaron frente a la escultura de busto desafiante suavizada por el crepúsculo, y Clara caminó junto a sus amigos hasta la salida y un paradero de taxis. Besó a Fanny y estrechó la mano de Tulio agradecida por la tarde y la compañía.

Mientras regresaba al hotel, la frase del muchacho rebotaba contra las repetidas imágenes de la mujer y el hombre desafiantes, las banderas, el puño cerrado: "Si no abría esta válvula a mi trabajo me volvía loco". Ni positiva ni práctica resultaba, al fin de cuentas, cualquier imposición en el terreno creador.

Una tarde regresaban Germán y ella de un té ofrecido a escritores y artistas por la Asociación de Ar-

tistas Chinos, durante el cual ambos ocuparon asientos contiguos entre el secretario político de la institución, un viejo dramaturgo, y sus respectivos intérpretes. La reunión se efectuaba en el comedor de un gran hotel y en mesas dispuestas frente al escenario donde se proyectaría más tarde un documental sobre el país. Los empleados atendían con el esmero acostumbrado y las bandejas circulaban llenas de exquisiteces.

Germán hablaba entusiasmado de la última obra teatral y de su magnífica escenografía, mientras Clara observaba al viejo dramaturgo, que, mientras Wang traducía, rodaba entre los dedos un par de nueces brillantes por el uso y el roce de la mano. "Ejercicio tradicional contra la artritis", explicó el intérprete. La edad del hombre oscilaría de los sesenta a los setenta años. Wang traducía entonces palabras de admiración y respeto sobre todo aquel grupo de artistas que se incorporó al futuro poniendo para ello su obra y su talento al servicio de la Revolución.

En tanto que Germán se inclinaba repitiendo sus elogios frente al dramaturgo, en el recuerdo de Clara palpitó un nombre hoy enmudecido, el nombre tal vez más famoso y prestigiado internacionalmente entre las inteligencias que lucharon y sufrieron por esa Revolución. En voz alta preguntó por Tin Lin.

La sonrisa desapareció en el rostro del secretario, el viejo escritor permaneció imperturbable y Germán arrojó sobre ella una mirada llena de reproches. La respuesta vino de labios del representante político. Tin Lin, perdido su prestigio popular después de unirse a una camarilla antipartido, vivía en algún lugar del país, rechazada por la intelectualidad y el pueblo.

Clara miró el rostro violentado del secretario, oyó el tono reprobatorio de Wang y decidió callar.

Cuando el intérprete los dejó en el hotel, Germán expresó su desagrado por aquella innecesaria falta de tacto:

—Sabes perfectamente que Tin Lin fue sancionada con justicia por su actitud negativa frente a muchos aspectos convenientes y necesarios para la marcha de la Revolución, por su actitud negativa frente a las tesis revolucionarias sobre el arte y la literatura, por su actitud, además, individualista y vanidosa.

—Para mí no son tesis revolucionarias —dijo ella, interrumpiéndolo—, sino monstruosas tesis oficiales que limitarán y esterilizarán el arte durante largo tiempo; pero detengámonos aquí y dejemos el trabajo de superarlas a la juventud china, que lo hará tarde o temprano, y contéstame ahora a una pre-

gunta: ¿Te sientes con autoridad para juzgar un caso como éste?

- —¿Autoridad? La suficiente para señalar lo positivo y lo negativo en un momento dado.
- —¿Crees?... Tú y yo y todos los que vivimos y disfrutamos de una vida absolutamente ajena a la realidad del país; tú y yo, que podríamos, incluso, opinar en distinta forma porque lo haríamos ante el secretario del Partido, el intérprete y dentro de este recinto internacional expulsado de Pekín, ¿crees en verdad que tenemos autoridad suficiente para juzgar a una escritora de esa categoría, para llamar a Tin Lin individualista y vanidosa?
 - -¡Qué dices, Clara!...
- —Digo que no eres tú quien deba mañana opinar sobre casos como éste, porque no sabes si cometes una injusticia, una falta de humanidad y de respeto con alguien que no quiso enajenarse, con alguien a quien un día se le puede restituir al sitio que le corresponde en la literatura y en la historia.
- —La defiendes demasiado para pretender ser imparcial.
 - -Defiendo en Tin Lin el derecho a la crítica.
 - —Usas un lenguaje enemigo...
- —Y tú hablas desde una posición falsa, desde una posición que no aporta nada, sumisa..., invalidada por eso.

Había sido una de sus últimas conversaciones y en los ojos de Germán se apretaba cierta desesperación, desesperación que a ella le resultaba intolerable y ofensiva.

La noche envolvía el hotel con frío y sequedad en aumentos. El automóvil se detuvo a la entrada, frente a un policía, y Clara mostró el pasaporte detrás del vidrio. El automóvil reanudó su marcha entre los jardines. Salía de China. EL VIENTO cesó de pronto y al cesar enmudecieron todos los rumores. Clara despertó con el silencio y se incorporó en la cama. A través de las cortinas entraba la luz que al golpearse contra las paredes iluminaba el cuarto de un blanco más intenso que lo habitual a esa hora. Corrió a la ventana, tiró del cordón de las persianas y su mirada resbaló sobre la nieve tendida en el concreto, trepada en los árboles, detenida en los vértices y dragones de los techos.

La primera nieve de la temporada. Olvidando cualquier precaución, abrió la ventana, sacó el brazo fuera de ella y puso la palma abierta hacia arriba. Sólo un breve segundo, porque el frío consumía rápidamente el calor acumulado en la noche y sus músculos se agarrotaban y enrojecían contra las partículas suaves y densas que seguían cayendo. Aún no transitaba gente extranjera por los caminos del hotel y las persianas del edificio de enfrente permanecían caídas sobre el silencio y la oscuridad.

Cerró, respiró hondo, y la reacción corrió alegre por sus venas. Tomaría un café y saldría a caminar hacia el Zoológico y el Planetario; si el tiempo alcanzaba iría a la ciudad.

Bebió su café, puso algunas galletas en el bolsillo, y al tomar el abrigo recordó su hermoso gorro de astracán persa confeccionado al estilo ruso, que adquiriera en Europa a la venida junto con otra ropa de invierno, y que sentaba admirablemente a su rostro ovalado y fino. Era su única coquetería para la temporada, pensaba riendo, mientras se lo ponía frente al espejo.

Sobre la nieve ya hacinada en el pavimento caminó deteniéndose a ratos, volviendo el rostro al cielo y respirando fuerte como una niña, al sentir en las mejillas el escozor helado. Sus gruesos zapatones iban dejando las primeras huellas hacia la salida. En las garitas, una a cada lado, divisó a los policías y a los soldados bebiendo té caliente, atentos a cualquier ruido que cruzara el ancho espacio de la entrada. Estaba resuelta a olvidarse de eso e incluso ensayó una sonrisa para los rostros vigilantes que se pegaron a los vidrios. Unos pasos más y entraba en China.

Las siete y media de la mañana por la avenida llena de voces de niños camino al colegio, niños con sus bolsones y sus ropas acolchadas, jugando en la nieve. La sequedad de la atmósfera disminuía aflojando tensiones internas y externas; la nerviosidad producida por la falta de humedad y el temor constante a la sequía, viejo temor adherido a la zona. El invierno comenzaba bien porque la nieve comenzaba temprano: "Abundante nieve en el invierno, pan todo el año", decía un proverbio chino.

"Buen invierno", pensaba jubilosamente Clara, mirando jugar a los niños y sonreír a los mayores. Por la calle pasaba el primer automóvil del hotel, llevando en su interior a un joven matrimonio belga, recién llegado.

Un golpe recibido en el pecho la detuvo y sus ojos buscaron alegres al culpable; le respondería de inmediato con una buena puñada y certera puntería. Se inclinaba al suelo, cuando un segundo golpe y un grito rebotaron en su hombro, un grueso terrón caía a sus pies. Frente a ella, varios muchachos cercaban a un niño no mayor de diez años, que tenía una puñada de tierra con nieve en su mano derecha, y la izquierda lanzada en furioso ademán hacia su rostro.

Se quedó inmóvil. El niño gesticulaba y sus compañeros la miraban con odio y temor en sus semblantes; la tierra se estremecía en la pequeña mano y sus labios repetían dos o tres palabras. Palabras repetidas también por sus compañeros y que ella entendió de pronto, llena de horror:

-¡Soviética mala! ¡Mala! ¡Mala!

Y contra su gorro de astracán estalló el puñado. Su gorro modelo ruso, su única coquetería de la temporada, distinto al estilo chino y a la costumbre femenina del pañuelo de lana, la convertían en persona ingrata, en enemiga aborrecible y malvada.

-iMala! iMala! iMala!

El golpe estallaba dentro de Clara llenando su pecho de resonancias y voces: los editoriales en los diarios, los artículos de las revistas, los discursos en las reuniones y las transmisiones radiales que ella se negó con abierta reticencia a escuchar o aceptar, frente a la expresión molesta de Wang, producían ahora sus resultados.

La cara del muchachito se contraía de rabia y la rabia se prolongaba en sus amigos, pero ninguno de ellos volvió a tirar nada. Clara los miraba detenida, inmóvil y absorta.

Alguien corría gritando a los muchachos, llegaba a su lado y hablaba atropelladamente en chino, entre gestos y exclamaciones de pesar. El grupo de niños se retiraba poco a poco, observándola siempre con odio, el puño en alto y las palabras sonando en los dientes:

-¡Soviética mala! ¡Mala!

El hombre daba mil explicaciones e insistía en acompañarla, pero Clara lo detuvo. Dio las gracias en chino y volvió sobre sus pasos.

No tenía deseos de continuar la caminata. Nevaba fuerte, comenzaba a sentir frío y se estremecía a pesar de la ropa de algodón y lana que la cubría. El hotel parecía muy lejano y entre el hotel y ella la carita del niño irrumpía en la nieve con su gesto y su rabia. Temblaba.

"Hermanos", llamaban a los pueblos del mundo las voces desde Pekín; "hermanos", decían sus canciones; "hermanos", murmuraban las radioemisoras; "hermanos", era la palabra que estaba en todos los discursos, los brindis, los cables.

—Hermanos —repitió Clara, sintiendo que la ira reemplazaba al frío en su sangre. Esos niños amables y sonrientes, ese pueblo sano e ingenuo como todos los pueblos, que se detenía con curiosidad a mirarla en las calles, que golpeaba a su espalda, respetuosamente, en el Barrio del Cielo, que cedía su preferencia al huésped en todos los sitios, a ese pueblo estaba convirtiéndolo la propaganda en una mano cerrada sobre un puñado de tierra.

Y ella sabía que hubiera bastado una palabra para cambiar aquel gesto agresivo en amabilidad y disculpas; le hubiera bastado decir: "latinoamericano". Pero la palabra excluiría a un pueblo por otro, la palabra tomaría partido a nivel de simple ser humano, a nivel de niño, de obrero, de campesino, estu-

diante, artista y profesional, a nivel de hermanos universales.

Llegó a la entrada y pasó junto a una de las garitas con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos, absolutamente distraída. Había andado unos metros cuando un grito sonó a sus espaldas. Sin reparar en ello continuó su camino, pero el grito se hizo estridente y corrió hasta alcanzarla. Clara vio a su lado el rostro enrojecido y furioso de un policía que murmuraba frases en chino y gesticulaba tratando de hacerla comprender la necesidad de mostrar el pasaporte.

—No lo tengo —trató de explicar también en chino, reanudando su marcha.

—¡No! —exclamó el hombre, y su exclamación cayó frente a ella como una barrera.

"¡El no tiene la culpa, obedece órdenes, es un policía!", pensó mientras se mordía los labios. Desde su cuello comenzó a correr el sudor a lo largo de su espalda y en torno a su cuello, hasta convertirse en una garra de hielo. Y durante unos segundos su pensamiento se fundió en una gran mancha negra, enceguecedora, que la detenía sobre el camino largo y blanco.

La voz del hombre se suavizaba, alguien intervenía entre ellos. Clara volvió a la garita un poco a tientas; abrieron la puerta y entró dificultosamente. Los rostros de los hombres cobraban forma, rostros curiosos y sorprendidos. Al alcance de su mano estaba el teléfono. Uno de los soldados entraba acompañado de un joven chino que se acercó a ella hablando en inglés:

- —Puede ahora entrar al hotel..., es obligación de ellos pedir el pase.
 - —¿Es usted residente?
- —No..., iba saliendo y me detuvieron para explicarle... Usted no se siente bien..., haga el favor de entrar.
- —No, no puedo entrar, necesito para eso la autorización de algún residente.
- —No hace falta por hoy, otro día no lo olvidará usted...

Clara respiraba otra vez en calma. Estiró el brazo al teléfono, marcó el número de Germán y cuando la voz de éste quebró la llamada, ella se identificó por su nombre y apellido.

- —Necesito que me autorices para entrar en el hotel, olvidé el pasaporte.
- —Bajo inmediatamente; entretanto, pasa el fono a cualquiera, bastará una palabra.

Colgó sin contestar ni hacer un gesto y permaneció de pie junto a la puerta y la silla que le acercaban.

Germán apareció a paso rápido, anudándose la

bufanda sobre el abrigo. Entró en la pieza y se detuvo frente a Clara.

—Vamos —dijo tratando de sonreír—, vamos enseguida; tú sabes..., esta gente cumple con su deber.

Ella, entonces, entró en el recinto cercado y caminó despacio mientras Germán daba gracias y excusas en la garita. Después la alcanzó en un momento.

-No te imaginas cómo lo siento...

Clara lo interrumpió sin contemplaciones para relatar lo ocurrido durante el paseo.

- -Son niños, no puedes tomarlos en cuenta.
- —No me refiero a los niños, me refiero a este odio impuesto, fabricado, para un pueblo sano y limpio, y me refiero a este hotel, a tu grupo, a tu mentira..., esto..., a lo cual tú contribuyes con tu resentimiento y tu oportunismo.
 - -¡Te ruego pensar en lo que dices!...
 - -¿Piensas tú en lo que haces?
- —¡Yo ayudo a este pueblo en lo que puedo, los apoyo y los comprendo, apoyo y comprendo una causa que terminará por imponerse aunque sea en contra de todos, aunque sea en contra tuya!

Ella se había detenido y le miraba directamente a los ojos detrás de sus lágrimas:

-¡Enemigo de China!

EL DÍA se apagó temprano, y cuando Clara despertó, ningún mueble, objeto o grabado tenía formas nítidas dentro del cuarto en penumbras.

Permaneció todavía un rato en la cama deseando que corrieran las horas para ir hasta el departamento de Vicente y Marta. Había decidido comunicarles, esa misma noche, la resolución que tomara en forma irrevocable aquellos últimos días. Se trataba ahora de comunicarla, como si lo principal, lo definitivo, estuviese ya hecho, y sólo restara concluir así todo un proceso.

El tiempo que faltaba para encontrar a los amigos recogidos en sus habitaciones lo empleó en ordenar correspondencia, libros y notas. No era mucha la correspondencia recibida en casi cuatro meses, y se entretuvo durante unos minutos en releer párrafos y frases que le traían recuerdos de amigas y amigos con quienes —pensaba ahora— jamás tuvo ocasión para encontrarse de veras. Vivían todos como si el

tiempo fuese eterno, dejando lo más cercano a uno mismo "para después", "mañana, la próxima semana"; lo que requería la atención inmediata siempre era lo menos grato. La obligación devoraba cualquier impulso de escapar a ella. Y la obligación, el deber, la urgencia, tenían sonoridades de cárcel, de aislamiento e imposición frente a la posibilidad de comunicación humana, de amistad y de auténtico trabajo.

Con algo de miedo leía su nombre escrito en los sobres celestes junto a los sellos de su patria. Las hojas aéreas pesaban en las manos por su carga de escepticismo ante todo, su falta de esperanza, sus deseos de salvar los Andes o el océano para huir y evadirse. El tono se repetía al referirse a sus propias existencias, a las existencias en general, y la letra se espesaba al hablar del país sobre el cual éstas transcurrían. En su cuarto del Hotel Internacional, aquellas cartas adquirían patética soledad; cada firma expresaba un universo cerrado en torno al vo sufriente que no sufría una gran tragedia o un gran dolor, sino el dolor ciego del que intuye y busca. Entre ellas tropezó, a veces, con alguna tarjeta enviada desde un sitio hermoso visto a través del rabioso color de la cámara fotográfica, paisajes idílicos de descanso o turismo, y al reverso la frase melancólica y el cansancio. Cambiaban las expresiones cuando el amigo marchaba al extranjero. Clara volvió a reírse

ante el tarjetón francés sobre cuya torre Eiffel estaba grabado un disco. El comentario al dorso exclamaba entre comillas: "¡Nada importa el socialismo en el resto del mundo, siempre que se detenga a las puertas de París!" Y otra aterrada, proveniente de un viejo amigo inglés: "What are you doing in China, my dear?..."

No se detendría ya en frases o nombres propios; rompió algunas cartas, guardó otras y luego pasó a libros y notas. Pero la lectura de esas hojas aéreas había infundido temor a sus pensamientos, y la resolución, aunque no virara en ningún sentido, se llenaba de aprensiones. El futuro que imaginara frente al trabajo, dedicado a expresar pictóricamente aquel importante período de su vida, se teñía de negros miedos distintos, algo informes, miedos con rostros que rechazaban o criticaban de mala fe, tapiándose ojos y oídos.

Llena de temblorosa premura abrió un libro de reproducciones de la época Sung y otro espíritu rebasó de las sedas envejecidas. La pintura se convertía en una exteriorización espiritual, mística, frente a la naturaleza. El paisaje adquiría carácter y sentido. Epoca de las escuelas filosóficas derivadas de los patrones fundamentales de un pensamiento, pensamiento siempre religioso en China, referido o derivado de algo trascendente.

Clara volvía las hojas del libro recuperando aliento. descansando. ¡Qué lejos estaba todo eso de su angustiada realidad artística, dolorosa y personal! Y de la época Sung saltó al presente, a la obra innovadora de Shi Pai-shi, el creador, el hombre que durante noventa años usó de todas las posibilidades, los temas y las reglas de la pintura china. Viejo ya lo encontró la Revolución triunfante, a la cual se plegó con entusiasmo, convirtiéndose en maestro de las generaciones futuras. Nadie pintó mejor los insectos esfumados en el aire o gozando del manantial abierto de las flores. Animales, peces, árboles, nada limitó a su genio. Shi Pai-shi estaba en todos los sitios, en todas las revistas, libros de arte; ocupaba lugar preferente en exposiciones y galerías, y su nombre se repetía en revistas y colecciones extranjeras. Vasta obra de noventa años guardada tras las fronteras de su patria después de muerto; sólo reproducciones salían al exterior, maravillosas reproducciones de una perfección casi inaudita.

Cerró el libro y recordó sus caminatas hasta la tumba del artista, que se hallaba muy cercana al hotel, junto a otras tumbas en pleno campo, próxima a un camino. Sobre su cuerpo tendido se renovaban cada año las semillas, mezcladas al sudor y la esperanza. Clara le envidiaba ese lecho de tierra viva que despojaba a la muerte de su espanto.

Se levantaba a prepararse un café, sin deseos ya de revisar notas, cuando un empleado tocó a la puerta trayendo la comida.

Cenó sin apuro, apagó las luces y aseguró las ventanas. El viento comenzaba a soplar y bastaría uno de sus dedos para derribar cerámicas o revolver papeles. Echó sobre sus hombros el viejo chal de vicuña y salió al pasillo.

Vicente abrió la puerta y Clara al penetrar los ojos en las dos habitaciones se quedó parada, dolida en el umbral: cajones abiertos, sacos viajeros, paquetes de libros dirigidos a ellos mismos en Moscú, estantes vacíos, desorden. Trató de pensar que ella sabía del viaje, viaje irremediable, conversado en muchas ocasiones, pero no lograba aceptarlo racionalmente. El hogar de sus amigos se deshacía; los cajones abiertos, los paquetes, los cuadros descendidos al suelo, repetían en su recuerdo imágenes semejantes de las cuales nunca se repuso por completo. Envueltos en madera vio salir del zaguán de la casa de su abuela: cristalería, porcelana, tapices y mil objetos cuya utilidad o belleza jamás volvería a tener cerca. De la casa de la abuela, que en su conciencia de niña representó la quietud, el orden y la seguridad.

Ansiosamente buscaba con los ojos el mapa de Es-

paña colocado sobre el escritorio de Vicente y al encontrarlo en su sitio respiró. Allí estaba todavía, como estaban allí todavía los amigos, su buen lenguaje algo duro, castizo y digno. Marta llegó a su lado y la abrazó en silencio.

Ya sentados en la sala reducida, estrechada por los preparativos de viaje, Clara les contó sus proyectos en muy pocas palabras:

—He resuelto volver a mi país.

Ninguno de los dos mostró una gran sorpresa.

-¿Lo saben ellos?

No, aún no lo sabían, pero ya no tardaría en comunicarlo. A la mañana siguiente pensaba solicitar una entrevista al subdirector de Bellas Artes.

Vicente mostraba una expresión meditabunda y Clara comprendió que nada preguntaría si ella misma no daba alguna razón.

Habló, entonces, retornando a sus primeros días en Pekín, a su entusiasmo frente al genio de esos hombres que devolvieron la fe y la confianza a su pueblo. Recordó su emoción en el museo leyendo el cartel que un día colgara en un parque de Shanghai: "Ni chinos ni perros". Habló de sus deseos de contacto con esa realidad presente, deseos logrados a medias, a hurtadillas, metiéndose en barrios populares o andando sola por las callejuelas y avenidas de la ciudad. Habló de todo. Volvió a evocar la Gran Marcha, la ha-

zaña increíble, hombres, mujeres y niños caminando sobre el agua o el hielo, sobre el campo infinito ardiente bajo el sol y los mosquitos, mientras aprendían a leer el jeroglífico suspendido en las espaldas del compañero; y las noches junto a las fogatas hablando de la patria v la justicia, velando a sus hijos v confiando en el futuro. El futuro que ella vio en el rostro y en los gestos de la muchachita que sostenía a su abuela, levendo para la anciana mientras se detenía un momento sobre la acera, firme y segura. Habló de todo largo rato: sumó a las vivencias presentes las vivencias del pasado y del arte y, también, sus contradicciones y sus críticas. Ya no tiene miedo a las preguntas que le harán a su vuelta, miedo experimentado en forma inconsciente a lo largo de esas últimas semanas. Regresa a la patria, pero no a regresar en el tiempo. Rechaza muchos aspectos de la política actual china, los rechaza y le duelen como propios, pero reconoce la absoluta legitimidad de los cambios revolucionarios. Cambios que transformarán el futuro de cada país, pero a la manera de cada país. Nadie ni nada detiene la historia y los pueblos han sufrido demasiado. Jamás antes como hoy en China tuvo mayor conciencia del peso que significan para una nación miles de años de atraso y de ignorancia; años sumidos en la superstición, en la moral de las grandes religiones orientales; años anquilosados dentro de la más férrea y despótica organización feudal. Por eso cualquier razón que pueda darse para explicar la conducta china actual en todos sus aspectos es insuficiente si no toma en cuenta el enorme peso de la conciencia y la moral tradicionales, que subsisten todavía, en forma tan evidente y palpable, sobre esta nueva sociedad en construcción.

Se detuvo un momento y luego habló de sus apuntes guardados en una carpeta, de la esperanza y el trabajo que, por fin, comenzaban en ellos.

Habló sin interrumpirse hasta mencionar un nombre. Miró a sus amigos y vio lágrimas en los ojos de Marta. Repitió sólo el nombre; la vergüenza y el pesar detenían cualquier adjetivo en su garganta. Al cabo de unos minutos díjo serenamente:

—Vuelvo a mi país, pero llevo conmigo toda esta enorme experiencia.

Marta se inclinó sobre ella.

—Te llevarás mucho más todavía. Uno después de vivir y trabajar en China nunca más vuelve a ser el mismo.

El viento movía las cortinas de brocato colgadas sobre los vidrios.

—Y no sabes lo maravilloso que resulta poder decir: vuelvo a mi país.

Alguien caminaba por el pasillo hablando en in-

glés. Vicente contó a Clara que la señora Brown se marchaba muy pronto.

- -¿Consiguió el permiso?
- -No, no lo consiguió, parte sola.

Clara lo miró estupefacta:

-¡No puede ser! Algo tiene que haber sucedido...

Efectivamente algo había sucedido. La inglesa, ante la división producida entre los extranjeros abanderizados a una u otra posición, se manifestó partidaria ferviente de estudiar todas las formas que significaran paz, partidaria de franca mano tendida, y cuando se lo preguntaron lo dijo así con su habitual franqueza, tanto a los extranjeros como a los chinos. Pocos días atrás, al reiterar en cierta fecha la solicitud, se encontró frente a la más inesperada sorpresa: el permiso era imposible porque los padres de ambos niños vivían y reclamaban a sus hijos.

Ante el gesto trémulo de su amiga, Clara escondió el rostro bajo sus manos repitiendo en voz alta:

- -¡No puede ser! ¡No puede ser...!
- —Ella también sabe que no puede ser, pero comprende que una situación planteada en semejantes términos la deja absolutamente indefensa.

Los tres guardaron silencio, silencio que Vicente rompió para decir a Clara:

—La señora Brown estará muy contenta si vas a verla. —Y añadió en voz baja—: Debes oírla.

Así lo hizo. En un arrebato de compasión y pena bajó corriendo hasta el piso siguiente. Cuando se detuvo para tocar en su puerta, trataba aún de serenarse.

La señora Brown acudió al llamado y se mostró frente a ella gratamente sorprendida. También allí había cajones y maletas arrimados a las paredes, y libros, objetos, menaje de casa arrancados de sus sitios para siempre. Sólo el retrato de un hombre en su mediana edad, de semblante bondadoso, permanecía en su puesto sobre una repisa. La inglesa explicó, mientras retiraba paquetes del sofá, que su marido se tomó aquel retrato poco antes de abandonar Londres para venirse a China. Hacía de eso, exactamente, doce años.

Su tono tranquilo, pero unido a un profundo aire de cansancio, comenzó a producir en Clara una angustia que deseaba expresarse, preguntar, condolerse en voz alta.

—Le serviré una taza de té.

Preparó las tazas de té y cuando la señora Brown se levantaba en busca de galletas, Clara preguntó de improviso por los niños.

- —¿Mis niños?... Duermen.
- —¿Cuándo se marcha?
- —En los próximos tres días.

No pudo beber. La señora Brown volvió a sentarse, la observó un momento y después cruzó las manos sobre la falda.

—Gracias, Clara, la siento hoy una verdadera amiga y por eso quiero explicarle algo como únicamente lo hice con mis pocos y verdaderos amigos.

Estaba muy serena aunque su voz temblara en las palabras:

—Me voy tranquila porque los niños en China estarán bien protegidos y cuidados. Y añado para usted, que sabe cuanto amo y añoro mi país: no me iría si el caso fuera a la inversa y tuviera que dejarlos en Inglaterra. Además, aún quedan muchos años para ellos y, tal vez, algunos años para mí.

Conversaron todavía unos minutos y Clara se levantó para irse, pero la señora Brown la retuvo unos momentos, fue a su dormitorio y regresó con un hermoso y extraño objeto de jade.

—Guárdelo para usted, es un candado, símbolo de la buena suerte.

Caminó a sus habitaciones agobiada por la sensación de haber vivido cien horas ese día; el disgusto de la mañana se diluía en una mancha confusa dentro de la cual se agitaban también los rostros de Germán, Vicente, Marta, Wang y la señora Brown. No respondió al saludo del empleado puesto de pie al verla pasar y llegó a su puerta algo mareada.

Podría llevar en China doce años..., tal vez doce años, porque el tiempo allí tenía otra medida; nadie se iba, a nadie le sucedía nada, nada pasaba en ese hotel colgado en otro hemisferio, suspendido sobre Oriente.

Su mirada siguió la alfombra verde. Tal vez doce años...

DISPONÍA vasos y dulces sobre la mesa, sonriendo al recordar una mañana de meses atrás, cuando se disponía, en la misma forma, a recibir al mismo personaje. Había solicitado la entrevista el día anterior y al solicitarla explicó a Wang que deseaba conversar con el subdirector, pero conversar en inglés. El fono enmudeció en su mano y luego la voz del muchacho contestó para decir que transmitiría su deseo en la forma expresada por ella.

Tocaron la puerta y al ver en el umbral al subdirector acompañado de Wang no mostró sorpresa alguna. Sin titubear un segundo tendió la mano al visitante saludándolo en inglés. Este, sin titubear a su vez, respondió en chino y el intérprete tradujo palabras que expresaban respeto y alegría por encontrarla de tan buen aspecto y de tan buen ánimo. Pasaron a la sala y Clara esperó verlos sentados para dirigirse al hombre en forma directa y definitiva, sin mirar al muchacho:

—Reitero ahora lo solicitado a través de Wang Teen y quiero manifestar mi decisión de no continuar esta entrevista si usted y yo no podemos hablar usando este idioma común. En ese caso diría por escrito lo que deseaba exponer y esperaría también por escrito la respuesta.

Pasaron diez, veinte, treinta segundos y el pulso de ella latía algo alterado pero firme. El intérprete, sin entender una sílaba, miraba a una y otro aparentando estar tranquilo, aunque sus dedos jugaban escondidos en las mangas. El subdirector sonrió por fin y contestó en inglés:

—Me transmitieron, en efecto, su recado, pero no lo entendí en la forma apropiada. Encantado de poder hablar con usted sin necesidad de traducciones, y de ponerme a sus órdenes.

Sirvió té, licor y dulces, que el visitante recibió en silencio, sin emplear ahora palabras superfluas ni referirse al tiempo, los paseos y sus adquisiciones en los anticuarios, como si al abandonar el idioma nativo, las habituales expresiones de cortesía carecieran de sentido. Esto producía en ella cierto alivio y la animaba a penetrar en su asunto, sin las acostumbradas dilaciones y rodeos. Bebió un sorbo de licor y dijo simplemente:

[—]He pensado regresar a mi país.

—¿Regresar a su país?... ¿Ha sucedido algo en su familia?

Clara sintió un extraño sabor en la boca. El momento se tornaba más ingrato y le resultaba difícil enfrentar el rostro interrogante del hombre, rostro que siempre encontró atractivo y cercano, a pesar de todo.

Nada había sucedido en su familia, pero ella deseaba regresar, integrarse de nuevo a lo propio, trabajar como antes, aprovechar para el bien de los dos países la experiencia inolvidable que hasta allí obtuviera de China.

—¿Hasta aquí?...

Las palabras se endurecían y ambos se observaban mutuamente. Ella notó en el rostro del subdirector una barba negra y completa, rasurada sin duda en la mañana.

- —A veces he pensado que usted no nos ha comprendido como esperábamos.
- —Quién sabe..., es muy difícil rebatir eso del todo; pero no habría sido culpa enteramente mía, si usted tiene buena memoria.

No quiso continuar, porque continuar significaría llegar hasta el fondo de sus pensamientos y expresarlos. En cambio, una fría sensación de reserva pesaba en el ambiente. Tampoco él llegaría más lejos—estaba segura—, aunque sus ojos parpadeasen rá-

pido y existiera cierta ansia refrenada, atenta, detrás de sus lentes. Del bolsillo superior de la chaqueta sobresalía la tapa dorada de la pluma fuente y en ella su nombre de tres sílabas escrito a la manera occidental.

Diez años en Inglaterra interrumpidos por el triunfo de la Revolución, a la cual se plegara por completo, debiendo abandonar, entonces, familia y fortuna.

"¿Se escribirá con ella?" La pregunta abría un boquete en la reserva del ambiente y Clara experimentaba disgusto al sentirse reducida en sus propósitos. No había omitido al intérprete por nada, lo había omitido porque necesitaba hablar libremente aunque fuese ésta la única vez. Y sólo un brevísimo rato, el suficiente para no comprometerlo frente a Wang y para manifestar que Javier tampoco podría servirles. Su visión de América nada tenía en común con la visión hecha y difundida por ellos en colegios y universidades. Sólo eso, para oír y pesar la respuesta, desde allí iría al resto.

—Quisiera conversar ciertos puntos con usted, ciertos temas que habrían dificultado aquí la Cátedra de mi esposo.

La mirada del hombre evitaba todo encuentro; se hacía impersonal, ausente y, a la vez, melancólica.

-Respecto a eso, estarán encantados de escucharla

el decano de la Facultad y el secretario del Partido. Mis funciones son otras.

Nada quedaba por hacer. Observó que las manos fuertes y masculinas colocadas sobre los brazos del sillón seguían la forma del mueble. No las agitaba ahora, ni sus pies rompían la posición tomada al sentarse. Pensó pedirle que volvieran al intérprete.

En el mismo tono anterior lo oyó preguntar:

- -¿Cuándo quiere volver?
- —Lo más pronto posible, si ello no provoca dificultades mayores.
 - -¿Y su marido?
 - —Le escribiré enseguida.

Cuando el subdirector se levantó para despedirse, Clara experimentaba un profundo agotamiento. En realidad, su resistencia decrecía en forma notoria, pensó, mientras imitaba la acción penosamente.

Wang se mantenía afable y tranquilo. Al llegar a la puerta, el hombre se detuvo y mirando hacia un punto suspendido en el espacio murmuró como para sí mismo:

—Algún día amará y entenderá usted a China. La frase no tenía el acento de los estribillos usua-

les ni la entonación de las consignas habladas o escritas. Clara le pasó su mano sintiendo que lo hacía a través de una inmensa distancia tendida a pesar de ellos.

-Yo amo a China.

Después que hubieron cerrado la puerta se apoyó en la madera reteniendo sus lágrimas. Nada quedaba por hacer, sólo ultimar detalles y escribir a Javier.

Si ya todo estaba resuelto, mejor era irse lo más pronto posible.

... Y VEO que no me ha resultado tan difícil decirlo, aunque fue para mí tan difícil decidirlo.

La ruta será esta vez completamente distinta. Atravesaré China de norte a sur hasta Cantón, Hongkong, y luego hacia el oeste, hacia el Mediterráneo. A medida que te escribo lo voy gustando con nuevo sabor y me parece increíble no haberlo experimentado así en un comienzo. Porque el médico me había aconsejado, semanas atrás, ir al sur en busca de humedad y de calor; insistía en eso y yo guardaba silencio, pues la idea del regreso ya estaba madurándose en mi interior. Y cuando esta idea fue evidente e irrevocable, sólo pensé en reunirme contigo. Me sentía, entonces, demasiado cansada, dolida, para desear nada que significase algún esfuerzo, alguna demora en llegar a América. Todavía no me siento repuesta del todo, aunque el cansancio de las últimas semanas pasó, junto con solucionar convenientemente —deseaba evitar molestias a la institución— los asuntos relativos al viaje.

Te escribo a pocas horas de abandonar Pekín y, como siempre, de noche, después que el hotel cierra puertas y ventanas y la soledad no se distrae con ruidos, voces y murmullos. Me ha costado separarme de Vicente y Marta; ellos representan para mí la entereza de nuestra raza parada sobre la tierra a pesar de todos los contratiempos. Brindamos juntos con rojo vino del Cáucaso por el reencuentro en Madrid o en Barcelona, a orillas del Mediterráneo. Abracé a Fanny y Tulio, tan emocionados que me conmovieron. Para desear reencuentros ellos tienen toda la vida.

Hoy en la tarde fui a la ciudad, caminé por sus calles hasta la Avenida Chan An y traté de sorber en esas últimas miradas la mayor visión de Pekin. Mañana diré adiós a Wang Te-en, mi compañero, quien, como yo, siente de veras separarse.

Y he pedido a los amigos no ir a la estación, pero temo que no cumplirán con mi deseo.

Hace un par de días asistí a un banquete de despedida ofrecido por las mismas personas que me agasajaron a la llegada. Las mismas personas sólo para recibirme y despedirme. Durante la comida se refirieron al deber del artista que mira hacia el futuro, a su trabajo en favor del pueblo y a su propia realidad. Guardé silencio con tristeza; para objetivos similares nuestros caminos difieren absolutamente. Nada podía contestar porque no existen todavía posibilidades de diálogo.

Clara se detuvo. Volvía a experimentar impotencia frente a las palabras escritas, impotencia para expresarse como quisiera. Y Javier estaría aguardando la verdad que ella siempre trataba de enviarle, toda la verdad que cabía en una carta aérea.

Su mirada tocaba cada objeto colocado en la habitación. Maletas aún abiertas, cajas de pinturas, telas, libros. Se marchaba. Metía aquellos cuatro meses en la valija, envolvía carbones, pinceles y se marchaba.

La soledad no se distraía con voces o ruidos, la soledad protegía su última noche pekinesa. En el papel de avión, su letra algo aguda, irregular, se había detenido en medio de una página y desde allí hacia abajo el resto de ella permanecía en blanco, a la espera.

Y de pronto resultaba difícil llenar esa espera, difícil aún tratándose de Javier. Porque Javier no había vivido aquello, Javier y ella estaban separados hoy por esos cuatro meses que para ser eliminados necesitaban mucho más que muchas hojas de papel; necesitaban eliminar los vehículos indirectos de contacto: el correo, la radio, la prensa, los regalos, los entusiasmos de unas semanas. Necesitaban encontrarse de veras, en voz baja, con voz de carne y aliento.

Y de pronto deseó expresarle aquel momento de su partida con toda la intensidad de lo imposible. Hacerle llegar su tristeza, su soledad, pero también su esperanza.

Tomó otra vez la pluma y sobre el resto del papel en blanco dibujó dos líneas muy simples que se encontraban en un punto. Uno de los pocos signos que aprendiera y cuyo significado en chino abarcaba toda la especie humana; su significado era: "hombre".

ALGUNOS DE LOS PRINCIPALES HECHOS EN LA HISTORIA DE CHINA

2.500 años a. de C. los antepasados del pueblo chino comienzan a establecerse en la llanura aluvial entre los cursos medio e inferior de los ríos Amarillo y Yang Tsé.

En la dinastía Shang, 1.700 años a. de C., tienen va los chinos un lenguaje escrito bastante completo.

551 años a. de C. nace

Confucio.

Entre los años 600 y 500 a. de C. se difunde en China la filosofía de Lao Tsé.

A mediados del siglo I a. de C., entra el budismo en China proveniente de la India.

En los siglos VII a X la dinastía Tang convierte a China en el imperio más grande de toda el Asia.

En la época de las cinco dinastías, 907 a 960, China mantiene relaciones directas con los países del Asia Occidental e indirectas con los países europeos.

1840-41: Se produce la Guerra del Opio, como respuesta británica a las medidas que -contra la droga introducida en China por mercaderes ingleses- decretara el Gobierno chino y llevara a efecto en Cantón, quemando públicamente el opio el funcionario Lin

Tse-sü. 1842: El Gobierno chino derrotado firma el primero de los "Tratados Desiguales" que obtendrían de China las potencias europeas y los Estados Unidos: el Tratado de Nankin, según el cual Hongkong pasa a ser colonia británica, cinco puertos son declarados abiertos para el comercio inglés, los súbditos ingleses quedan exentos de someterse a las leyes chinas y se proclama la extraterritorialidad de las leyes extranieras en suelo chino.

1893: En una región rural de la China Central nace Mao Tse-tung.

1911: La Revolución De-

mocrático-Burguesa derrota la dinastía Ching, concluyendo así u na monarquía feudal que había durado 2.000 años.

1.º de enero de 1912 es proclamado en Nankín el Gobierno Provisional de la República China con Sun Yat-sen como Presidente.

1924-27: Primera Guerra Civil Revolucionaria contra el poder de los caudillos militares feudales del Norte.

1927-37: Segunda Guerra Civil Revolucionaria.

16 de octubre de 1934: El

Ejército Rojo chino, compuesto de 80.000 personas, inicia lo que es llamada la Gran Marcha, que abarca cinco provincias, recorriendo prácticamente todo el país y cuyo principal objeto es unir las fuerzas populares armadas para luchar contra los japoneses.

1937-45: Guerra de Resistencia contra el Japón. 1946-49: Guerra Civil.

1949: Retirada de Chiang Kai-shek a Formosa.1.º de octubre de 1949: Fundación de la República Popular de China.

